

FEDERACIÓN UNIVERSITARIA



VERBUM

REVISTA DEL
CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

SUMARIO:

| | | |
|-----------------------|--|-----|
| Alejandro Korn | Pascal | 5 |
| Pascal | Pensées | 17 |
| Luis M. Torres | Juan Agustín García | 21 |
| Ricardo Rojas | } Inauguración del Instituto de Filología | 35 |
| Américo Castro | | |
| Clemente Ricci | La civilización preincásica y el problema sumerológico | 52 |
| Francisco Capello | Manzoni | 70 |
| Calixto Oyuela | La mayor penitencia | 81 |
| Enrique François | Mujeres del Romancero | 83 |
| Ernesto Quesada | El Paraguay y la política brasilero-rioplatense | 128 |
| Martín Noel | Sobre el concepto del nacionalismo en el arte | 136 |
| Francisco N. D'Andrea | Un capítulo de la "Introducción a la Filosofía" de G. Windelband | 147 |
| Augusto Messer | La Filosofía orientada por las ciencias de la cultura. Guillermo Windelband. | 149 |
| Windelband | Prolegomena | 161 |
| Félix F. Outes | Una ordenanza y su primera aplicación | 182 |
| Ernesto Marsili | El genio poético de la mujer latina | 192 |
| Romualdo Ardissonne | ¿Cómo debemos acentuar algunos neologismos científicos? | 202 |
| Alberto Rougés | El Filósofo | 206 |

NOTAS Y COMENTARIOS. — Juan Agustín García, R. Rojas; Filosofía: Notas y noticias, F. Romero; Américo Castro entre nosotros, G. Halperín; Crónica musical, G. F. Talamón; Pablo Groussac; Una importante donación.

BIBLIOGRAFÍA.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

VIA MONTE 430

1923

CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

ADHERIDO A LA FEDERACIÓN UNIVERSITARIA

COMISION DIRECTIVA

Período 1923 - 1924

| | |
|---------------------|-------------------|
| Presidente | Dimas Oliva |
| Vice Presidente | Alicia Prades |
| Secretario de Notas | Vicente Fatone |
| » » Actas | Ismael Moya |
| Tesorero | Antonio B. Moreno |
| Pro Tesorero | Eduardo Casanova |

| | | | |
|--------------------|---|--------------------|--|
| Deleg. por 4.º año | { Moisés Wahnish | Deleg. por 2.º año | { Homero Guglielmini Dorotea Macedo |
| Deleg. por 3.º año | { Francisco M. Calvo Celestina Veronelli | Deleg. por 1.º año | { R. Pérez Medina Ana Swenchausky |

Director de la Biblioteca del Centro: **Raúl Moglia.**

Delegados a la F. U.: **Dimas Oliva e Ismael Moya.**

» » » Liga del P. Diplomado: **Moisés Wahnish, B. B. González y Carlos Grünberg.**

Pertenece a la colección de la B de C y L



VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTU-
DIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA DE LENGUAS Y
LITERATURAS MODERNAS

050
VR

FEDERACION UNIVERSITARIA

VERBVM

REVISTA DEL
CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

AÑO XVII

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
430, VIAMONTE, 430
BUENOS AIRES

VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:
JUAN ROBERTO ROJO

Administrador:
EDUARDO CASANOVA

Secretario de Redacción:
ANGEL J. B. RIVERA

PASCAL ⁽¹⁾

Voy a hablaros de Pascal, con motivo del tercer centenario de su nacimiento.

Se trata de un tema de los más gratos a mis afinidades intelectuales, si bien, no se me oculta que, no basta esta disposición de ánimo, para superar las graves dificultades del asunto.

Me halaga sin embargo y me conforta la circunstancia de responder este acto a un pedido espontáneo de los alumnos, representados por su Centro. Dada la posición de Pascal en la historia del pensamiento humano, esta iniciativa es un síntoma y no la mera celebración académica de un aniversario.

Al evocar en hora oportuna, la personalidad luminosa y melancólica de Pascal, semejante homenaje denota la acción latente de corrientes y de inquietudes espirituales que mueven, con impulso creciente, a la nueva generación hacia los problemas de interés filosófico.

En este movimiento ideológico, me complace esperarlo, será vanguardia, la juventud que en esta casa reconoce su hogar intelectual.

Pascal desenvuelve su corta existencia en la primera mitad del siglo XVII, cuando se inicia con Descartes y Bacon la re-

(1) Palabras que hubo de pronunciar el autor a pedido del Centro de Estudiantes.

novación de la filosofía moderna, al tiempo mismo que Galileo fundamenta la evolución de las ciencias exactas y que en Francia adviene la gran época literaria del siglo de Luis XIV.

¿En cuál de estas grandes acciones contemporáneas, se había de distinguir la intelectualidad precoz del joven Pascal? En todas, señores.

En la amplitud de su espíritu, abarcaba la visión del mecanismo universal, sin deprimir el alto concepto de la personalidad humana y sin mengua de su sensibilidad estética.

Apreciaba el valor de la investigación empírica, conocía los secretos de la especulación, con acabado albedrío dominaba a su idioma y aun le hostigaba el anhelo del más allá.

En la historia de la prosa francesa, Pascal es un iniciador, cuya autoridad clásica se mantiene sin desmedro, a pesar de los grandes sucesores. Espejo de las más altas calidades del genio nacional, su dicción, siempre transparente y fluída, se adapta sin vacilar a las intenciones dialécticas de su pensamiento. Seducidos, nos obliga a seguirle, olvidados de la aridez del tema y de las sutilezas de la disquisición.

El vigor de la polémica acrece con el giro irónico, la fuerza del argumento se avalora con la elegancia de su expresión y la querrela teológica, se ennoblece con los prestigios del arte. La atención de tres siglos no ha podido apartarse de esta obra, que por su fondo y su forma, siempre vuelve a ser el deleite de los espíritus cultos.

Una temprana vocación inclinó a Pascal a las matemáticas, en las cuales había de distinguirse de modo excepcional. Profundizó la teoría de los números y de los dos grandes que se disputan el descubrimiento del cálculo integral, Leibnitz confesaba, haberse inspirado en Pascal.

Su trabajo sobre el equilibrio de los líquidos, resuelve un difícil problema de la mecánica racional y la comprobación experimental de la gravedad del aire, prescindiendo de su importancia para las ciencias físicas, aun reviste cierta importancia filosófica.

En efecto, como una verdad dogmática imperaba el principio aristotélico que atribuía a la naturaleza un horror al va-

cio. Evidenciar la falsedad de este error, implicaba también conmovier la autoridad consagrada, pues si Aristóteles, el filósofo por excelencia, podía equivocarse, poníase en tela de juicio toda su labor especulativa.

Por su compenetración con los métodos matemáticos, era de esperar, que atraído hacia la especulación metafísica, Pascal seguiría las sendas del incipiente racionalismo.

Descartes había dado el ejemplo y abrigaba la esperanza de afianzar la especulación abstracta, sobre bases tan sólidas, con conclusiones tan ciertas, como las de orden geométrico. Sabido es, como el racionalismo en su evolución ulterior mantuvo semejante empeño con Espinoza y con Leibnitz.

No así Pascal. Nadie ha experimentado, por cierto, con mayor intensidad el afán metafísico, nadie ha luchado con mayor denuedo por llegar a la verdad inaccesible. Pero he aquí lo extraño; esta inteligencia habituada al rigor del enlace lógico que une los axiomas a sus corolarios, rechaza el método cartesiano, con sus proposiciones evidentes y ciertas, más aún, descubre su falacia.

Ni en la vetusta forma escolástica, ni en la nueva que concibe su gran contemporáneo, el racionalismo le cuenta entre sus secuaces, sino entre sus más declarados adversarios. Bien pronto, se da cuenta que las definiciones de la nueva escuela, no valen mucho más que los silogismos de la antigua.

Ciertamente, opina, sería bello poder definir y probarlo todo, pero esto es absolutamente imposible, pues los términos a definir, suponen premisas anteriores en una regresión infinita.

Así se llega a términos sin definición posible, a principios al parecer evidentes pero incomprensibles, que no mejoran con prueba alguna. La duda acaba por prevalecer en su espíritu, ya convencido de que adolecemos de una incapacidad natural e irremediable, para alcanzar el conocimiento perfecto.

Es que no desconoce ni la relatividad de las mismas matemáticas. La geometría no puede definirnos el espacio, el tiempo, el movimiento, el número, la igualdad y tantos otros términos, cuya explicación intentada, más los obscurece que los aclara.

Sin embargo, la matemática, no obstante de ignorar la naturaleza del espacio, del movimiento y de los números, se ocupa precisamente de estos tres objetos desconocidos y se divide en mecánica, aritmética y geometría, sin definirlos ni probarlos previamente.

La crítica del concepto espacial, le lleva a dos conclusiones opuestas sobre la indivisibilidad y así anticipa la segunda antinomia de Kant. Apurados los geómetras han de convenir que ambas proposiciones son tan inconcebibles, la una como la otra, y que carecemos de capacidad cognoscitiva para comprenderlas.

No es menos penetrante su análisis de la categoría de la unidad, que siempre resulta compleja. Por fin el raciocinio geométrico obliga a considerar los hechos naturales, al hombre inclusive, como fluctuantes sin apoyo entre dos infinitos opuestos, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

Esta contradicción desconsoladora convierte la existencia humana en un enigma insondable. Habernoslo revelado es a juicio de Pascal precisamente el mayor mérito de las matemáticas, pues al darnos la conciencia de esta situación paradójica, nos constriñe a meditar sobre nuestro destino. De consiguiente el mismo método que los racionalistas juzgaban la guía más segura, incommovible por su exactitud, se le revela insuficiente y sirve de base a su posición escéptica.

Porque quien con tanta perspicacia y autoridad señala los límites del conocimiento matemático, menos todavía había de confiar en la eficacia de la lógica especulativa. Tanto menos, cuanto se apresura a prevenirnos que el raciocinio, siempre obedece a impulsos ocultos de nuestro espíritu y se presta a servir todos los deseos.

En efecto, es preciso distinguir el ingenio matemático del ingenio de sutileza especulativa, que rara vez se verán juntos. Lo dice con intencionada alusión a Descartes.

Acostumbrados los geómetras a sus principios claros y evidentes y a raciocionar sin haberlos coordinado bien, se pierden en los asuntos especulativos donde los principios no son tan simples. Más que verlos, hay que sentirlos y es difícil per-

cibirlos en toda su delicadeza y complejidad. Es tarea ardua querer sistematizarlos, porque es preciso intuirlos de un solo golpe de vista y no por un raciocinio progresivo. Los géometras carecen de sentido especulativo porque quieren encuadrar en fórmulas exactas lo inconmensurable y operan con definiciones y axiomas.

A su vez los ingenios especulativos, habituados a emplear abstracciones, se extrañan, si se les obliga a un análisis previo, a pasar por definiciones y principios que no acostumbran contemplar en sus detalles.

Los géometras, que no son nada más que geómetras, poseen un criterio recto pero limitado a su esfera, y las mentalidades especulativas, aunque más amplias, no descienden hasta los elementos de sus concepciones, porque viven ajenos a la realidad.

Y en la realidad clava sus ojos Pascal, para comprobar la falacia, la inestabilidad, de todos nuestros juicios y conocimientos.

Pasa por verdad en una margen del río, lo que es falso en la otra. Las leyes fundamentales cambian, el derecho tiene sus épocas y tres grados de mayor o menor aproximación al polo trastornan los conceptos morales. Lo justo y lo injusto, varían según el clima.

El acaso del nacimiento, las impresiones recibidas en la niñez, deciden de nuestras opiniones.

Tratados tenemos sobre el "Principio de las cosas", sobre los "Principios de la filosofía", pero nada nos enseñan y su lectura es tiempo perdido. Aun las pruebas de la existencia de Dios no son convincentes, sobre todo si se trata del Dios cartesiano, concebido tan solo para darle un empujón al mundo.

Hartos de controversias escolásticas, apelamos en vano a la sutileza y a los vocablos bárbaros y presuntuosos de la lógica.

Las mismas palabras son equívocas, y si Descartes repite el dicho de San Agustín: Pienso, luego existo, entiende otra cosa.

El hombre no abriga sino errores; todo lo engaña. Los dos principios del conocimiento, la razón y los sentidos, faltos

de sinceridad, se burlan mutuamente y las pasiones ofuscan el juicio. O caemos en el escepticismo o en el dogmatismo.

El escepticismo ya tenía en Francia un gran representante, Montaigne, a quien Pascal admira y condena, porque al jovial gascón, su descreimiento, no le quitaba el sueño, ni le amargaba los modestos goces de la vida, mientras que a Pascal, la duda le dislaceraba el alma.

No la duda metódica, puramente intelectual, de Descartes, quien en realidad nunca dudó de nada, sino la duda viva y angustiada que, como un incubo, clama y reclama, su obsesión.

Nada sabemos, ni nada podemos saber. Está bien; renunciemos a la solución teórica del gran arcano. Pero, es que queda en pie un problema práctico: ¿qué actitud asumiremos frente a lo inexcrutable? Es indiferente o corremos un peligro si por suerte no acertamos.

¿Hemos de jugar la existencia de Dios en una apuesta a cara o cruz? Arriesgaríamos quizás en este juego nuestra dicha o nuestra miseria y abstenernos sería lo prudente, si no fuera forzoso decidirse, pues la vida está por delante y la hemos de vivir.

El inextinguible matemático que alienta en el fondo de Pascal, calcula un momento las probabilidades del caso, pero muy luego, advierte la necesidad de buscar distinta vía para salir del laberinto.

Se trata de un problema humano. Pascal se aflige de la miserable condición del hombre. No solamente de la exígua capacidad de su entendimiento, sino mucho más aún, de su degradación moral.

El hombre hermana el instinto de las bestias a un anhelo de grandeza infinita, pero vive despreocupado de su destino.

En sentencias de un pesimismo acre, comparable a las máximas de La Rochefoucauld, Pascal castiga la torpeza de su especie. El yo es aborrecible; es la fuente de todo egoísmo y envilecimiento. Con sagacidad psicológica descubre las flaquezas íntimas de nuestra vida y su sentido moral se subleva ante el espectáculo de los pequeños intereses, de las mezquinas va-

nidades, de las bajas pasiones, que consumen la existencia sin saciarla.

Si con caridad recuerda la inconsciencia e ingenuidad de los humildes, se indigna y compadece con las clases sociales que arrastran su existencia entre la disipación y el tedio. La concupiscencia es el gran mal.

Acosado por estas tribulaciones, ante el desastre de la razón, movido por el vehemente impulso de su alma, Pascal, invoca una inspiración superior al conocimiento sensible o inteligible, se acoge a convicciones que brotan imperiosas de su espíritu, porque al fin, el corazón, tiene razones que la razón no conoce. Todo nuestro raciocinio obedece al sentimiento.

A pesar de todas las miserias que nos estrangulan, un instinto indomable nos eleva y en la conciencia de su bajeza, se manifiesta aun la dignidad del hombre.

A la edad de treinta años, tras larga lucha íntima, Pascal ha hallado la ley de su existencia y en la comunión mística con lo Eterno, en la intuición inmediata de su Dios, encuentra la paz de todas sus dudas.

La gran experiencia mística, que en todos los tiempos, en todos los países, bajo el imperio de las creencias más diversas, estremece de vez en cuando a un espíritu selecto, siempre se distingue por el mismo contenido.

En su arrobamiento, desligado de ataduras terrenales, el místico halla la sensación de la libertad, se siente identificado con lo absoluto, con la esencia misma de lo increado. Al replegarse sobre sí mismo no cae en el vacío de la abstracción; le embarga la plenitud de un sentimiento inefable, la visión beatífica que solo con imágenes incongruentes, logra traducir en palabras.

“Esta elevación, dice Pascal, es tan eminente y trascendente que no se detiene ante el cielo, no se satisface ni aun más allá, ni con los ángeles, ni con los seres más perfectos. Atraviése todas las criaturas, sólo ante el trono de Dios el corazón se rinde y halla su reposo. Y comienza a considerar como una nada, todo cuanto precedero ha de retornar a la na-

da; el cielo, la tierra, su cuerpo, sus parientes, sus amigos, sus enemigos, sus bienes, la pobreza, la desgracia, la prosperidad, el honor, la ignorancia, la estima, el menosprecio, la autoridad, la indigencia, la enfermedad, la salud, la vida misma”.

No logramos, sino con un esfuerzo, quizás penoso, darnos cuenta de este fenómeno de la fe, universal sin embargo, persistente al través del tiempo, hecho positivo que arraiga en las mismas entretelas del corazón humano.

Revista las formas más extrañas y anima con igual impulso las huestes contrarias. Alza a los humildes hasta los brazos de la cruz, pone el sayal sobre la soberbia de los grandes y pasma la suficiencia de los fatuos. Mueve las multitudes y se exalta en espíritus singulares.

Se contamina con las supersticiones más burdas, se degrada con las pasiones más vehementes, se aferra a vanas fórmulas, e irradia serena y luminosa en la mente de Plotino o de Rabindranat Tagore.

Habituaos al indiferentismo de nuestro ambiente, se nos escapa el sentido profundo del problema religioso y algunas veces hasta lo confundimos con la apreciación de un sistema determinado de dogmas, cultos y ritos. Estos pueden o no, coincidir con la actitud religiosa, que es una disposición afectiva de nuestro espíritu, pero no son en realidad sino manifestaciones simbólicas, medios de expresión, sustituibles por otros. No existe la visión mística materializada. Lo dijo Kabir: El incondicionado no se encierra en el templo ni en la mezquita, no lo contiene la iglesia ni la sinagoga, destella su luz por el universo y cabe en la morada de tu corazón.

Pascal, si bien encuadró su actitud religiosa en formas tomadas del cristianismo, dispuso de la doctrina ortodoxa con soberana libertad. La iglesia como tal, la organización jerárquica, el papado, el culto externo, poco le interesan. En la enumeración de cosas deleznable, de las cuales se ha desprendido, se halla también la autoridad.

A las Escrituras apela, pero no con intención escolástica. “Porque la Escritura sagrada, exclama, no es una ciencia del espíritu, sino del corazón; sólo la entienden los hombres de co-

razón recto; la caridad no es solamente el objeto de la Escritura, sino también su clave”.

Luego se abandona a disquisiciones teológicas. En el pecado original, descubre la raíz de la corrupción del hombre y la necesidad de redención que no puede alcanzar por medios propios. Su impotencia requiere el auxilio indispensable de la gracia. Por ahí viene a coincidir Pascal con la congregación jansenista de Port Royal.

Inspirados por San Agustín, padre de la iglesia y de todas las herejías, los jansenistas, no muy numerosos pero distinguidos por la calidad y el fervor de sus adherentes, constituían una secta que, a pesar de sus divergencias con la curia, se obstinaba en pasar por católica. Esta posición híbrida e inconsecuente la mantuvo en perpetuo conflicto con la autoridad que decían reconocer.

Eran una especie de puritanos católicos; sometido a austera disciplina les obedeció el convento de monjas de Port Royal y en torno del mismo formóse un núcleo de ascetas intelectuales, creyentes y dialécticos, diestros en la polémica. Dividían su tiempo entre el cilicio y el libro y contaban con hombres de valía, como Arnauld, Nicole, Singlin y tantos otros.

A ellos se afilió Pascal con estrecha amistad, pero no con entera sumisión. Siempre se mantuvo superior al medio, como no lo disimula Sainte Beuve, el historiador de Port Royal. Poco a poco se emancipó de la posición sofista de sus compañeros y se distanció de la doctrina medrosa, consciente de hallarse fuera del catolicismo romano.

Entretanto la Sorbona se avocó al examen de ciertas tesis jansenistas sobre la Gracia, denunciadas como heterodoxas. Los gestores fueron los jesuitas, que ya habían arrancado a la curia resoluciones condenatorias y ahora deseaban darles consecuencias prácticas.

La influencia de Port Royal molestaba a la poderosa Compañía y tras de la Gracia teológica se ocultaba una rivalidad menos abstracta.

En aquellos tiempos de la contra-reforma, cuando las luchas religiosas se complicaban con las políticas y en torno del

trono se agitaban hugonotes y frondistas, la sociedad de Jesús perseguía con hábil tenacidad los objetos de la restauración católica. Les importaba ante todo poseer la voluntad de los dueños del poder político y al efecto empleaban sin escrúpulos los medios conducentes al fin.

Profesaban un cristianismo mitigado por todas las consideraciones mundanas, reducido casi a las meras prácticas del culto externo, al cumplimiento mecánico de ritos religiosos. Tengamos presente la mentalidad supersticiosa de la época; para un gentilhombre solía ser un menor cargo de conciencia matar a un adversario a mansalva, que promiscuar en día de ayuno. Esta actitud devota, sin asentimiento interno, contaba a veces con la laxitud de los jesuitas, que lejos de toda austeridad pedante, eran en resumidas cuentas el polo opuesto de los jansenistas, a quienes por poco tildaban de calvinistas. Los teólogos contrarios retribuían este cargo con el reproche de Pelagianos, posición también heterodoxa.

Arnauld había sido acusado y corría peligro. En esta ocasión intervino Pascal. En intervalos oportunos lanzó a la publicidad diez y ocho panfletos, que en los círculos dirigentes de París causaron honda impresión y se reunieron luego en un volumen con el nombre de Cartas provinciales. El genio del autor supo hacer de aquella empresa, casi, diríamos hoy, periódica, un libro imperecedero no obstante haber sido quemado por mano del verdugo.

No es mi propósito hablaros de las Cartas Provinciales. Tenéis la obligación de conocerlas.

Las energías de una inteligencia superior, la fortaleza de un alma íntegra y las dotes del hombre de letras, se emplean en la crítica de la religiosidad postiza. La moral casuista, las reservas capciosas, la ductibilidad servil, la ausencia de sentido ético y la perversión del evangelio, se exhiben con implacable ironía unas veces y con recia vehemencia otras. La sociedad de Jesús nunca pudo sanar de semejante ataque. En esta diatriba honesta se inspiró Molière para escribir su *Tartufe*.

La entereza de Pascal, la hallamos así mismo, en numerosos fragmentos de la obra, interrumpida por su muerte. La pu-

blicación póstuma se hizo con el nombre de "Pensamientos" y de ellos quiero citar algunos, sugeridos por el orden social:

.

Si despojamos al juicio de Bergson, de cierto chauvinismo circunstancial, podemos en efecto considerar a Descartes y a Pascal, como los fundadores de la filosofía moderna. En su orientación racionalista el primero y en la anti-intelectualista el segundo.

Por de pronto, casi durante dos siglos, había de prevalecer el racionalismo, hasta la aparición de su gran demoleedor.

El romanticismo dió lugar al auge, un poco exuberante, del anti-intelectualismo y el positivismo luego, en reacción violenta, quiso extinguir la especulación filosófica.

Otra vez nos encaminamos a nuevos rumbos. ¿En qué puede guiarnos Pascal?

Por cierto no hemos de reabrir el debate sobre el pecado original, ni sobre la Gracia suficiente y eficiente. No volveremos a creer en los milagros, ni pueden servirnos de norma las soluciones personales que halló para sus afanes.

No está ahí la importancia actual de Pascal. Está en la actitud espiritual con que afirma los valores éticos, frente a las ficciones, a las simulaciones, de un vano ritualismo y verbalismo.

Está en la acentuación de la personalidad humana, como problema superior a los problemas cósmicos.

Está en la hegemonía, atribuída al impulso ideal de la voluntad sobre la razón, mero instrumento pragmático.

Está en haber señalado la especulación lógica como un juego sofista y haber negado el método geométrico en los dominios inconmensurables de lo subjetivo.

Nos es un ejemplo, porque hizo concordar sus actos con su doctrina, porque vivió su vida propia, sin coacción ni cobardía, como le plugo a su soberana voluntad, porque no separó su verdad del Bien y de la Belleza, porque no adoró ídolos extraños y solo rindió culto al Dios que le estremecía el alma.

Y sin invadir el respetable dominio de la teología, séanos permitido también una pequeña exégesis. Estimo que el pecado original es nuestro remoto abolengo, el residuo ancestral, el instinto gregario, la servidumbre opaca, de la que nos hemos de redimir por la afirmación de la libertad y de la dignidad humana.

Alejandro Korn.

PENSEES

L'homme n'est qu'un roseau, le plus faible de la nature; mais c'est un roseau pensant. Il ne faut pas que l'univers entier s'arme pour l'écraser: une vapeur, une goutte d'eau, suffit pour le tuer. Mais, quand l'univers l'écraserait, l'homme serait encore plus noble que ce qui le tue, parce qu'il meurt, et l'avantage que l'univers a sur lui, l'univers n'en sait rien.

Toute notre dignité consiste donc en la pensée. C'est de là qu'il faut nous relever et non de l'espace et de la durée, que nous ne saurions remplir. Travaillons donc à bien penser: voilà le principe de la morale.

*

Il est dangereux de trop faire voir à l'homme combien il est égal aux bêtes, sans lui montrer sa grandeur. Il est encore dangereux de lui trop faire voir sa grandeur sans sa bassesse. Il est encore plus dangereux de lui laisser ignorer l'un et l'autre. Mais il est très avantageux de lui représenter l'un et l'autre.

Il ne faut pas que l'homme croie qu'il est égal aux bêtes, ni aux anges, ni qu'il ignore l'un et l'autre, mais qu'il sache l'un et l'autre.

*

La vanité et si ancrée dans le cœur de l'homme, qu'un soldat, un goujat, un cuisinier, un crocheteur se

vante et veut avoir ses admirateurs; et les philosophes mêmes en veulent; et ceux qui écrivent contre veulent avoir la gloire d'avoir bien écrit; et ceux qui le lisent veulent avoir la gloire de l'avoir lu; et moi qui écris ceci, ai peut-être cette envie; et peut-être que ceux qui le liront...

*

Le silence éternel de ces espaces infinis m'effraie.

*

Le dernier acte est sanglant, quelque belle que soit la comédie en tout le reste; on jette enfin de la terre sur la tête, et en voilà pour jamais.

*

Car enfin qu'est-ce que l'homme dans la nature? Un néant à l'égard de l'infini, un tout à l'égard du néant, un milieu entre rien et tout. Infiniment éloigné de comprendre les extrêmes, la fin des choses et leur principe sont pour lui invinciblement cachés dans un secret impénétrable, également incapable de voir le néant d'où il est tiré, et l'infini où il est englouti.

*

Je ne puis pardonner à Descartes; il aurait bien voulu, dans toute sa philosophie, se pouvoir passer de Dieu; mais il n'a pu s'empêcher de lui faire donner une chiquenaude, pour mettre le monde en mouvement; après cela, il n'a plus que faire de Dieu.

*

L'homme n'est donc que deguisement, que mensonge et hypocrisie, et en soi-même et à l'égard des autres. Il ne veut pas qu'on lui dise la vérité, il évite de la dire aux autres; et toutes ces dispositions, si éloignées de la justice et de la raison, ont une racine naturelle dans son cœur.

Nous sommes si présomptueux, que nous voudrions être connus de toute la terre, et même des gens qui viendront quand nous ne serons plus; et nous sommes si vains, que l'estime de cinq ou six personnes qui nous environnent, nous amuse et nous contente.

*

Nous courons sans souci dans le précipice, après que nous avons mis quelque chose devant nous pour nous empêcher de le voir.

*

Se moquer de la philosophie, c'est vraiment philosopher.

*

“Pourquoi me tuez-vous? Eh quoi! ne demeurez-vous pas de l'autre côté de l'eau? Mon ami, si vous demeuriez de ce côté, je serais un assassin et cela serait injuste de vous tuer de la sorte; mais puisque vous demeurez de l'autre côté, je suis un brave, et cela est juste”.

*

Il est juste que ce qui est juste soit suivi, il est nécessaire que ce qui est le plus fort soit suivi. La justice sans la force est impuissante; la force sans la justice est tyrannique. La justice sans force est contredite, parce qu'il y a toujours des méchants; la force sans la justice est accusée.

Il faut donc mettre ensemble la justice et la force; et pour cela faire que ce qui est juste soit fort, ou que ce qui est fort soit juste.

La justice est sujette à dispute, la force est très reconnaissable et sans dispute. Ainsi on n'a pu donner la force à la justice, parce que la force a contredit la justice et a dit que c'était elle qui était juste. Et ainsi ne pouvant faire que ce qui est juste fût fort, on a fait que ce qui est fort fût juste.

Plaisante justice qu'une rivière borne! Verité au deça des Pyrenées, erreur au delà.

*

Quand il est question de juger si on doit faire la guerre et tuer tant d'hommes, condamner tant d'Espagnols a la mort, c'est un homme seul qui en juge, et encore intéressé: ce devrait être un tiers indifferent.

*

La justice est ce qui est établi; et ainsi toutes nos lois établies seront necessairement tenues pour justes sans être examinées, puis qu'elles sont établies.

*

Il a quatre laquais, et je n'en ai qu'un: cela est visible; il n'y a qu'à compter; c'est à moi à céder, et je suis un sot si je le conteste. Nous voilà en paix par ce moyen; ce qui est le plus grand des biens.

*

Tous errent d'autant plus dangereusement qu'ils suivent chacun une vérité, leur faute n'est pas de suivre une fausseté, mais de ne pas suivre une autre vérité.

*

“Console-toi, tu ne me chercherais pas, si tu ne m'avais trouvé...” (“Mystère de Jésus”).

JUAN AGUSTIN GARCIA

EXAMEN GENERAL DE SU OBRA HISTORICA

El doctor don Juan Agustín García, cuyo fallecimiento acaeció en la ciudad de Buenos Aires el 23 de junio ppdo., había conquistado y mantenido, por la más franca dedicación al estudio, una posición elevada entre los argentinos de su época, realizada por sus prendas de distinción intelectual y su alma caballeresca.

Su vida no podrá ser trazada en estas páginas con la amplitud de una noticia que comprenda las múltiples manifestaciones de su espíritu, pero lo será con el afecto y la verdad que nos imponía su trato muy cordial, por mucho tiempo y de interés intelectual continuamente renovado.

Es de creer, por otra parte, que alguno de sus discípulos cumpla con el deber de gratitud para con este maestro esclarecido, cuya actuación en las aulas, libre de ambiciones personales prefirió la tranquilidad, entregado a sus libros y papeles predilectos, y en lo posible alejado del medio un tanto agitado de la universidad en los últimos tiempos, que él advirtiera y comentara con acentuada pesadumbre.

Corresponde, en rigor, que sea su biógrafo alguno de los muchos jóvenes de singular ilustración y juicio templado para que, sin puntillos de vanas pretensiones en la calificación de ideas que pasaron pueda ofrecernos la comprensión esencial de sus cualidades personales de hombre y maestro, de filósofo y amigo.

Nos proponemos discurrir, en esta ocasión, sobre la actuación de García en la cátedra de historia de América, de la significación que le atribuimos a sus predilecciones ideológi-

cas llevadas al campo de los estudios históricos, y, a los cuales, el honrado maestro jamás atribuyó una importancia mayor que no correspondiera a la de su entera realidad.

Para fundamentar nuestras reflexiones sobre la fuerza moral que le impulsaba, poseemos los rasgos acentuados de su educación, en el sentido más general, sus condiciones de estudiante, de magistrado y de ciudadano; de los actos que trascendieron a ciertos círculos de la sociedad argentina en donde actuara y diera lustre a su linaje. El hogar de García, como tantos y tan meritisimos hogares bonaerenses, tuvo que sufrir desde los primeros tiempos de la organización del nuevo Estado, las consecuencias de los extravíos políticos y las pasiones de caracteres muy diversos, tan propias de toda sociedad en formación y de cepa bravía.

Aunque él y los suyos no fueran actores, debió sentirse sacudido en todo su ser por aquellas tempestades del mar lejano y cuya impresión renovara — mediante inolvidables referencias de gentes muy vinculadas a los acontecimientos — o reconstruyera mentalmente en las lecturas de testimonios escritos fehacientes. Y así, sin alterar el desarrollo de los hechos o de sus causas, desentraña de la idiosincrasia argentina y explica las categorías o conceptos de su interpretación del pasado nacional.

En sus primeros ensayos de escritor, como jurista e historiador, pudo revelar la posesión de un sentido histórico, que aplicara para definir los matices más singulares de la vida del país. Mediante la continuidad del examen y el deseo de ver mejor y de apreciar los fenómenos colectivos verdaderamente significativos, pudo ensayar sucesivas explicaciones de la trabazón del proceso integral en sus bases más inmediatas, las que había encontrado, como otros escritores, en las necesidades, ideas y sentimientos dominantes.

En los escritos más recientes se encuentra gradual y fuertemente impreso ese sentido del pasado, vinculado a cierta sagacidad de intuición y a una justedad espontánea de los vocablos. Todas esas calidades fueron frutos de su inteligencia, que sazonaron sus lecturas escogidas y la refinada cul-

tura que heredara o le rodeara muy de cerca, mediante la cual pudo comprender lo que ocurriera en otros tiempos, reafirmado por las tradiciones, en lo más hondo y sensible del alma nacional.

Y a semejanza de los polluelos en el nido que oyeran las canturrias de los padres en el hogar, las perpetuaría con amor y fidelidad, como los boyeros del Paraná, siempre al ritmo de las aguas y de las ramas del sauzal...

*

* *

Puede decirse que Juan Agustín García encaró los problemas de la historia, generales y particulares, de concepto y de técnica, conducido por sus preocupaciones de jurista, y eso ya representa una convicción por mucho que se hubiera malogrado en sus primeros ensayos.

No es el caso, pues, que haya llegado a definir sus gustos por la historia, derivando de veleidades literarias, ni de las severas y muy respetables cuestiones de las críticas paleográfica y filológica, que por muy fundamentales son, generalmente, de menores alcances.

Es sabido, asimismo, que, como jurista pudo figurar en las filas que encabezara el gran Savigny, y en materia histórica con decir que fué un romántico no se expresaría lo suficiente. Cuando sobre estos problemas discurriera en privado, enseñara en la universidad o escribiera, habían pasado ya los momentos culminantes en que los sociólogos hicieran declaraciones en ciertos casos bien explícitas de una similitud no establecida por los fundadores de la doctrina, entre la historia del derecho y la historia política, para que al fin de cuentas quedara demostrado que había sido necesario proporcionar una correcta lección al llamado "pragmatismo".

Consecuente con su tendencia ideológica, que robustece por el examen y discusión en la cátedra y la publicación de estudios especiales de filosofía, historia y crítica, asienta sus principios y su método en contribuciones de importancia y de

alta trascendencia para nuestro medio intelectual. Eso ocurre cuando edita el tratado de *Introducción al estudio del derecho argentino*, en cuyo capítulo de antecedentes históricos se encuentran establecidos sus puntos de vista y hasta desenvueltos novedosamente para el público lector y aun para los juristas e historiadores rioplatenses. Los problemas que por entonces tratara García, al uso y estilo de sus primeros conceptos filosóficos, pueden considerarse, con justicia, asequibles para las demostraciones de sus enunciados fundamentales.

“Nada explica tan bien el desarrollo del Derecho (1) — afirma nuestro autor — como el análisis y notación de los sentimientos que en las diversas épocas contribuyeron a formar las instituciones y las costumbres. Para comprender los orígenes del derecho argentino, he investigado los que predominaron en Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII, buscándolos en las fuentes originales; documentos públicos y privados, crónicas coetáneas; única manera de conseguir la impresión propia, que mala o buena, tendrá siempre el mérito de ser personal y sincera. Tres o cuatro se destacan con bastante nitidez; el pundonor criollo, el culto nacional del coraje, el desprecio de la ley; que han sido los motivos de la voluntad social de esa época. El lector los percibirá animando todos los fenómenos, imprimiendo sus rasgos peculiares a la evolución de la sociedad y del derecho, incorporados al organismo físico individual de una manera permanente y definitiva, como los demás sentimientos comunes, la simpatía, la familia, el patriotismo...”

Es la primera advertencia autorizada que, en el campo de nuestra historia vivida, establece la presencia y acción de verdaderas fuerzas transformadoras y originarias de hechos sociales de trascendencia; de un encadenamiento de causas y efectos, con sus más verosímiles relaciones y conexiones entre

(1) Esta premisa estampada también, en la “introducción” de *El régimen colonial* no contiene más substancia de doctrina que las que ofrecen otras afirmaciones que de ella derivan, aparecidas como lemas de sus subsiguientes elucubraciones: véase *La Ciudad Indiana, passim*, e *Introducción al estudio de las Ciencias Sociales argentinas*.

la organización social y la política y con esta última la jurídica y económica. Pero fueron más lejos sus aspiraciones cuando, en plena posesión del sujeto que estudiaba, penetró en las modalidades de otras conexiones, de caracteres altamente interesantes; sutiles, elevadas por su sentimentalismo y profundas por su naturaleza esencial.

Pareció, por entonces, a los historiadores platenses, liberales y románticos, que de las narraciones, anecdotarios y relatos-discursos, del uso corriente, surgían, como retoños de troncos añejos, historias sociales.

Coetáneos de García pero declarados por sí o considerados con menor precisión entre los opositores de Carlyle, y cerca, muy cerca, de Buckle, Guizot y otros historiógrafos positivistas, fueron Francisco y José María Ramos Mejía, sin que el atractivo de la originalidad pueda atribuirse en mayor proporción, y en lo que cabía, al autor de *Las multitudes argentinas*, y *Rosas y su tiempo* (1).

Pero estos nombres respetables que dan un nuevo y sugerente rótulo a los estudios del pasado argentino, fuerza de expresión y atrayente contenido, no pueden ser el objeto incidental de estas reflexiones. Nos proponemos extender estos comentarios, sobre unos y otros, cuando las circunstancias y el tiempo nos lo permitan.

García trata de contribuir al conocimiento de las ideas y sentimientos dominantes durante el "período colonial", de sus instituciones, de las fuerzas y circunstancias que obran y dirigen la evolución de la sociedad rioplatense. Su pensamiento quiere vincularse al pensamiento de otras sociedades y a las

(1) No nos proponemos desestimar los esfuerzos de los predecesores y colegas de García. Liberales por temperamento participaron de las tendencias espirituales del moderno movimiento social. Algunos llegaron a la cátedra y a las más altas funciones públicas, y entre los desaparecidos, Francisco Ramos Mejía, nos dejó escritos de sumo interés después de haber hecho prácticas las nociones que le sirvieron de fundamento; lo que no pueden hacer los declamadores que, en todos los tiempos, han vivido en la Universidad argentina con la obsesión de la jerarquía, obtenida como resultado de felices enjuagues de alquimia o de enfáticos libros andróginos.

distinciones de tiempo y lugar, pero a todas ellas las comprenden enlazadas y a veces confundidas en un solo haz, que representa para actores e intérpretes de esa evolución espiritual los valores de continuidad y unidad.

Por la apariencia muy modesta no nos permitiríamos afirmar que este autor pretendiera ensayar una "historia en filósofo" a lo Voltaire. Sus medios de análisis y crítica le privaban el empleo de expresiones de atildado tecnicismo, conformándose con llamar la atención sobre el origen étnico inmediato, las costumbres, las ideas dominantes y ciertas otras manifestaciones de cultura; separando lo que no podía estar unido y atribuyendo a la vida de las masas y al papel de los hombres dirigentes, la respectiva importancia que en realidad han podido atribuirles los historiadores de la misma tendencia o escuela.

Si se le hubiera interrogado al autor de *La Ciudad Indiana* sobre el modelo europeo que ofreciese un parecido o correspondencia esencial con el criterio historiográfico por él desenvuelto, habría pensado más en la obra modesta de Justo Möser que demostró el alto interés de la historia social, que en los estudios famosos de Niebuhr (1).

Habiéndose servido de la cátedra universitaria para enunciar y discutir los mismos problemas que se imponía en la tarea de la investigación en los archivos, como se lo sugiriese la enseñanza de Fustel de Coulanges, consideramos que no es de rigor recordar las principales afirmaciones que hiciera en cuanto al método, tratándose de sus propios discípulos a quienes se dirigen estas páginas. Ellas tuvieron mayor repercusión en aquellos momentos en que fueron expuestas porque aparecían en el campo incierto de las "ciencias morales y políticas", con toda la importancia de las primeras tentativas que buscaban la aplicación de procedimientos probados con éxito en ciencias de naturaleza distinta.

Se propuso además, como bien se sabe, en los estudios so-

(1) E. FUETER, *Histoire de l'historiographie moderne*, 491, París, 1914.

ciales, recoger las enseñanzas de la tradición argentina, tradición que por entonces, según sus afirmaciones, no había penetrado en la Universidad; y entre sus afirmaciones insistía en aquella que trataba de demostrar a los estudiantes universitarios “que la idea de formar ciencias argentinas era factible, que nuestros fenómenos económicos, políticos y sociales, eran y son tan interesantes como los europeos. Aun con la aplicación de los nuevos métodos al estudio de los fenómenos morales se ha visto que el derecho, la religión, el idioma, la economía, la política, son productos regionales, el resultado de los sentimientos y deseos de los hombres”.

Todas estas premisas e inferencias, si no enaltecen el valor de aquellos primeros ensayos historicistas de García, tampoco le contradicen, máxime cuando ellas se han elaborado progresivamente por los que comprenden en sus enunciados de los hechos históricos a todo el “fenómeno de la civilización”, para que al combinar elementos a veces distintos logren dejar en sus lectores una impresión de unidad, de desarrollo armónico, de posible y humana realidad.

No nos proponemos en estos comentarios sugerir antinomias de textos, contradicciones o adaptaciones de ideas viejas. Si en la difícil tarea de la elaboración de conceptos se deslizan en esas y otras exposiciones de doctrinas elementos contradictorios, como suele ocurrir — particularmente entre los comentaristas americanos de teorías europeas — deben explicarse más como interferencias del primer momento en lugar de atribuirles el de negligencia en la correcta información.

En el caso de este autor ha existido, bien se advirtió, un punto de partida en sus conceptos jurídicos y sociales y luego una elaboración posterior, que en ciertos aspectos aparece con ligeras formas de amalgama, conceptos que fueron derivando hasta verlo consagrado al estudio de la evolución nacional, superficialmente en sus formas materiales, pero con verdadera preferencia cuando se refería al intercambio y discusión de ideas — la síntesis de la evolución espiritual — “a la cual afluye, como las múltiples corrientes que forman un gran río, y de ella salen aumentadas y robustecidas, las nuevas aguas que

irrigan el pensar argentino. Así, su historia deberá comprender todo ese movimiento de la vida argentina desde sus orígenes hasta nuestros días”.

Y nos parece oportuno apartarnos de la doctrina sociológica de García en el momento que asienta en su *Introducción*, etc., que la ciencia de Augusto Comte debe ser una ciencia nacional. Preferimos, en cambio, seguirlo en sus aplicaciones del concepto que ha expresado de la historia, y que no es otro que el de los pensadores que continuamente recuerda en los sucesivos escritos de que es autor.

Puede afirmarse que su obra capital es *La Ciudad Indiana*. Los estudios que diera a luz después, y cuya enumeración no corresponde hacer en este momento, sólo prolongaron y mantuvieron el vigor de sus ideas y la ya acentuada distinción de sus juicios y expresiones.

Se ha dicho, acertadamente, que los historiadores de su estirpe han encontrado en el estudio de las sociedades elementos muy expresivos para interpretar la verdadera vida del pasado; aplicando a esa revisión los procedimientos que aconsejan los maestros preceptistas del método histórico y los paradigmas que eligieran para dirigir y ensayar el más amplio examen de los fenómenos sociales.

Y si Juan Agustín García aparece en la literatura de nuestro país como un modelo de aplicación de conceptos y estilo nuevos, sugestivos por igual, penetrantes por los matices que descubre cuando se propone estudiar la vida colonial, ha debido corresponder a una categoría conceptual adecuada a su propia psicología, y que, sin equívoco alguno puede advertirnos a los lectores de hoy, que dejó el signo inconfundible de la influencia de un espíritu sobre otro espíritu.

Poco o nada se reconoce de supuestas influencias si se buscan en el *Régimen Colonial* reminiscencias verbales, giros de estructura en la composición escrita o en otras fuentes de identificación, posibles de utilizar para ese objeto. Pero no dejó de llamar la atención a los cultores del género histórico, que en *La Ciudad Indiana* se encontraran trazos muy seguros de la vida argentina de otras épocas, ya entrevistos en otras explicaciones de so-

ciedades evolucionadas, en un estilo armonioso, sugerente, de giros muy personales y sobriedad elegante, tan genuina de los grandes escritores de Francia.

¿Cuáles fueron esos maestros, sus autores de cabecera?
¿Cuáles las circunstancias que dieron ocasión a que se conmoviera su sensibilidad?

Ha podido entreverse, aun en los trabajos preliminares, que el análisis por el análisis de los testimonios o de los hechos le afectaba el ánimo; que la narración pormenorizada de los acontecimientos no le cautivaba; las causas inesperadas y sus consecuencias jugaban un papel demasiado circunscripto como para que su espíritu pudiera correlacionar los momentos de vida pretérita que “pretendía vivir” y hacer comprender en su mayor intensidad. Por ello su personalidad de escritor se destacó debido al conjunto de calidades que le fueron reconocidas entre todos los cultores del género histórico en nuestro país. Su obra se consideró de mérito indiscutible, no obstante la desigual intensidad del raciocinio en ella ejercitado para desarrollarla, lo que sería posible comprobar meditando sobre la presentación un tanto esquemática o imprecisa de muchas de sus partes.

“Tal vez complete algún día este trabajo — dice el autor cuando se ocupa de la organización colonial—estudiando detenidamente el siglo XVIII. La sociedad porteña sufrió entonces una transformación completa. Consolidadas las fortunas penosamente adquiridas durante el siglo XVII, la riqueza modificaría los sentimientos de la clase dirigente, facilitando la comprobación simpática de la nueva filosofía...”

A García no correspondía exigirle estudios definitivos. Uno de sus más grandes anhelos fué el de perfeccionarse, más en el esbozo de perfiles y caracteres que en la obra del expositor y crítico implacable. Y todo ello realizado en giros muy pausados, sin el más mínimo apresuramiento.

De sus primeros esbozos sobre los antecedentes del derecho argentino y en particular de la legislación indiana, que por diversas razones no lograra conocer en toda su amplitud; como de los ensayos de comprensión de caracteres, aspectos sociales

y vidas de real movimiento o singularidad, que habían permanecido ignorados en el campo de nuestra historia política, extrajo, para sí, la convicción de lo difícil y contingente del éxito pleno de tales ejercicios de expositor del pasado, como cuando afirma, en *La Ciudad Indiana*, “Alcanzar la verdad histórica es un feliz accidente”.

Al tomar su dirección como escritor y al elegir los modelos que más le impresionaran en materia de historiografía contemporánea, se inició, a nuestro juicio, con el autor de *Los orígenes del Cristianismo*. Cómo continuó, en qué aspectos de su obra histórica se advierten otras influencias espirituales y acaso la manifestación de su temperamento, de sus modos sutiles y vagos asertos, lo trataremos de decir en el desarrollo de subsiguientes comentarios.

Parece que, como Renan, consideró a la ciencia positiva como única fuente de verdad; pero sin haber revelado en sus ideas y sentimientos fundamentales, nada de aquella transformación que fuera la característica de su modelo.

Si recapacitamos sobre ciertas modalidades sociales, hoy tiene menos importancia y consecuencias que ayer el haber sido criado y educado entre sacerdotes o mujeres de creencias religiosas muy arraigadas. De Juan Agustín García no se sabe más que pueda tener interés para una calificación de contenido ideológico-sentimental, que siempre fuera un espíritu amable y tolerante, y que en esos aspectos de su vida, sin conflictos, se prestó a las más humanas concesiones... La memoria nos trae el recuerdo de aquellos comentarios sobre el espíritu religioso de nuestros antepasados, — que también estampa en *Los Jardines del Convento* — y en los cuales puede advertirse, más que la propia cuestión histórica, el hilo finísimo que ha sabido buscar entre la trama del alma humana y que su poderoso don de intérprete de caracteres concluye por revelarlo a sí mismo.

La confianza en sus demostraciones, radicaba en los procedimientos de crítica histórica que, sin ser análogos ni tan rigurosos como los de sus preceptistas, diéronle una noción nueva de los hechos, procedimientos que fué frecuentando en lo po-

sible para darle a la construcción que se proponía, la mayor seriedad. Esos agregados y perfeccionamientos, pero muy amalgamados, se notan en los escritos posteriores a *La Ciudad Indiana*.

Lector asiduo de Renan, Taine, Fustel de Coulanges y otros historiadores contemporáneos, Juan Agustín García encontró en las obras capitales de unos y otros el rasgo distintivo que impresionara su sensibilidad. Tuvo el anhelo de la verdad y circunspección, de las expresiones de una gran sobriedad que en el supremo esfuerzo de la síntesis sólo pueden alcanzar los escritores de raza, y al tratar de ser certero en las descripciones de ambiente, como alguno de sus maestros, supo comprender mejor a los caracteres individuales y aun a las manifestaciones colectivas que estudiara.

Esa literatura francesa e inglesa de fines del siglo XIX, que al Río de la Plata llegara, verosíblemente, muchos años después, ejerció una suerte de dictadura espiritual en el núcleo de los universitarios bonaerenses que apartándose de los afanes profesionales y de la tendencia de las historias genealógicas, biográficas y vindicativas, se propusieron imprimir a estos estudios mayor dignidad y muy diverso contenido.

No dejaron de aparecer escritores imbuídos de la filosofía de la época, netamente positivista, que advirtieron la posibilidad de formular "leyes históricas" según fueran ellos, en la médula, racionalistas o románticos, y también los que gustaran de las manifestaciones poligráficas a lo Brunetière, emitieron de vez en cuando, juicios y palabras elocuentes sobre tantos problemas que interesaban al hombre moderno, después de haber sido motivos de hondas preocupaciones para las sociedades antiguas. Pero García jamás demostró como pensador que fuera capaz de excesos verbales o de doctrina.

La aparición en el campo de la literatura nacional de autores como José Manuel Estrada, Francisco y José María Ramos Mejía, Juan Agustín García y algunos más, confirma el juicio ya expresado, según el cual a los aspectos más importantes y auténticos de la respectiva filiación doctrinaria, deben an-

teponerse y reconocerse en todos ellos las calidades propias de ilustración académica y brillo intelectual.

García expresa categóricamente que no pretende ser original, que en *La Ciudad Indiana*, fácilmente se notará la influencia de Taine en la filosofía política, de Fustel de Coulanges en el método. Ha seguido con preferencia los consejos de este último: "estudiar directa y únicamente los textos en el más minucioso detalle, no creer sino lo que demuestran, y separar resueltamente de la historia del pasado las ideas modernas que un falso método ha llevado".

De los autores nacionales que acabamos de recordar es el más porteño de todos, en el concepto que erigía a Buenos Aires como cabeza visible de toda la civilización hispano-sudamericana.

Lo demuestran acabadamente su genealogía y estilo, los temas que trata, desarrollos y comentarios calificativos, así como cuando plantea en *La Ciudad Indiana* y repite, muchas veces después, lo que considera en general como organización institucional durante la época de la dominación hispánica. Su pensamiento se circunscribe indudablemente a examinar y comprender a la sociedad rioplatense.

Se ha dicho muchas veces que puede encontrarse una gran analogía entre *La Ciudad Antigua* de Fustel de Coulanges y la recordada *Ciudad Indiana* de García. A nuestro modo de ver, las semejanzas pueden circunscribirse a determinados temas de la exégesis y a ciertos pasajes del estilo expositivo.

En cambio, el concepto fundamental que sirve de médula a toda la obra de Fustel es diverso y de mayor trascendencia que el que se propone considerar García. Será para este objeto suficiente recordar que el asunto de la primera parte de *La Ciudad Antigua* es el estudio de las creencias religiosas, de las cuales hace derivar todo su sistema de interpretación de los hechos sociales de mayor significado en la evolución espiritual de los pueblos y civilizaciones que considera.

En *La Ciudad Indiana* los fundamentos de la exposición de nuestro pasado virreinal son más exiguos, si se quiere rudimentarios, y diversamente apreciados en su influencia social.

Cuando habla de la ciudad y de las campañas, de los indígenas como factor económico, de los elementos étnicos, de los usos y costumbres, de las clases sociales, sus industrias, etc., la imaginación del lector rara vez es conducida por el escritor a otros centros de cultura, villas y haciendas del virreinato. Esa lucha constante y renovada que García ha querido ver entablada entre la sociedad y sus mismas instituciones, como síntesis impresionante de su sistema de interpretación de todo un pasado y hasta como carácter esencial del pueblo argentino de los tiempos recientes, lo dejaría expuesto a que lo tildaran de contradictorio, pero al parecer se debe a que él buscara lo que llamó “el espíritu de los sucesos” o “la idea que anima a los hechos de nuestra historia”.

Para aclarar sus convicciones de estudioso respondía a los escépticos lectores que nunca faltan, que “en ninguna parte es tan maravillosa la trabazón de las cosas como en el movimiento sucesivo de las generaciones, que constituyen la Historia”, advirtiendo que en éstos, como en otros fenómenos, “el libro de la vida permanece cerrado para el que no se afana en descifrarlo” (1).

Sin denunciar el evidente conflicto en que debió estar con muchos historiadores argentinos, que como románticos de pocos fundamentos, afirmaban la excelencia del pasado, se contrajo a conocerlo sin malquererlo ni glorificarlo. Trató de repetir la severa y penetrante experiencia de Hipólito Taine, en aquella primera parte de su obra: *Les origines de la France contemporaine*.

Pero si en los libros de García no se encuentra el modelo de rigor inflexible en el análisis agotador, de manifestaciones rutilantes de la imaginación, como los que hicieran la notoriedad del historiador francés, se comprueban, no obstante, otras calidades. Se destacan, ante todo, sus recursos de escritor para dar vida a la acción y de los que se sirve para explicar los fenómenos psicológicos que examina y sabe sintetizar con fáciles expresiones.

(1) GARCÍA, *La Ciudad Indiana*, 5

Y en el afán persistente de encontrar el fondo mismo de esos fenómenos psicológicos, buscó la trama para fundamentar sus explicaciones en la poesía popular. Por ello terminó sus días hojeando los libros de nuestros poetas, para vivir las últimas emociones con Hidalgo, Ascasubi y Rafael Obligado.

Con todo, y no obstante las sorpresas que la obra de García nos ofrece a cada paso, reconocemos su grande importancia, la riqueza de ideas que aportara al acervo de la cultura científica y la demostración indiscutible de habernos hecho ver y apreciar muchas realidades de la historia de nuestro país.

Luis María Torres.

Belgrano, 2 de Agosto de 1923.

Inauguración del Instituto de Filología

DISCURSO DEL DECANO D. RICARDO ROJAS

Señor Ministro de Instrucción Pública;
Señor Embajador de España,
Señoras y señores:

La filosofía europea no se ha organizado como una ciencia que me atrevería a llamar biológica, hasta la segunda mitad del siglo XIX. Influida primero por el dogma teológico, y fluctuante luego entre el detalle empírico y la generalización ingeniosa, careció del método que constituye una verdadera ciencia. Con decir que España misma ha carecido de una escuela filológica sería antes de Menéndez Pidal, habremos adquirido el derecho de no quejarnos con demasiado rigor sobre la penuria de tal disciplina entre nosotros.

El estudio de las lenguas comenzó para nosotros en el siglo XVI, con la enseñanza gramatical de los latinistas coloniales y con el trabajo de los misioneros cristianos sobre los idiomas indígenas. En América han perecido, suplantadas por el castellano, más de doscientas hablas, cuyos glosarios encontraron bibliógrafo diligente en Bartolomé Mitre, con su Catálogo de las lenguas americanas. En la generación de Mitre, incursionaron también por el campo de tales estudios, Larsen con su docencia universitaria, Calandrelli con su diccionario comparado, Mossi con sus investigaciones sobre el quichua, López con su pintoresca teoría sobre las lenguas arias del Perú, Dobranich con sus estudios bíblicos, Lafone con sus vocabularios regionales, y todos los demás que, después de ellos, han continuado hasta hoy la tarea, cultivando las mismas aficiones,

con virtud plausible, aunque con criterio no siempre digno de aplauso.

La posición actual de la Argentina en América, su contacto con cuatro grandes familias de lenguas precolombianas, los alarmantes problemas del cosmopolitismo rioplatense en relación con el castellano, y, sobre todo, el carácter rigurosamente científico de la filología en nuestro tiempo, estaban indicando a la Universidad, como perentorio deber, la necesidad de tomar parte en dichos estudios, que hoy se realizan por colaboración internacional.

Hace ya quince años, cuando yo no era profesor en esta casa, ni imaginaba que llegaría a ser su decano, indiqué en mi libro "La restauración nacionalista", lo conveniente de que esta Facultad fundara diversos institutos de investigación científica relacionada con las humanidades. Llamado posteriormente a crear aquí la cátedra de literatura argentina, documenté los fenómenos del habla popular y de nuestra bibliografía lingüística, llegando hasta decir en "Los gauchescos", al criticar nuestro empirismo sobre tales cuestiones: "La filología argentina está por crearse". Con esta convicción, madurada en tantos años, prometí fundar un Instituto de filología, en el discurso que pronuncié aquí mismo al hacerme cargo del decanato; y, tomando luego por punto de partida un proyecto del Consejero Alberini, obtuve del Consejo Directivo que se me autorizara para gestionar la venida de un especialista europeo, a quien entregáramos la dirección del Instituto.

Al declarar inaugurado este nuevo departamento de nuestra Facultad, lo hago, pues, con una justa satisfacción de hombre y de funcionario. Creo que iniciamos una obra trascendental para la cultura argentina y para el prestigio exterior de la Universidad, porque esta fundación forma parte de la misión histórica que asigno a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, llamada a superar las tendencias utilitarias de nuestro ambiente, mediante una concepción más noble de la ciencia de la nacionalidad y de la vida. Así empeñado desde los comienzos de mi decanato en el que el Instituto de Filolo-

gía llegara a ser una realidad, preparé hace tiempo su sede en nuestra casa de la calle Reconquista y obtuve de la Universidad los fondos necesarios para empezar las tareas, pues tanto el Rector como el Consejo Superior se han mostrado siempre tan benévolo con mis iniciativas, que debo referirme a su actitud para agradecerla aquí públicamente. Claro es que los resultados del Instituto dependen de un largo porvenir o sea de sus futuros colaboradores y de realidades ajenas a mi voluntad; pero no se me escapó que la mitad del buen éxito quedaría asegurada, si yo lograba acierto en la elección del técnico encargado de dirigirlo. En tal sentido, puedo afirmar que el nombre de don Américo Castro, es, por sí solo, prueba completa sobre el acierto de mi elección, y más si se dice que don Ramón Menéndez Pidal tendrá también su parte, como director honorario, en el plan de nuestras investigaciones.

Los estudios de lengua y literatura castellanas, que constituyen la especialidad de mi vocación literaria y de mi cátedra en la Universidad, me habían puesto en condiciones de conocer la obra científica que la moderna escuela filológica de Menéndez Pidal viene realizando en Madrid, mediante la "Revista de Filología Española" y la publicación de gramáticas, glosarios o textos en ediciones sabias, con tal seguridad de método, con tal amplitud de criterio, con tal amor a la raza, con tal sentido de las evoluciones históricas del idioma y de sus realidades naturales, que a aquella escuela debí sin vacilación alguna dirigirme, seguro de hallar en ella, ciencia, liberalidad y simpatía, las tres virtudes que para el caso necesitábamos. Discípulo dilecto de Pidal, colaborador suyo infatigable, autor de obra propia, investigador minucioso, publicista sincero, filólogo extraacadémico, maestro él mismo, Américo Castro viene hacia nosotros como un generoso misionero de la nueva doctrina. De la nueva y conciliadora doctrina, debiéramos decir, porque apenas se afronta con los instrumentos de la filología moderna el estudio del idioma, como él, español, va a hacerlo entre nosotros, americanos, el postrer motivo de controversia entre España y América desaparece, pues la verdadera cien-

cia del lenguaje desarma igualmente el dogma anacrónico de las academias metropolitanas y el instinto barbarizador de las repúblicas insurgentes.

Habrá, sin duda, sorprendido a los que mal me conocen, que yo, predicador tenaz de nacionalismo en la Argentina, haya ido a buscar afuera, maestro y director para el Instituto de Filología; pero no se habrán sorprendido los que saben cuales son mis ideas sobre la raza y el idioma, expuestos en mi cátedra de literatura argentina y en mi cátedra de literatura española, sin contar lo que tengo dicho sobre temas de nacionalidad y de cultura en numerosos libros. Mi nacionalismo no hostiliza lo extranjero sino que lo asimila, como lo propongo en "Eurindia"; mi nacionalismo no excluye lo español, puesto que lo considera fuente de argentinidad, como lo muestro en "Blasón de Plata"; mi nacionalismo no venera la incultura nativa, sino que tiende a superarla por un ideal de civilización, como lo expresé hace quince años en "La restauración nacionalista", cuando formulé la teoría, como reacción idealista contra la imitación empírica, el materialismo histórico y el mercantilismo cosmopolita, motivos locales de esa reacción. Quiere ello decir que si necesitamos traer del extranjero especialistas de una ciencia que aquí no se cultiva o se cultiva por métodos equivocados, debemos traerlos; y que si España ha formado una escuela filológica moderna, aunque ella se haya iniciado bajo el magisterio de la ciencia alemana, es lógico preferir un filólogo español, porque éste posee, con el genio del idioma común, la llave mágica para entrar en el secreto de nuestros propios corazones.

Traigo al discurso estos argumentos, que serían ociosos ratándose de ciencias absolutamente impersonales como la biología o la física, porque las cuestiones del idioma, siendo éste un índice de nuestra conciencia, despiertan pasiones de vanidad individual y de recelo patriótico. El solo nombre con que debemos llamar a la lengua de los pueblos hispánicos, es ya un problema de vanidades políticas. Así se ha resuelto en España, últimamente, que se le llame lengua española, porque el

nombre de lengua castellana, hiera el regionalismo peninsular de vascos, gallegos y catalanes. Pero "español" es un gentilicio de ciudadanía, como "francés" e "italiano", y puesto que la lengua esjañola se habla en naciones independientes que ya no son políticamente españolas, ese nombre despierta otros recelos y sugiere designaciones como la de "idioma nacional", adoptada por algunas repúblicas de América. Según esto, parecería lo más propio llamar "castellano" al idioma del antiguo imperio español, como llamamos latín al del imperio romano, refiriéndonos sólo a su origen histórico y a su fuente geográfica, o bien lengua hispánica, para indicar nuestra comunidad idiomática con una sinonimia que sobrepasa la nomenclatura de las actuales fronteras políticas.

No pretendo resolver aquí tan complejas cuestiones, sino tan sólo enunciarlas, ya que el idioma es, como la tierra, la raza, el estado, la religión y la cultura, elemento constitutivo de nacionalidad. La filología pura se desentiende con facilidad de estas cuestiones, pero no así la pedagogía gramatical, ni, a veces, la sensibilidad patriótica de ciertos filólogos, porque ya lo dejó dicho Pasteur: "La ciencia no tiene patria; pero el sabio la tiene". En el caso de nuestro Instituto, puedo anticipar que no habrá querellas al respecto. Dan prenda de ello las condiciones personales de Américo Castro, su hombría de mundo, su simpatía hispanoamericana, su escuela científica, habituada a contemplar los problemas filológicos en perspectivas de realidad y universalidad. Por nuestra parte, los argentinos vamos comprendiendo que si hay sentimientos nacionales fundados principalmente en la tradición religiosa como los del pueblo hebreo; o en la raza, como los del pueblo inglés; o en la tierra como los del pueblo francés o en el estado, como los del pueblo alemán; en cambio la conciencia del patriotismo argentino ha de ser más flúida y compleja, puesto que la tierra nos hace americanos por la tradición continental y la raza nos hace europeos por la inmigración cosmopolita, a la vez que el idioma nos hace españoles, creando una comu-

nidad filológica de cien millones de hombres, que forman nuestra ciudadanía intelectual.

Semejante comunidad filológica no amengua nuestro destino, pues al contrario, lo acrecienta en irradiación y en prosapia; siendo éste uno de los mayores bienes, entre los muchos que debemos a la gloriosa y calumniada España. Conservar ese delicado organismo del romance castellano, evitando los dos riesgos de la cristalización académica y de la plebeya corrupción; hacerlo punto inicial de nuestros estudios, remontrándonos luego a fuentes clásicas y orientales; analizar su genealogía entre los dialectos románicos y en el grupo más general de las lenguas indoeuropeas; definir en los textos literarios y en el habla oral el carácter de nuestro idioma para que pueda al contacto de otras hablas crecer sin contaminarse; traer a la ciencia el estudio de las lenguas precolombianas, en el doble problema de sus presuntas genealogías asiáticas y de su aporte a la lengua castellana; tomar de todos los pueblos hispánicos cuantas voces puedan enriquecer un diccionario más amplio que los actuales; mantener la disciplina gramatical y estética por la educación literaria, como las firmes y pintorescas márgenes encauzan el agua movediza de un río: he ahí la ambición con que declaro fundado el Instituto de Filología, cuya primer planteamiento entrego a la ciencia de Américo Castro, y cuya lenta realización señalo como una alta empresa a la vocación de los jóvenes estudiantes argentinos que se sientn capaces de continuar su obra en lo porvenir.

Don Américo Castro, en oyéndome hablar así, estará pensando que yo soy un megalómano alucinado; y luego, cuando suba a su cátedra, vendrá a deciros, con muy gentil modestia, que él no podrá realizar sino una parte pequeñísima de ese programa. No, señor Castro: Yo sé lo que digo; sé de lo que es usted capaz. Usted y yo conocemos lo que muy sabiamente aconseja nuestro aquilatado Gracián sobre la hazañería y la prudencia. Bien conocemos lo difícil del empezar, lo cauto del prometer, lo lento del buen concluir. No le pediremos sino lo que está en sus manos hacer y le daremos tiempo, y le bus-

caremos colaboradores que quieran ser sus discípulos. Ya habrá notado usted desde nuestras primeras conversaciones que nos entendemos fácilmente; en nuestros coloquios usted se ha sentido americano y yo me he sentido español: tal será el ensalmo de su ciencia y de su presencia entre nosotros. Si me he excedido al enunciar nuestros propósitos, traicionando con ello su sabia moderación, usted me habrá excusado, porque conoce la sincera confianza que tengo puesta en su obra. Mis excesos provienen de que deseo ver aquí renovada por los métodos que usted cultiva, la ciencia que empíricamente iniciaron los españoles de la colonia; y de que anhelo ver formarse en torno suyo una escuela filológica argentina que contribuya al acervo de la filología universal, colaborando para ello con sus colegas de España, tal como me lo proponen Menéndez Pidal, director del Centro de Estudios. Y al señor Bonilla San Martín, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, de quien ha traído usted un saludo generoso, dígame que ha encontrado en Buenos Aires una casa fraternal donde se cultivan con amor las tradiciones españolas. Cuando usted les escriba, dígame que lo hemos recibido con los brazos abiertos.

Señor Castro: Está usted en su patria y en su casa. Al ponerlo en posesión de la cátedra, formulo fervientes votos por la ciencia del habla española, y porque nuestro magnífico idioma común siga siendo, hasta la más remota posteridad, la lengua de los argentinos.

DISCURSO DE D. AMERICO CASTRO

Muy grande ha de ser el esfuerzo que yo realice, para poder cumplir, siquiera en parte mínima, el programa que en forma tan bella y con tan hondo sentido de la cuestión acaba de exponer el doctor Ricardo Rojas ante vosotros. La fe que el señor decano pone en mi futura labor, viene sin duda de la confianza que le inspira la escuela científica que yo aquí represento, aunque modestamente. Por esa razón permitidme que acepte esas elogiosas y cordiales palabras, como un homenaje

a don Ramón Menéndez Pidal, fundador y restaurador de los estudios sobre el habla hispana entre nosotros. Sin su esfuerzo, sin su visión honda y personalísima de los problemas científicos relacionados con la historia del idioma, no habríamos salido del período de los ensayos empíricos, o habríamos sido mera secuela del extranjero en un ramo del saber que tan de cerca afecta a la conciencia de nuestra raza. El fondo de nuestra cultura, que en más de un punto no ha encontrado aun quien lo saque a luz, ha hallado en tal caso, lo mismo que en el dominio científico cultivado por Ramón y Cajal, quien dé la modalidad hispana a ciencias que antes, no ha mucho, podemos decir que nos eran extrañas.

Permitid a un español, conmovido por la gentil acogida de este gran pueblo hermano, que exteriorice la íntima emoción que le causa el hecho, lleno de auspicioso sentido, de la coincidencia en Buenos Aires de dos discípulos y colaboradores de los máximos representantes de la ciencia española de nuestros días.

Voy a declararos francamente mi pensamiento, sin recelo alguno, porque ya sé bastante de vuestra altura espiritual, y del valor que concedéis a lo que se piensa pura y objetivamente. No os alarméis, sin embargo, pensando que vaya a pulsar la nota lírica de la aproximación hispano-americana. Nuestra generación en España no suele proceder así.

La juventud de mucho de nosotros no fué alegre, por qué negarlo. A veces mirábamos torvamente hacia el pasado y en torno nuestro. La demanda de responsabilidad temblaba en todos los ánimos, porque habíamos presenciado demasiada amargura los que salíamos a la luz en los comienzos del siglo, y nuestras vidas no podían tomar el rumbo del madrigal.

En esas preocupaciones de la juventud de entonces ocupaba lugar preferente la inquietud por levantar nuestro nivel científico. Uno de los anhelos que perseguíamos era que, por lo menos nuestra lengua, el más directo reflejo de nuestra alma, tuviese cultivo adecuado entre nosotros. La realidad es que antes de Menéndez Pidal y su escuela las lenguas peninsu-

lares se habían estudiado sobre todo fuera de España. Ni los trabajos de hombres, que escribían en lengua hispana como Bello, Cuervo y otros de menor importancia, habían alcanzado la debida influencia en España durante el siglo XIX.

En otros países, es cierto que buena parte del conocimiento de la propia lengua fué elaborado por extranjeros: Francia debe mucho en este punto a la lingüística alemana. Inglaterra a noruegos y daneses, y así en otros casos. Pero nuestra situación era de todos modos anormal antes de 1900.

No fué, pues, extraño, para las personas enteradas de estos asuntos, que Chile llamara a dos reputados maestros alemanes, hacia 1890, para que introdujesen en aquella república el estudio científico de la lengua patria. La obra realizada por los doctores Lenz y Hänsen ha sido notable, porque a ambos debemos trabajos fundamentales sobre el español: Lenz ha sido el primero en hacer un estudio de la fonética del habla popular de un país hispano-americano, en forma aún no superada; Hansen es autor de una bonísima gramática histórica.

Permitidme, pues, que yo celebre como una dichosa fecha esta de hoy, en que un gran pueblo de habla hispana ha creído que objetivamente, sin que en ello dominen consideraciones sentimentales, la escuela de lingüistas españoles podía prestaros servicios por lo menos análogos a los de los filólogos de otro país. Hemos cumplido un deber que antes habíamos descuidado por modo inconcebible. Y el que vosotros lo reconocáis representa la máxima recompensa a que podíamos aspirar.

La misión que se me ha confiado es delicada, y roza más de un escrúpulo sentimental. De una parte hay quienes desean llevar tan lejos como sea posible las peculiaridades del idioma de los países hispano-americanos. En la Argentina esa tendencia culminó en el libro de Abeille, felizmente superada por los lingüistas y publicistas argentinos.. La dirección contraria, la de los partidarios de una gran corrección y academismo no deja hoy de contar adeptos. Ambas tendencias (despojadas de sus estridencias) serían, en último término, reflejo de

esa doble corriente de innovación y reacción que se da en todos los pueblos en momentos de plenitud vital.

Desde el siglo XV comienza en España el movimiento renovador del idioma que culmina en el XVII, en la escuela de Góngora. Frente a éste actuó siempre el elemento tradicional y conservador. Entre ambos extremos discurre la vida del idioma en los pueblos de cultura.

Ya Tirso de Molina defendía la legitimidad del neologismo, con frase exacta y aguda: "Ignoran que nuestro idioma, con lo que connaturaliza de las otras lenguas, — ya de la latina, de quien es hijo, ya de la arábiga, griega, toscana y americana, — viene a tener caudal copioso de voces y sinónimos... Pesarosos están estos zánganos de que se aproveche nuestra lengua de las que, conquistadas, son sus súbditas". Quiere Tirso "que nos ahorremos de todas esas zarandajas de circunloquios, cuando en un solo vocablo hallamos significación proporcionada a nuestro intento." (Del prólogo a la *Quinta Parte* de sus Comedias). En el siglo XVIII Feijóo, y durante la época romántica Larra plantean, asimismo, la cuestión, desde puntos de vista diversos, pero llegando a idéntico resultado: la necesidad de renovación del idioma. Modernamente la cuestión existe en España aunque sin caldear demasiado los espíritus. Los que prefieren el sesgo arcaizante se documentan en los libros del padre Mir, apóstol que fué del casticismo, leen la prosa de Ricardo León y de otros escritores de corte análogo. Quienes piensan que una literatura vale sobre todo por el brío interior que en ella se pone, por los atisbo profundos del mundo de la conciencia individual y colectiva, por los hallazgos felices de nuevos rumbos en el estilo, esos leen a Rubén Darío, a Juan Ramón Jiménez, a Antonio Machado, Baroja, Azorín, Valle Inclán, Unamuno, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Moreno Villa, Miró, Araquistain, e incluso a los nuevos como Gerardo Diego. Todos ellos con otros cuya enumeración sería larga, constituyen la máxima espiritualidad de España, de la cual es un reflejo la lengua, que por sí

misma es sólo instrumento para las elementales necesidades de la vida.

La verdad es que el lenguaje en lo que atañe a su vitalidad social, como expresión de cultura, marcha solo. Cuanto más rico es un país en manifestaciones de civilización, tanto mayor es la variedad de matices de su idioma, y al mismo tiempo su fuerza conservadora.

Los pueblos anglosajones no poseen nada parecido a la reglamentación académica, a purismo ni a casticismo, y sin embargo parece que es bastante bueno el inglés de Oscar Wilde, de Bernard Shaw, Whitman, e incluso el de Mark Twain.

Yo no quiero negar, sin embargo, la posibilidad de una acción pedagógica sobre el habla vulgar. En Chile, la influencia de Bello logró positivos efectos. Pero estos resultados obtenidos por los gramáticos no son nunca trascendentales, y si lo son es por estar apoyados por grandes corrientes de cultura social: la literatura, la prensa, la oratoria, la exposición científica, que en último son la suprema fuente normativa. El pedagogo del lenguaje y el académico no deben olvidar nunca la mordaz frase de Quevedo: "Para que te sigan las mujeres, no tienes más que caminar delante de ellas".

Este hecho del purismo y del neologismo es para el filólogo, en cuanto tal, un motivo de observación y nada más. No puede confundirse en ningún caso al lingüista con el legislador del idioma, si es que este cargo existe más que nominalmente.

Por esta causa tengo vivo empeño en precisar bien el alcance de mi función para que no se complique mi modesto trabajo con cosas que nada me preocupan. Cuando yo he dicho en un reportaje periodístico que tales o cuales frases de la lengua vulgar de Buenos Aires son interesantes, no quería con eso darles una patente de nobleza literaria. Y al declarar que tal forma lunfarda o gauchesca corresponde a otras poblaciones de la Península, no aspiraba tampoco a concederles un privilegio respecto de aquellas que procedan del quichua, del italiano o del francés. Confieso que esos premios a la virtud lingüística no me preocupaban al hablar del lenguaje de las obras

que representa la compañía Muiño-Alippi. Que tal interpretación haya podido surgir en algunos periódicos indica cuán necesario sea vulgarizar, desde la cátedra, lo que deba entenderse por el estudio científico del idioma.

Estos conocimientos son en todas partes, aquí, en España, en Francia, patrimonio de minorías. Conviene de vez en cuando hacer un poco de ambiente público a esas nociones que andan encerradas en los libros técnicos, o que manejamos en nuestras investigaciones sin aclarar su alcance. En lingüística tal exigencia es ineludible, porque el que más y el que menos tiene no sólo su alma en su almario sino su lengua en la boca, y pretende, lo que por otra parte es muy lógico, opinar y hacer valer su parecer en cuestiones de idioma.

Esto no impedirá, sin embargo, que yo en algunos casos no haya de manifestar preferencias, e incluso fuerte disconformidad ante ciertos hechos. Pero tales críticas, que tendrán como base la distinción (a veces sutil y ardua) entre “peculiaridad” y “atentado a la estructura del idioma”, ha de ser hecha con gran parsimonia.

*
* *

Y pasemos ahora a tratar someramente de lo que constituirá el núcleo de nuestros estudios en la Facultad de Letras de Buenos Aires.

Lo que evidentemente requerirá más atención por parte nuestra, será el examen de las peculiaridades lingüísticas del habla bonaerense, sobre todo en aquellos puntos en que, apartándose del uso dominante en otros países de lengua hispana, haya palabras o giros que estén aclimatados en la lengua literaria. ¿Con qué métodos realizaremos este estudio? Evidentemente los procedimientos que suele emplear la gramática corriente (en la cual se estudia el idioma de una manera estática) no han de servirnos de mucho en este caso. Hemos de recurrir más bien a la técnica para cuyo manejo nos ha capacitado la historia y la geografía lingüísticas. Ambas ciencias,

constituídas a lo largo del siglo XIX, han dado ya frutos espléndidos por lo que se refiere a las lenguas literarias y a las manifestaciones dialectales de las mismas. Pero por lo que atañe a nuestro caso, justo es decir que el habla argentina no ha sido aun estudiada desde esos puntos de vista, habituales para quienes contemplan las lenguas con ánimo de llegar a resultados precisamente científicos.

Lo que fundamentalmente le preocupa al lingüista es determinar como han sido posibles históricamente tales o cuales fenómenos, cual es su extensión territorial, cual es su difusión a través de las distintas capas sociales y, en fin, en qué casos tales fenómenos de pronunciación, de léxico o de sintaxis, han llegado a adquirir carta de naturaleza en el habla de las personas más cultas y en el estilo de los escritores más selectos. Habría, pues, que aspirar a escribir una fonética, una morfología, una sintaxis y un léxico de todas aquellas particularidades que sean típicas de esta región. Y para ello es natural que nosotros tengamos una visión clara de lo que podemos obtener de cada uno de estos aspectos de la ciencia del lenguaje.

La fonética es, en efecto, el punto de arranque para cualquier investigación. Gracias a ella se construyeron a principios del siglo XIX las gramáticas comparadas de las lenguas indoeuropeas y de las lenguas románicas. Con posterioridad, merced a los progresos de la experimentación y el afinamiento de la observación acústica de algunos filólogos, se han llegado a percibir matices sutilísimos, que son a la lingüística lo que el estudio histológico de los tejidos es a la biología.

Tomemos algún ejemplo para que aun en esta somera exposición os déis cuenta del modo de proceder al examen fonético de la lengua. Es un hecho al alcance de cualquier observador, que muy a menudo cuando dos vocales están en contacto el acento carga sobre la más abierta de ellas. Es frecuente oír pronunciaciones como *páis*, *réir*, *óido*, *paráiso*, *máestro*, y tantas otras. La observación geográfica del castellano nos enseña que este fenómeno no es exclusivo de la Argentina, ya que se encuentra en regiones españolas y en otros países

hispanoamericanos. Su causa fonética es la siguiente: cuando dos vocales se encuentran juntas, aspiran a formar un diptongo, y en virtud de una ley que se daba ya en el latín hablado, la más abierta de esas vocales acaba por ser portadora del acento, merced al mayor volumen de aire que representa su pronunciación respecto de la otra, y atraer ese mayor volumen de aire una mayor intensidad espiratoria.

Nuestra observación se completará por lo que respecta a este hecho, examinando su grado de vitalidad social, que por lo que he podido observar tiende a decrecer. Las generaciones más jóvenes en Buenos Aires desechan esa pronunciación, que es generalísima en personas que tienen más de cincuenta años.

Entre las formas verbales óyese, como vulgarismo que no ha penetrado en las clases más cultas, los presentes de subjuntivos *dea* y *estea*, por *dê* y *estê*. La causa del hecho no es otra que la analogía con el presente del subjuntivo del verbo *ser*, circunstancia que nos permite observar cómo se reproducen procesos que se hallan en todas las lenguas y que se han dado en la historia del castellano. Es en efecto un hecho conocido que las formas verbales influyen unas sobre otras y se producen igualaciones inexplicables fonéticamente, debidas a la analogía. En virtud de ésta decimos hoy *caiga* y *traiga*, en lugar de los regularmentes etimológicos *caya* y *traya*.

Un hecho curioso de sintaxis es la marcadísima preferencia de vuestra lengua familiar a sustituir el futuro por una forma perifrástica con el presente de indicativo del verbo *ir*. Cada vez se generaliza más el empleo de *voy a ir*, por *iré*; *voy a decir*, por *diré*; *yo se lo voy a dar*, por *se lo daré*. Habiendo hecho averiguaciones sobre este punto, he observado que el empleo del futuro comienza a ser sentido por los jóvenes como algo afectado, propio de la lengua literaria, que es difícilmente aplicable en la conversación familiar. ¿A qué se debe esto? A una tendencia que también tiene precedentes en la formación de las lenguas románicas. Todos conocéis el hecho de que las lenguas románicas no continúan el futuro latino del tipo *can-*

tabo, monebo, sino que descansan sobre una combinación del infinitivo con el presente del verbo *habere*, es decir, que *cantará* procede de *cantare* más *habeo*. La acción futura se sintió, no como algo que acaecería en un momento posterior, sino como algo que debía de acaecer, que iba a acaecer, etc. Y en virtud de esa tendencia empieza hoy a generalizarse este futuro compuesto en la lengua de Buenos Aires, en la cual se prefiere considerar la acción como algo que se inicia y que llegará a un momento posterior, más bien que como algo que necesariamente ocurrirá en un determinado momento del futuro.

En este caso el lingüista no puede limitarse a considerar escuetamente tal hecho. No es posible estudiar la lengua de Buenos Aires, y al decir lengua de Buenos Aires por exigencias de concreción, es evidente que pienso en general en el habla de toda la República y en los restantes países hispanoamericanos, no es posible, como antes decía, mirar la lengua de Buenos Aires como un *patois* que fríamente se analiza para lograr abstractos resultados científicos. En este caso el lingüista no puede prescindir de la consideración de que está observando una lengua de gran civilización como es la española, llamada a tener espléndidos desarrollos en lo venidero. Si tal o cual peculiaridad de fonética o de léxico han de parecernos el resultado natural de hablarse la lengua hispana en extensiones tan enormes de la tierra y por pueblos de tan diversa índole, no es menos exacto que todas aquellas desviaciones que afectan a la íntima modalidad sintáctica, a esa finísima red constituida, por decir así, por los hilos nerviosos del idioma, se altere en nada que pueda parecer esencial. El hecho de que el futuro empiece a desaparecer inconscientemente en el habla, incluso de las personas cultas, (falta que no veo citada en ninguno de esos libros que aspiran a purificar el léxico argentino), ha de mirarse sencillamente como un caso de empobrecimiento de los recursos expresivos del idioma. *Yo voy a decir* no significa lo mismo que *yo diré*, ya que la primera construcción se aplica para señalar el carácter inceptivo o de comienzo de la acción verbal, en tanto que la segunda sitúa sin más la acción

en un momento futuro. Bien sé que la literatura no se ha resentido de ese uso y que vuestros mejores literatos escriben en este punto lo mismo que los de las restantes regiones de habla española; pero bueno es llamar la atención sobre el particular, para que sea observado cuidadosamente por quienes tienen aquí como menester la enseñanza del propio idioma.

En cuanto al léxico, la labor de quien emprenda el análisis del vocabulario de la región del Plata, ha de ser sumamente difícil. Todavía no se ha intentado formar un diccionario metódico del habla argentina. Para esto sería necesario, en primer lugar, tener una clara noticia de lo que sea propio del país y de lo que sea común con España y con las otras Repúblicas de Hispano-América.

Asimismo habría que adoptar criterios de exactitud, (para no incurrir en el defecto en que cae alguien que en este momento publica un diccionario de voces argentinas), como es el de separar bien la definición de la palabra de la definición de la cosa significada por la palabra. Diccionarios de estos hay en que al verbo *acalambarse* se le dan tantas acepciones y se le consagran tantos artículos cuantos sean las causas y naturaleza de calambre y de *acalambarse* que han llegado a conocimiento del autor del diccionario. Estos errores de método y otros entrañan una considerable pérdida de energía y de tiempo. Y hora sería ya de ponerse de acuerdo sobre las líneas fundamentales de un diccionario de la Argentina, para que aquellos de vosotros que sientan vocación por esos estudios, puedan realizar algún día tan magna obra.

Y termino estas observaciones incompletas, que necesariamente tenían que serlo en este día solemne en que inauguramos las tareas de nuestro Instituto. No he querido, por el momento, sino señalar algunos hechos y su posible interpretación metódica. No podía yo trazaros hoy un plan completo de lo que constituye la médula de la lingüística general, ni podía tampoco abrumaros con la enumeración de hechos variadísimos que, forzosamente, habría agotado vuestra paciencia.

Valga, pues, mi breve disertación como una muestra de la voluntad que me anima y del deseo de compartir con vosotros trabajos que sin exageración podemos considerar tan dignos de estima y de esfuerzo como aquellos que más esclarecidamente se cultivan en el ámbito de este alto centro de cultura.

La civilización preincásica y el problema sumerológico

Al Dr. Antonio Sagarna.

El lamentable espíritu de aislamiento que, a consecuencia de las influencias clásicas del Renacimiento, ha prevalecido hasta aquí en la investigación histórica europea, ha sido causa de que alguno de los problemas fundamentales que afectan la comprensión de la marcha evolutiva de la civilización, fuesen encarados con criterio tan estrecho como inadecuado. El Renacimiento, encuadrándose rígidamente en el marco de la tradición cultural grecorromana, no podía transcender el universo de Tolomeo, ni transponer los límites del mundo de Plinio y de Estrabón. La cultura moderna, a su vez, hija directa del Renacimiento, peca por la misma estrechez de visual. En lugar de abarcar en visión panorámica el pasado de toda la humanidad como algo solidal, armónico y orgánico, persiste en el exclusivismo empobrecedor de considerar a Europa, o mejor, a la parte occidental de Asia, como el único centro originario de la organización humana primitiva.

Y así resulta que para el investigador europeo, América, quiero decir la América pre-colombina, sólo existe como curiosidad etnográfica. Con cuanto desmedro para el conocimiento de la prehistoria es fácil verificar. Para ciertas cuestiones, empero,, ese criterio es sencillamente desastroso.

Tomemos como ejemplo el tan zarandeado problema sumerológico: de haber sido estudiado sin hacer prescindencia de este continente, la luz orientadora habría, tal vez, brotado. Con esta ventaja: que las mismas civilizaciones americanas pre-históricas se nos presentarían hoy bajo una envoltura menos enigmática y más accesible.

Véase, sin ir más lejos, como trata el asunto el orientalista alemán Fritz Hommel en su tan apreciada *Geschichte Babyloniens und Assyriens* (Berlín, 1885, págs. 241-245, 261-280). Por poco que se siga con atención la discusión del problema, no se tardará en caer en la cuenta de que, de haber él ampliado su visual abarcando el continente americano, con especial atención al grupo de sus lenguas autóctonas, habría llegado con toda seguridad a los resultados satisfactorios y acaso decisivos, que bien se hacen desear en su obra.

Para él, en efecto, el origen súmero no semítico de las grandes civilizaciones del Asia central, está fuera de toda duda. No le impresionan las paradojas de Joseph Halevy, judío-francés, empeñado en atribuir preponderancia absoluta al elemento semítico en el desarrollo de dichas civilizaciones. Pero helo aquí preguntándose: ¿de dónde llegó al Asia central ese pueblo misterioso que echó los cimientos de una de las más maravillosas civilizaciones cuyo recuerdo haya llegado hasta nosotros, para desaparecer en seguida pulverizado y absorbido por la oleada semítica que sacudió todo el mundo prehistórico?

Su respuesta, de conformidad con el buen método histórico, se basa en el testimonio filológico; mas, sin discutir la habilidad y el talento con que lo hace, vemos, sin embargo, que se desorienta lamentablemente por desviar sus mismas premisas del camino de las deducciones lógicas que permiten.

En dos palabras, he aquí el núcleo de su razonamiento.

Por de pronto existe, según él, en súmero un vocablo "kar" (en turco *yer*) que, tanto en la forma súmera como en la turca, significa "región", mas en seguida observa que dicha palabra tenía, además, en súmero, la acepción de "montaña" y también, nótese este dato de suma importancia, la de "oriente o este", significado, este último, perdido totalmente en turco. El profesor Hommel admite que hay aquí una bien clara indicación de que, una vez establecidos en el centro del continente asiático, conservaron la tradición de que su lugar de origen había sido en las "montañas del este". Inferir sobre este solo dato que las "montañas del este" estaban fuera de Asia,

lejos de todo contacto con el occidente europeo, separadas de la notoria morada de los súmeros por dificultades enormes de vialidad, resultaría ciertamente audaz y poco fundado. Pero he aquí que el mismo profesor Hommel se encarga de proporcionarnos en este respecto, elementos de juicio que me parecen de todo punto decisivos y convincentes.

Reconoce, en efecto, que “hay también una alta significación en el hecho que ellos originalmente no conocieron ni el león, el caballo, la *vid* (y de consiguiente tampoco el vino), ni la palmera, pues no tenían nombre para ellos, y llamaban al león “perro grande” (*nug magh*), al caballo “asno montañés” o del oeste, al vino “bebida de vida (*gishtin de gash-tin*), y la palmera “árbol de Magan” (*mis-magan*) o “lo alto” (*ugin*, en su forma semítica *musukannu*).

Henos aquí ante un hecho bien extraordinario: ante el hecho de un pueblo numeroso y muy inteligente que sienta sus reales en el corazón del Asia, y llega allí con la estupenda ignorancia del *león*, del *caballo*, de la *vid* y de la *palmera*. Y henos también ante la asombrosa limitación mental del sabio orientalista que nos proporciona el dato, quien, para no abdicar de la manía que lo tiene atado al camino ordinario de la historia clásica, trata de explicar ese fenómeno haciendo provenir los súmeros de las regiones del norte o de los alrededores del mar Caspio donde, dice, no se conoce el *león* ni la *vid*. Es notable, en verdad, la facilidad con que hombres eminentes en una rama científica se resignan con explicaciones de todo punto insostenibles y hasta absurdas en la solución de las dificultades que se les presentan en el desarrollo de una investigación. ¿No resulta, en verdad, digno de atención que el profesor Hommel se conforme con atribuir a los súmeros orígenes nórdicos o, peor aún, caspianos, para hallar la razón del desconocimiento que ellos demuestran de animales en aquellas épocas ampliamente difundidos en toda la tierra conocida? Que en el Asia del Norte y en las cercanías del mar Caspio no existiera el león ni la *vid*, puede pasar, caso de haber sido cierto: que buena

falta hace probarlo, especialmente en lo que a la vid atañe. Pero y el caballo? Esto sin contar que la no existencia de un animal, especialmente si es feroz, como en el caso del león, en determinada latitud, de ningún modo implica para las gentes que allí viven una ignorancia tan absoluta acerca de él como para no conocerlo siquiera de nombre. Ni es tampoco necesario recordar que justamente el león y el caballo — los monumentos nos lo enseñan de cien maneras — superabundaban a la sazón en toda Asia y buena parte de Europa. El caballo, después, era ya un animal indispensable aún en las civilizaciones más rudimentarias de la parte norte del continente.

Es, pues, menester salir resueltamente de todo el mundo conocido en la antigüedad, para encontrar esa región del *este*, esas *montañas*, ese *kar* absolutamente desprovisto hasta de la noción de animales que, algunos al menos, en el continente asiático y en su apéndice europeo, se hallaban ya en estado doméstico. Otra circunstancia que hay que tener bien en cuenta es esta: para que los súmeros pudiesen dar origen a una civilización de tipo ya tan superior como la que encontraron y perfeccionaron los semitas posteriores, debían contar indefectiblemente con una tan larga tradición evolutiva como para hacer imposible suponer que no llegase hasta ellos la noción de animales comunes en regiones poco alejadas, y fácilmente accesibles para viajeros, mercaderes, y ejércitos en campaña. Recuérdense los elefantes de Pirro en el sud de Italia, y los de Aníbal nada menos que sobre los Alpes.

Pero hay más: hemos visto como el profesor Hommel insiste en la afinidad de las lenguas súmera y turca. ¿Por qué? El mismo se encarga de contestarnos. Porque la lengua súmera pertenece al grupo de las turco-mogólicas, de las que derivan la yacuta de Siberia (nótese bien), la mogola, la buryeta y la kalmuka.

Ahora bien: si la lengua que hablaban los súmeros era del tipo mogólico, vemos aquí luminosamente indicado el origen de ese pueblo misterioso el cual, por vía de Siberia u otra análoga, hubo de emigrar al Asia desde el Oriente, desde el "kar" o re-

gión montañosa en la que jamás desde los tiempos prehistóricos habían sido conocidos el *león*, el *caballo*, la *vid*. ¿Necesitamos nombrar esa región? Es América, y precisamente esta América meridional: el territorio montañoso, correspondería a nuestra soberbia cordillera andina.

Esto explica otra particularidad consignada por el profesor Hommel y que él no ha podido poner en claro. En las figuras humanas halladas en estatuas, cilindros-sellos, motivos decorativos, etc., el tipo predominante es extraño en absoluto a la etnología asiática, presentando, y la observación pertenece al mismo profesor Hommel, dos signos característicos: ausencia de barba y pómulos salientes. Pue bien: ¿quién pondrá en duda que estos signos característicos son peculiares del autóctono sudamericano? Cualquiera, después, que tenga algunos conocimientos de la somatología indígena americana, reconocerá en el acto sus características en las dos cabezas típicamente súmeras de la época de Gudia, reproducidas por Hommel, como también en las figuras sentadas en el zócalo del vaso de Tello, y sobre todo en la famosa estatua de la mujer súmera, del más puro tipo guaraní.

Afirmo, pues, que el problema sumerológico ha de encontrar la clave de su solución en la América prehistórica, y no, de ningún modo, en la misma Asia.

Empero, si las evidencias de carácter filológico y etnológico pueden dejar abierto el ádito a la duda, en cambio hay otras evidencias de carácter más amplio, evidencias internas y que abarcan un vasto radio en la formación y evolución de la civilización que estudiamos, cuya fuerza argumentativa difícilmente podrá ser invalidada.

Sabido es, en efecto, que la verdadera originalidad de la civilización centro-asiática ha sido la súmera, y que los semitas conquistadores posteriores nada han hecho que no fuera asimilarla y adaptarla a su propio temperamento espiritual y social.

Si, pues, la primitiva civilización súmera presenta caracteres de afinidad inconfundibles y bien definidos con la civilización primitiva de América, tres hipótesis se pueden presen-

tar: a) o bien ambas civilizaciones provienen de una fuente común anterior; b) o la americana deriva de la asiática, como alguien ha supuesto; c) o, por último, la asiática deriva de la americana, como sostengo.

Que ambas deriven de una fuente común, no sería imposible. Pero esta fuente tendría que ser forzosamente a su vez americana y carente de la noción de *león*, *caballo*, *vid* y *palmera*, y entonces mi tesis resultaría doblemente reforzada. Que, después, la americana derive de la asiática es inadmisibles por la razón de que, en tal caso, la noción de *león*, *caballo*, etc., lejos de faltar a los súmeros, habría existido y perdurado en las tradiciones americanas como recuerdo del lejano *kar* o patria de origen donde esos animales abundaban.

No queda, pues, sino una hipótesis sostenible: la civilización asiática, esa civilización que ha ejercido una influencia tan primordial sobre los destinos de la humanidad, mediante su acción sobre Egipto y Grecia, ha de ser de origen americano. Línea de dirección: desde la región sin *león* y sin *caballo* hacia las regiones en las que el león y el caballo abundaban. Además, los súmeros debían llevar consigo los principios de su propia civilización. ¿Aconteció esto?

Véase si no. La analogía entre las religiones heliolátricas mejicanas y las centro-asiáticas y egipcias, ha sido puesta en relieve por muchos especialistas en historia comparada de las Religiones. El culto solar de Tonatiuh y el lunar de Metztli o Tecciztecatl ha sido estudiado comparativamente con los cultos asiáticos, y la identificación de los elementos esenciales, ha sido completa. Otra circunstancia notable es que el culto lunar en Méjico, como en Asia, ha tenido en algunas localidades prelación sobre el solar. Las dos grandes pirámides que aun pueden verse en las cercanías de la antigua Teotillacan, lo prueban. La luna sola era la principal divinidad de los habitantes de Xaltocan y de la provincia de Meztillan, a orillas del Huasteca. Y ya que he recordado las pirámides, no estará demás nombrar la dedicada a Xochiquetzal, la diosa de las flores y de los amores, la Venus mejicana, y que aun existe en Xochicaleo, al sur

de Cuernavaca. Hacer referencia a las pirámides de Egipto relacionándolas a las mejicanas, es ya común; desde el punto de vista, empero, en que nos colocamos en este estudio, ese recuerdo deja de ser obvio. Sabido es, en efecto, que entre los puntos difíciles del problema sumerológico cuéntase el de la relación que tuvo ese pueblo misterioso con el Egipto. Si admitimos su procedencia de América, he ahí la dificultad allanada, y he ahí explicada la acción ejercida sobre la civilización egipcia por los súmeros, probándola en forma verdaderamente monumental con las peculiaridades arquitectónicas de las pirámides.

Y aquí siento mi tesis: la civilización del Asia central, tal como ha sido creada por los súmeros, es un trasplante de la civilización americana prehistórica.

¿Qué civilización ha sido ésta? Ha sido la civilización que floreció en América toda una era antes de los Incas. Estos heredaron de ella elementos importantes de civilización, lingüísticos, toponomásticos y, especialmente, religiosos. Las imponentes ruinas que se elevan al sur del lago Titicaca, actualmente a unos 4.000 m. sobre el nivel del mar, nos hablan en lenguaje del más intenso interés de esa civilización desaparecida. Que esta civilización debía ser de un tipo francamente superior, como peculiaridad de un pueblo numeroso y perfectamente organizado, pruébanlo las proporciones enormes de esos restos, que cuentan con piedras labradas de tamaño tan descomunal como para haber constituido un serio problema de ingeniería su solo transporte y su colocación arquitectónica. Nada digamos de la técnica con que han sido esculpidas, ni de la ciencia con que fueron calculadas y medidas al milímetro sus exactas proporciones.

En un trabajo publicado no ha mucho en Buenos Aires, afirmóse que esas enormes piedras se mantienen en su lugar por la sola perfecta combinación de sus cortes, sin argamasa ni mezcla de ninguna clase. Y en los dibujos que ilustraban esa misma publicación, podíase comprobar aquello que viajeros y exploradores están contestes en afirmar, acerca de esas cicló-

peas construcciones, es decir, la notable perfección de las molduras y la simetría de las ornamentaciones, que bien ponen de manifiesto el buen gusto artístico y la habilidad en el cálculo de sus autores. Las numerosas estatuas y las esculturas que han quedado, son un testimonio bien claro de la antigüedad de esa civilización, pues para llegar a semejante grado de técnica social (dado que en esas obras, como en las de Asia y Egipto, el genio individual no existe para nada) es indispensable una larga evolución. Y una pregunta de paso: ¿de dónde extraían esas piedras, si los viajeros declaran sin divergencia que, dada la naturaleza del terreno, ninguna cantera pudo existir en las cercanías? Análogamente a lo que aconteció en Egipto, esos enormes monolitos hubo que traerlos de lugares muy remotos. Pero dese cuenta el lector de las proporciones: algunos miden m. 12 x 2, y otros 9 x 5 x 2, de modo que solamente bien pocos obeliscos y estatuas de Egipto los exceden. La civilización egipcia, ha sido caracterizada a menudo como una civilización monolítica. Por motivos idénticos ¿no podría llamarse civilización monolítica la americana que estamos considerando?

¿Cómo podría fijarse aproximadamente la época en que floreció esta civilización?

Que yo sepa, no ha sido estudiado el problema con el detenimiento que merece. Ciertamente es que hay que remontar muy alto en la alborada de los tiempos, para dar con un punto de apoyo digno de una hipótesis sostenible; y muy serias son las dificultades que se oponen a cualquier cálculo más o menos aproximado. Téngase en cuenta, en efecto, que el principal elemento de cálculo debe ser una conmoción sísmica, una catástrofe telúrica que hubo de modificar radicalmente las condiciones de vida en aquellas regiones. Se ha observado más arriba que las ruinas de Tiahuanaco hacen presuponer la existencia de una población densa, como condición indispensable para la producción de obras públicas de tan magnas proporciones. Ahora bien: una población densa implica a su vez, como circunstancia previa, una intensa producción agrícola e industrial, una creación organizada y formal de la riqueza, capaz de permitir guerras su-

ficientemente importantes como para acarrear un contingente de población esclava adecuada a esos grandes trabajos, o suficiente para mantener con su trabajo forzado unas castas o clases superiores con poder para imponer a las masas subyugadas esos esfuerzos sobrehumanos.

Pues bien: esa región, actualmente a unos 4.000 m. sobre el nivel del mar, según se ha dicho, no puede alimentar más que una escasa y miserable población, pues a esa elevación ningún cereal madura, y sin cereales no hay agricultura, sin agricultura no hay ciudades y sin ciudades, por definición, no hay civilización. Luego esa región, en la época a que se hace referencia, hallábase a un nivel mucho más bajo; inducción confirmada, por lo demás, fuera del campo histórico-sociológico, por las observaciones geológicas. Pues eso justamente ha sido aquello que indujo a los escritores españoles, Cieza de León, Garcilaso de la Vega y otros, que fueron los primeros en observar las ruínas de Tiahuanaco, a declarar sin mayores pruebas pero sin vacilación, que esas ruínas atestiguaban una civilización muy anterior a la incásica.

Claro está que el interés ofrecido por estas ruínas resultaría al final bien relativo si quedara todo él agotado en la admiración que nos inspira la magnitud monumental de las obras originarias y la habilidad de arquitectos, ingenieros y operarios, y el alto grado de evolución de esa civilización; pero sin quedar reforzado por dato alguno positivo que nos permitiera descubrir uno de esos rasgos fundamentales que sirven de hilo al Ariadna en el laberinto de la vida de un pueblo desaparecido centenares de siglos ha.

Por fortuna las humanidades magníficas de las que hemos heredado esos monumentos, no han dejado de poner en ellos para todos los tiempos la clave del secreto de su alma. El culto solar, que desempeñó más tarde un papel tan importante en las civilizaciones posteriores, azteca, incásica y súmerica-acadia, quedó grabado allí en forma inconfundible. Los prácticos en historia comparada de las religiones, descartan, sin más, en este caso, toda posibilidad de coincidencia casual, evitando el

error común a los imperitos de no tener en cuenta el nexo de ideaciones religiosas muy separadas en el tiempo o en el espacio.

Si en dos o más religiones hay una ideación teológica y ontológica equivalente, realizada en un culto y liturgia afines, esas religiones son o interdependientes o provienen de una fuente común. Si, pues, el pueblo monolítico de Tiahuanaco nos ha dejado señales seguras de que la idea central de su civilización era el culto solar cabe afirmar que este culto se ha originado con él y por él ha sido propagado a las civilizaciones posteriores americanas y asiáticas, habiendo sido para éstas fuente común.

Y de que efectivamente las cosas han pasado en esta forma, nos lo documenta uno de los mejores de esos monolitos el cual, además de otras ventajas, ofrece la de haber sido reproducido muy a menudo por la fotografía y el grabado, resultando, de esta suerte, familiar aun para el lector común. Refiérome al famoso portal. En él la idea central de la civilización monolítica, es decir el culto solar, está claramente fijada. Cortado, dicho portal, en una sola piedra enorme, el arte de esculpir, medir, etc., han hecho en él verdaderos prodigios. En su centro domina una figura, una personificación sagrada. Los rayos que rodean su cabeza; los símbolos accesorios que lo caracterizan; el cetro que lleva en cada mano, y cuya parte superior remata en una cabeza de ave; los adornos análogos a los peculiares de la figura solar en la iconografía incáica, no dejan lugar a duda: esa figura simbólica es el Sol. A cada lado de la figura central se ven tres filas de figuras arrodilladas, ocho en cada fila; todas, llevan cetro, y están coronadas. Unas tienen cabezas humanas, otras cabezas de ave. Un hermoso motivo ornamental corre a lo largo de la piedra, y termina a su vez en una especie de fantasía de cabezas de aves y tres cabezas humanas.

He ahí indicado el culto solar, en una escena de adoración de toda la naturaleza: la tierra personificada en su más noble criatura, el hombre; el cielo simbolizado por las aves que gozan del privilegio de elevarse en él, acercándose a la divinidad.

Dejamos, pues, sentado este postulado de importancia fundamental: la idea central de las civilizaciones americanas y asiáticas, la idea germen de la que surgió toda la evolución posterior de esas sociedades primordiales, es decir, el culto solar, tiene sus orígenes en la civilización monolítica de América.

Un intervalo de muchos siglos ha de haber mediado entre la desaparición del imperio monolítico, causada, a no dudarlo, por el recordado cataclismo sísmico que hizo inhabitable esa región para una población numerosa, y el surgimiento del imperio incásico. El silencio multiseccular de un pueblo muerto ha de haber hundido en el olvido muchos y muy importantes rasgos de esa civilización. Pero el fundamental, el que formaba el alma del alma de ese pueblo, se ha perpetuado a través de los tiempos, llegando, por el orfismo, mitraísmo y cristianismo, hasta nosotros.

Muchas tribus inorgánicas deben haber ocupado esa región cuando el fuego interno la elevó hasta su actual altura. La lengua primitiva se fraccionó en muchos dialectos, el *aymara* y el *quichúa* entre ellos, y en la misma época en que Europa emprendía la epopeya de las Cruzadas, los Incas iniciaban su imperio, determinando así el predominio de su dialecto. Como es sabido, subyugaron y asimilaron las otras tribus aymarás, chibchas, etc., imponiéndoles sus leyes y costumbres. Pero el culto solar heredado permaneció inviolable.

Preséntase aquí una objeción. En la costa septentrional del Perú floreció otra civilización primitiva que, no obstante haber sucumbido ante la incásica, nos ha dejado suficientes elementos para su apreciación. Las excavaciones hechas por Reiss y Stübel en Ancón, y el estudio de las tumbas allí halladas, como asimismo algunos monumentos importantes, tales como el palacio llamado "Gran Chimú" cerca de Trujillo, han permitido determinar el carácter exótico y sin vinculaciones de esa civilización, recalcado particularmente por la circunstancia comprobada por los expertos de que su lengua no ofrece afinidad alguna con las otras lenguas americanas (*Arte de la lengua yunga de los valles del obispado de Trujillo*, por don

Fernando de la Carrera, Lima 1644). Es este un detalle de suma importancia, pues viene a destruir la inferencia que, sobre un dato de Balboa (*Miscelánea austral*, trad. franc. en la colección Ternaux-Compans, 1840) referente a la tradición de que ese pueblo había inmigrado por mar, llegándose hasta fijar el punto aproximado de desembarco en las cercanías de Lambayeque, se ha querido sentar para el origen asiático de la civilización americana. Admitamos como muy probable la inmigración de un pueblo asiático. ¿Qué se prueba con ello? Nada en favor de la tesis asiática y todo en favor de la americana. Si ese pueblo, en efecto, al establecerse en este continente, no sólo no ha conseguido ejercer ninguna influencia civilizadora, sino que ha permanecido extraño a todo el juego de ideas y sentimientos predominantes entre los pueblos autóctonos, quiere decir que nada se deriva de él en el movimiento evolutivo de los pueblos americanos anteriores a la invasión ibérica.

La fuerza propulsora de este movimiento ha sido, pues, inquestionablemente el pueblo monolítico de las ruínas de Tiahuanaco, cuya tradición tan honda huella ha dejado especialmente en la civilización incásica, no obstante el largo intervalo de desintegración que mediara entre el fin del primer imperio y los comienzos del segundo.

Hablan decididamente en favor de esta tesis los mitos solares que giran alrededor de la idea de que el sol habría aparecido por vez primera sobre el lago Titicaca; luego que el gran dios se habría hecho conocer allí originariamente, y allí habría sido creado el primer hombre. Como se ve, precursores tuvo, y de mucho abolengo, Ameghino. Aquí bastará insistir en que la religión solar era el centro de esa civilización.

La figura esculpida en el portal monolítico de que hablé, el Sol invicto y omnipotente, el Mitra de la prehistoria americana ha sido el que más tarde fué llamado Viracocha. Sin detenernos en las inseguras etimologías de esta denominación, para cuya apreciación sería necesario un conocimiento de las lenguas americanas que mucho lamento no tener, notemos como su culto era servido por la flor de la casta dominante, incorpo-

rándose en esta forma, después de la desaparición del antiguo Imperio, a la religión incásica. A esta misma tradición pasaron otros nombres del dios omnipotente Sol: *Con, Illa, Ticsi, Pachayachachi, Pachacamac*, todos ellos significando "luz", "brillo", "luminosidad", etc., evolucionando *pachayachachi* al concepto más complejo de "maestro y rey del Universo" (Leonardo Villar, *Viracocha*, Lima, 1887). En un estudio excelente de Samuel A. Lafone Quevedo (*Ensayo mitológico. Los Himnos sagrados de los Reyes del Cuzco*, La Plata, 1892) pueden hallarse datos de importancia decisiva acerca de la elevación y alta espiritualidad de ese culto.

Volviendo, ahora, a los súmeros, originarios de la región montañosa situada al este de Asia, región en la que no se conocía el león, el caballo, la vid, ni la palmera, podemos suponer su emigración al Asia central unos sesenta o setenta siglos antes de la era vulgar, época en que se puede calcular que el imperio monolítico entraba en una de esas crisis llamadas de progreso, en que la población en aumento, las exigencias de la vida ampliadas y hechas más difíciles por el tipo de existencia más complicado, y las demás circunstancias que se han podido observar en la Europa de mediados del siglo pasado, determinaron fuertes corrientes emigratorias, las mismas que en la antigüedad tomaban los caracteres de verdaderas Primaveras Sacras. Como hemos notado ya, llevaron consigo los elementos de su civilización, y muy en particular esa religión solar que desde el Asia central no tardó en irradiar por todo el mundo conocido. Que este culto no ha podido ser originario de las regiones asiáticas, infiérese fácilmente de la circunstancia que sólo pudo florecer en un período avanzado de civilización agrícola, al paso que entre las poblaciones asiáticas primitivas, ninguna había pasado de la fase nómada-pastoril. Pero bajo la acción de esa inmigración americana las divinidades autóctonas centro-asiáticas no tardaron en metamorfosearse en divinidades solares. Y he ahí como todo núcleo de población, grande o pequeño, se convierte como por ensalmo en un centro de culto solar. No solamente en Sippar, al norte, y Larsa, al sur,

la religión solar va tomando extraordinario desarrollo, sino que la divinidad patronal de *Schirpurla* o *Nin-girsu* se convierte en divinidad solar; el dios *Nergal*, adorado en otro centro importante, Cuthab, ofrece también todos los caracteres de una divinidad solar, como así mismo los ofrece *Ta-mal-mal* de la poderosa ciudad de Kish; y el gran *Marduk*, antiguamente simple divinidad local, elevase en dignidad conjuntamente con el desarrollo de esa civilización bajo el influjo semita; y, al transformarse en el Dios supremo, asume todas las características del dios Sol.

Pero la activa propaganda heliolátrica de la raza americana es incansable. Un sinnúmero de divinidades secundarias pertenecientes a ciudades y lugares de menor cuantía, son de carácter distintamente solar. Bajo la acción de la misma tendencia a la sistematización de las creencias que hubo de determinar, en la civilización monolítica de América, la concentración de las divinidades menores en la divinidad preponderante de *Viracocha*, vemos en centro-Asia los varios dioses solares locales llegar a ser considerados, en el transcurso del tiempo, como formas o manifestaciones de un solo fenómeno, aun cuando en la teología asiática no se llegó nunca a un monofisismo tan definido como en la americana. La teología asiática demostró en seguida esa propensión a la concepción de la Trimurti que, por Egipto y Grecia, pasó al mundo cristiano en el que provocó el concepto de la Trinidad. Puede así decirse que los asiáticos *Shamash*, *Ninib* y *Nergal* son tres personas en un solo dios, fácilmente identificable en el americano *Viracocha*. En el fondo, simbolizaban las tres fases de la carrera solar: el pleno brillo del mediodía, *Shamash*; el sol matutino y el primaveral, *Ninib*; el vespertino y otoñal, *Nergal* (Jensen, *Kosmologie der Babylonier: Studien und materialen*, Strassburg, 1890 páginas 457 y siguientes).

Esta ligera diferenciación de la teología asiática con respecto a la americana originaria, se explica fácilmente teniendo en cuenta los dos aspectos que el sol, como potencia máxima de la naturaleza, presenta en un clima como el asiático tan dife-

rente del americano. En primavera es allá el sol una potencia benéfica que trae el buen tiempo y restaura la vida y la vegetación; en el verano, en cambio, es un poder destructivo que con sus rayos sofocantes acarrea enfermedades y sufrimientos, y en no pocos casos la muerte.

Aquí viene a mano una prueba más del origen americano del culto solar asiático. He consignado más atrás la peculiaridad religiosa de algunas tribus americanas, es a saber, la de atribuir en su culto, preferencia a la luna sobre el sol. Pues bien: los mejores orientalistas están contestes en reconocer que la denominación de *Shamash* hubo de significar “servidor”, y parece proceder de una época en que también en Asia el culto de la luna gozaba de preeminencia sobre el del sol. Y yo me pregunto: *Shamash* y *Viracocha* ¿no tendrán el mismo significado? Como quiera que esto haya sido, así como las tribus americanas de Meztlitlan y Teotihuacan atribuían a la luna o *Metztli* o *Tecciztecatl* mayor dignidad y poder que a Tonatiuh, el sol; de la misma manera en varias regiones del Asia, *Sin*, la luna, era divinidad superior a *Shamash* “el servidor”. Para el Asia tenemos inscripciones en las que, al consignar la enumeración de divinidades, la lunar es casi sin excepción nombrada, antes que la solar.

La evolución posterior de la heliolatría asiática es en un todo análoga a la de la americana, especialmente por la introducción de ideas éticas. Acá y allá, el sol, representado ideográficamente como “el dios del día”, es adorado no solamente como símbolo de luz y como la fuerza bienhechora que vence y rechaza las tinieblas y las tempestades invernales cubriendo la tierra de vegetación; sino como el dios creador, en la humanidad y en la naturaleza, del orden y de la armonía. Como quiera que su luz alumbrá todos los ámbitos oscuros, atribúyesele el poder de librarnos del mal identificado en la “tiniebla”. Léanse en el ensayo citado de Lafone Quevedo y en los textos reproducidos en las historias del Oriente antiguo las invocaciones al dios que otorga salud (el Apolo helénico), que libra del sufrimiento combatiendo los espíritus malignos (el

mito de Heracles-Hércules), y se hallarán expresiones de una extraña analogía con el "Padre nuestro" cristiano. En los ritos simbólicos prescriptos en conexión con el rezo de determinadas fórmulas mágicas, nótase el mismo detalle litúrgico (pasado de lleno al cristianismo en el rito de la *Misa*) de elegir las horas de la madrugada, cuando el imperio del mundo y de la vida es asumido por *Shamash-Viracocha*. De la misma manera, el dios solar trae a luz los crímenes ocultos y castiga al malhechor. Llega a ser, así, un símbolo de justicia, y el epíteto acaso más frecuente que en los himnos y textos históricos se le aplica, es el de "juez del cielo y de la tierra" (1). Sobre estas ideas he de intentar una interpretación que espero ha de ser decisiva, de las pinturas indígenas de Córdoba, no bien el señor José León Pagano ponga a mi disposición el abundante material por él recogido sobre el lugar y que gentilmente me tiene prometido.

Podemos, pues, llegar a una conclusión.

La solución del problema sumerológico se hallará cuando los orientistas se decidan a incluir en el campo de sus investigaciones la América prehistórica.

Por lo pronto, pareceme que dejo determinada la región originaria de los súmeros por las circunstancias siguientes:

- a) era una región montañosa;
- b) hallábase situada al Este del continente asiático;
- c) nunca había existido en ella el león, el caballo, la vid, ni la palmera;
- d) su lengua tenía estrechas afinidades con la yacuta hablada en Siberia, puente probable para las comunicaciones entre América y Asia;

(1) Tiele, *Gesch. der Rel. im Altertum* (Gotha, 1896); Hommel, *Grundriss der Geog. und Gesch. des Alten Orients*,² (Munich, 1904); Barton, *A Sketch of Semitic Origins*, (New York, 1902); Lagrange, *Etudes sur les religions semitiques* (Paris, 1905); Meyer, *Gesch. des Alternatums*,² (Stuttgart, 1909); Jeremias, *Lehrbuch der Religionsgeschichte* (Freiburg, 1897) vol. I, págs. 163-221; Bassi, *Mitologia Babilonese-Assiria* (Milano, 1899); Fernando de Santillana, *Relación publicada por X. de la Espada* (1879); Montesinos, *Memorias*, Ed. X de la Espada; *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú*, anónimo, ed. X. de la Espada.

- e) las estatuas y cilindros-sellos, especialmente las dos cabezas de la época de Gudia, las figuras sentadas del zócalo del vaso de Tello, la mujer súmera del museo del Louvre, que presentan la peculiaridad extraña para Asia de los rostros masculinos imberbes y los pómulos salientes, son ejemplares típicamente americanos;
- f) la religión heliolátrica, que es el rasgo característico de las civilizaciones centro-asiáticas, ha tenido su origen y su centro de propagación en América, especialmente en el imperio monolítico, de donde irradió primeramente hacia Asia y luego pasó a todo el mundo perpetuándose, mediante Egipto y Grecia, en el cristianismo como síntesis de las religiones orientales (entre las que predominaba el mitraísmo) y de la teología neo-alejandrina en su totalidad desarrollada de los cultos solares;
- g) por último, va una prueba cumulativa que puede decidir la cuestión: en algunas tribus americanas antiquísimas la divinidad solar estaba subordinada a la lunar, peculiaridad que no tardaron en repetir en ciertos puntos y bajo determinadas circunstancias, las divinidades autóctonas de Asia, bajo el influjo de la inmigración americana.

Si todo esto puede darse por bien probado, el problema sumerológico ha de considerarse, sino aclarado definitivamente, por lo menos como en camino hacia una solución satisfactoria. Admitiendo, en efecto, el origen americano de ese pueblo extraordinario, todas las dificultades etnológicas, lingüísticas, culturales y sociales desaparecen como por ensalmo. ¿Los súmeros provenían de una región montañosa? He ahí la cordillera andina. ¿Esa región se hallaba al este de Asia? La única región al este de Asia es América. ¿Era esa una región en la que nunca se había conocido el león, el caballo, la vid ni la palmera? Si hubo jamás una región del mundo absolutamente desprovista de esos seres, ha sido América. ¿La iconografía súmera ofrece esa anomalía para Asia de presentar figuras lampiñas y de pómulos salientes? Pues esos son caracteres tí-

picos de las razas americanas. ¿La religión heliolátrica es por naturaleza extraña a las razas semíticas que ocuparon sucesivamente el continente asiático? Pues esa religión constituye justamente el rasgo más original y característico de las civilizaciones americanas.

El horizonte científico se ensancha y la investigación, encerrada hasta aquí en el círculo encantado del mundo clásico derriba sus vallas y se lanza sobre los rastros de civilizaciones que, después de haber encendido la chispa del espíritu en la vida de la humanidad, parecían haber perecido en la noche de un olvido sempiterno. Los estudiosos no han de retroceder ya. Y no ha de pasar mucho tiempo antes que la influencia universal y originaria ejercida por las civilizaciones americanas, quede palmariamente demostrada.

Acaso esta nuestra época, en que el viejo mundo parece gemir bajo el aplastamiento de una decadencia irremediable, concluya como resultante de un ciclo histórico agotado. Acaso la civilización declinante en la Europa suicida, busque para un nuevo "ricorso" su cuna primitiva, en la que pueda refrescar la vida como en fuente originaria según el concepto genial de Maquiavelo.

Pero ¿dónde está? La respuesta fluye de lo dicho hasta aquí: en la cuna de la raza sumérica, de la raza que ha dado vida a la civilización universal.

Y he ahí como el genio de Colón, que salvó del naufragio la sociedad del siglo XVI, podría muy bien señalar a nuestra aciaga humanidad la ruta de un nuevo despertar y de un nuevo destino.

Clemente Ricci.

MANZONI

¡Rafael, Palestrina, Canova!, son nombres sinónimos de pintura, música, escultura; y sin embargo acaban de pasar sus centenarios, y apenas si en el lugar natal de cada uno de ellos hubo quien lo advirtiera; para Manzoni, en cambio, no basta el centenario del nacimiento, no basta el centenario de la muerte, que celebráronse, ciertamente, con grande estruendo, sino que se ha inventado el quincuagenario!

Hasta el día, la sola conmemoración quincuagenaria solemne que haya tenido lugar en Italia, es la de la toma de Roma. ¿Es que Italia tiene dos pesos y dos medidas? Pues, no creo.

Sucede con los dioses terrenos como con los olímpicos, que la difusión del culto es debida más a la idea, cuya representación se les atribuye, que a su puesto jerárquico; Minerva, hija del propio Júpiter, es nacida por la cabeza; Juno, mujer del mismo y hermana por añadidura, quedaron siempre como diosas locales, al paso que Apolo y Baco hiciéronse nacionales.

Roma es el pasado remoto, Florencia el pasado próximo, Milán es el presente; la llaman *capital moral*, y sería también la *capital política*, si no fuera que en los pueblos, al revés de lo que sucede en los individuos, el trasero pesa más que la cabeza. Hacia fines del imperio la capital pasó de Roma a Milán; si hoy sucede lo mismo, es que la causa está inmanente en la configuración del suelo; y si no, fíjese usted en la amplitud del valle que domina, en las condiciones excepcionales de fertilidad, y riego, y en la fuerza incalculable de sus ríos alpinos.

Por su posición, Milán está en contacto con todas las razas de Europa, y su población, no sólo por su origen y su historia, sino por las ideas e ideales que recibe del extranjero, es

menos italiana que la de las demás ciudades de Italia; Crispi llamaba a los milaneses, cisalpinos. Es una ciudad cosmopolita, y por eso también, el centro literario se ha fijado en ella, desde Parini.

Con Manzoni, con su modo de pensar y escribir, armonizamos más que con Bocaccio y Guicciardini. El de éstos era un atavío, sin comparación, mucho más artístico y monumental, gran cabellera, gran cubre-cabeza, gran abundancia de pliegues sinuosos, y nada de botones ni de bragueta a la vista; con todo, nuestro pantalón, nuestro chaleco, nuestro saco son más cómodos; habrá en nuestro modo de vestir, prendas inexplicables, como la corbata, por ejemplo; habrá algo de interminado en el número de los botones y los ojales, en lo largo y en lo ancho; pero así y todo, lo prefieren al antiguo.

No es el gusto lo que ha cambiado, sino los hombres; somos burgueses, y no sentimos necesidad alguna de parecer terribles o imponentes.

Esto no quiere decir que no pueda de vez en cuando, por atavismo, producirse un héroe también entre nosotros; pero si no podrá conformarse con el vestido común, y desdeñará por repugnancia invencible el sombrero de copa y el frac, tampoco volverá a los antiguos atavíos, a la toga, por ejemplo; buscará, como Garibaldi, en el poncho, algo que se le parezca.

Pues aquí tiene el secreto de la difusión de Manzoni como escritor; no más de cuarenta años hace, Carducci no admitía en la crestomatía, de Manzoni, sino una esquila de cuatro renglones, ¡qué burla!, y hoy en los *Novios*, casi toda Italia, es donde aprende a leer y a escribir.

Lo que se llamaba el *bello escribir*, dió sus últimos destellos en Leopardi y Giordani, y luego se fué hundiendo con lo que se llamaba en música el *bello canto*, y el *bello estilo*. No juzgo, me limito a la exposición de los hechos. Por lo demás cuando veo a los *Novios* en esas colecciones y bibliotecas en compañía de tantas otras novelas, me hacen la impresión de un dios disfrazado, sentado en una fonda, entre beodos.

Para un vividor los *Novios* son para los italianos lo que el *Quijote* para los españoles. En su opinión esto significa que los *Novios* son el fetiche de los italianos, como el *Quijote* lo es de los españoles. Algún incrédulo o libre-pensador dirá sin más, que para los hindúes Budha es lo que Cristo para los cristianos.

El *Quijote* como los *Novios*, tienen el mismo valor para los inteligentes de todas las naciones; su grandeza no depende del fanatismo nacional, no son Dioses porque tienen adoradores, sino que tienen adoradores porque son Dioses. Heine y Goethe no son españoles ni alemanes, y el segundo ponía a los *Novios* muy por encima de todas las novelas del tiempo, y el primero leía cada día en alta voz muchas páginas del *Quijote*.

Usted conoce sin que yo le diga de quién es, la definición de lo bello, según la cual sería una apariencia de finalidad; de ella deriva la teoría de que una obra de arte vale por lo que en ella creen ver los lectores, sin caer en la cuenta de que no ven en realidad sino lo que en ella ponen ellos mismos. Es la negación del arte y la inteligencia, un modo de poner nuestros mamarrachos al nivel de las obras maestras; pero siempre queda el problema de por qué en las obras de los tales teóricos no se produce ninguna ilusión. ¡Son los percances de la libertad!

Los *Novios* se clasifican como el *Quijote* con las novelas; pero en realidad ambas obras fueron concebidas como *epopeyas*. Los *Novios* sólo en apariencia son una novela histórica del género de las de Walter Scott, el gran autor de moda de aquel tiempo. En efecto, también Manzoni se propuso ilustrar un momento histórico; la diferencia está en la lente; el gran novelista escocés miraba a la historia con una lente cromática y de poco alcance, que vestía la imagen de fantástica iridescencia; el milanés corrigió con la erudición el cromatismo de la lente, y le dió más alcance.

Hasta donde Manzoni ahondara la investigación no se sospecharía a no ser el comentario histórico de Cantú. Walter

Scott cambia la historia en novela, Manzoni integra con su novela la historia.

No hay pregunta posible sobre aquel triste período de la dominación española, a la cual no se encuentre respuesta, en su novela. ¿Quiere usted conocer la opinión literaria del siglo? Allí va la biblioteca de Ferrante. ¿Quiere usted saber cómo se razonaba?, pues allí va el famoso dilema: “La peste es o substancia o accidente”, con la prueba de que no es substancia, porque no es ninguno de los cuatro elementos, y no es accidente, porque no se comunicaría. *Pero entonces no existe*, objeta uno, y el peripatético: “Nagadme, si podéis, la conjunción de Saturno y de Júpiter”. Eran los tiempos de Galileo, pero aun no había empezado a obrar la levadura.

¿Cómo se predicaba?, vea allí a principio del capítulo “Carneades, Carneades... quién era ése”, el panegirista comparaba a San Carlos, entre otros, con Carneades.

¿Cómo se escribía? (las excepciones no cuentan y en Mián no las había); la primera página del prefacio se lo muestra; y en aquel estilo, mezcla de afectación, de retórica y de simpleza, del sabor y temperatura de un agua estancada que se pudre al sol, expone mientras tanto el autor lo que se propone con su obra.

¡Y qué de novedades! Hasta entonces no había obra literaria, drama, novela, poema, en que no figuraran sin intención ridícula, personajes sacados del pueblo; el mismo Sancho del *Quijote* es un personaje cómico. En toda aventura narrada o representada los nobles desempeñan el papel principal. En la *Iliada*, los héroes matan primero a varios príncipes, y de ellos, el poeta da el nombre, y describe el cuadro de la muerte; y la enumeración se cierra siempre con la frase hecha: “y después de éstos, mató mucha turba”. Sin embargo, Homero, en la *Odisea* presenta algunas figuras populares, por ejemplo: Eumeo, pero este mismo Eumeo era de origen regio.

¡Si hasta en los tratados se prescribía que la acción fuera ilustre, y nobles los personajes, y esto para que despertara in-

terés! Hasta los golpes que tan fácilmente se prodigaban a los hombres del pueblo, eran una de las fuentes de ridículo.

Ni las cosas han cambiado mucho; y aun hoy día si los personajes principales no son nobles, son por lo menos ricos; y si el novelista mira más abajo lo hace casi siempre, como Zola, con ojos malignos, y si no ve títeres en los populares, ve bestias.

Manzoni es el primero que, a pesar de ser él noble, mira al pueblo con amor fraternal; los refinamientos de la virtud, reservados hasta entonces a las castellanas, él no vacila en dárselos a campesinas. Y no altera en nada la verdad porque las Lucías no son raras en la campiña lombarda. La ignorancia misma se cambia a sus ojos en una especie de inocencia, y en cambio de hacer reír, despierta sentimientos de gracia y de simpatía indecibles. ¿Quién no ama a Agnes?

Y es que el punto de vista está invertido; el pueblo ocupa en la novela, el puesto que debería ocupar en la vida; está en primer término, y cerca del pueblo, el clero, que debería ser su maestro y defensor, pero que a menudo, por cobardía y apego a la vida y a los bienes terrenales, olvida su misión. Más allá los nobles, no conocidos casi por el pueblo más que por su orgullo y su prepotencia. En fin, en último término, los hombres de gobierno, impotentes para hacer el bien, y que consideran el mando no como un deber terrible, sino como un privilegio, y no ven en ello sino el modo de satisfacer su vanidad y codicia.

Sus ideas las formula en otras obras; en la novela solo resultan de la exactitud y de la representación.

El mundo, esto es, la parte de la sociedad, que está en muestra, es lo que dice el Evangelio; allí, como en un gran eczema se ponen de manifiesto todos los humores infectos que circulan por la sangre de los hombres; y así lo pinta Manzoni en su *novela cristiana*, como la llamaba Leopardi. Y es en efecto una novela cristiana, pero sin polémica; y esta moderación, que no es en fin sino justicia, hace su lectura agrada-

dable también a las personas que piensan de otro modo. Ni polémica ni proselitismo.

¿Porqué Federico Borromeo, pudiendo practicar el mal, al abrigo de la impunidad que le deparaba su condición, elige el bien. ¿Hay principios de razón que determinan por su evidencia inmediata? Si los hubiese no habría el mal, y la moral, sería una ciencia.

Manzoni pone la cuestión en sus verdaderos términos, y son más o menos los términos en que se pone a Hércules en el mito de Pródigo. Dos caminos se le abrían delante, dice; y las razones, la autoridad, los ejemplos a favor del uno y el otro, se equilibran; pues él prefirió el camino del bien. Así, sin más; conque ninguno de los dos bandos tiene motivo de despreciar e insultar al otro; solo las consecuencias demostrarán con el tiempo si la elección fué acertada.

Así, en efecto, está puesto el problema. Nadie cree en Dios, dice Pascal, por los argumentos de los teólogos; y nadie, se puede añadir, practica el bien por los razonamientos de los moralistas.

Las fuerzas, pues, en todas estas cuestiones, está condenada. La inquisición nació el día que se pretendió haber demostrado matemáticamente la verdad de la religión.

Y aquí es donde hallamos otra gran novedad. Lo sobrenatural se consideró siempre como un elemento esencial de la epopeya; mas la intervención directa de los dioses como en la epopeya homérica, y en la de Tasso no satisface ya, la experiencia le es contraria. Lo sobrenatural Manzoniense consiste en coincidencias, donde el creyente ve la mano de la providencia, y que el ateo atribuye al caso.

Siempre el doble aspecto, suficiente para quien está bien dispuesto, pero no claro hasta el punto que lo autorice a condenar. Es la metafísica manzoniana; ¡y cuán profunda! No se limita a la usual justificación de que Dios permite el mal, para sacar de él el bien; anda mucho más allá.

Dios permite la caída de los justos también, y en su beneficio.

Diligentibus deum omnia cooperantur in bonum.

Lucía cae por endeblez, y se presta al matrimonio clandestino; es un pecado a medias pues ni Lucía consentía en él, ni tuvo cumplimiento; pero a aquella tentativa únicamente debe el no caer en manos de los “bravos” de don Rodrigo.

La caída de la monja de Monza es la causa ocasional de la conversión del *Innominato*. Y aquí vendría bien hablarle de la psicología de Manzoni, tan distinta de la estopa con que se llenan y ensanchan las novelas, y que no tiene otra garantía que el de no tener ninguna.

Esos novelistas escriben de prisa lo que la situación les sugiere al momento; mas si en tales circunstancias se siente y piensa como ellos dicen, es cosa de que no se preocupan, ¿y quién — por lo demás — podría darles un mentís?

Manzoni descuida casi siempre comentar psicológicamente la acción, por considerarlo inútil, y el biógrafo le da razón; mas, cuando describe ciertos estados de ánimo, el lector tiene en sí mismo la prueba continua de una exactitud y de hasta donde logra penetrar.

La mayor parte de los novelistas buscan el lugar fuerte que los haga inatacables; no describen el objeto, describen su *impresión*. Lo que resulta es una espuma abigarrada como la del famoso caballo de Apeles.

Manzoni no describe sino cuando no se puede hacer otra cosa, alguna veces con exactitud fotográfica algo pesada, pero amenudo a la manera de Virgilio. Véase sino los presagios del temporal que debía poner fin a la peste, y aquel particular de los viajeros que en cierto momento quedan silenciosos, sin saber por qué.

Doquier se le puede criticar y admirar, porque no dice nada que no tenga en nosotros o en la experiencia el modo de comprobar su verdad. Usted le llama reformador; es usted joven, y esta mágica palabra aún ejerce sobre usted su influencia. Dentro de pocos años le aseguro que sabrá que los reformadores en arte son aquellos que quieren vender gato por liebre.

Comprenderá usted que no tengo ganas de traer aquí a colación cuanto se ha dicho y observado ya sobre Manzoni; ni lo mucho que me parece dicho y observado con acierto. Usted quiso que le escribiera y yo le obedezco, dejándome llevar por la pluma. Esta, por otra parte, es bastante perezosa para no experimentar ya la fascinación de la demasiado larga travesía.

De cuanto se ha dicho sobre su psicología, y las profundidades de nuestro ser que ilumina, lo que me detuvo fué la pregunta de cómo pudo Manzoni tener cabal idea de estados de ánimo que no se sospechan siquiera, si no se tiene experiencia de ellos y para cuyo conocimiento no basta la intuición.

Suponer que Manzoni pasara por ellos no es permitido siempre. Su inquietud, el espanto, el disgusto de sí mismo y de la vida que viene no se sabe de donde, y de improviso; en fin *aquella noche* que Dante *pasó con tanta pena*, aquella

selva selvaggia et aspera e forte,

que precede la resolución de cambiar vida, Manzoni, que, como usted sabe, se convirtió al revés de Leopardi, de incrédulo en creyente, pudo haberlo conocido; pero hay estados que sólo el crimen revela, y que él muestra conocer. Este es el problema manzoniano cuya solución dejo a usted.

Nada le diré de los caracteres, tan maravillosamente determinados; sus personajes son vivos y reales, y su novela no hace más que hacénnoslos reconocer. Pero no se definen por comentarios, sino clásicamente, como prescribe Aristóteles, por sus obras y sus palabras. Tan vivos son, que críticos ilustres han llegado hasta proponer el problema de las relaciones de D. Abundio y de Perpétua. Manzoni no las aclara, porque nada tiene que ver con la acción.

En esto de la acción, Manzoni se ciñe a la regla aristotélica, que es la de la razón misma. La acción es una, y sencilla y está indicada en el título; se trata de los obstáculos que prolongaron el noviazgo de dos campesinos lombardos. Usted dirá

que es una acción demasiado sencilla sobre la cual están tejidas casi todas las intrigas del biógrafo, que empiezan por un encuentro y terminan con un beso.

Pues se equivoca, es aún más sencilla, porque del encuentro, en la novela manzoniana, no hay rastro. El amor que precede al noviazgo, el encuentro, la mirada fulmínea, los *a solos* y los *duo*, están fuera del cuadro, y si no habría dos acciones. Su acción es una, es el aplazamiento de la boda, y empieza, pues, la novela en el momento mismo de la boda; sólo los obstáculos que la demoran caben en el cuadro.

Por lo demás, esta acción tan sencilla, tal vez por su misma sencillez, entonces, era nueva. Una acción así entendida como sobreentendido el amor, y es otra nota característica de la novela. No se excluye el amor, como que se subentiende, pero no se habla de él; y a quien le reprochaba a Manzoni la abstención, solía responder: "*Es que ya hay demasiado amor en la vida*". Y así lo entendían los griegos de la edad clásica; Hay enamorados en las epopeyas y en la tragedia, pero *non si fa all'amore*.

No acabaría jamás si debiera decir algo de los demás primores; como Ariosto, como Homero, Manzoni tiene su sonrisa, que es una reacción de la inteligencia y de la bondad; su humorismo se extiende sobre todo el poema, así como salpicaba de chistes su conversación.

Los *Novios* no son una novela, sino el mismo Manzoni; en cualquier parte póngase la mano, se toca a él, a Manzoni. Apenas se puede creer que durante los cuatro años de trabajo que le costó la obra, se había hecho casi inaguantable en su casa. Y sin embargo el trabajo intenso del espíritu es natural que descomponga en algo las funciones vitales.

Abusaba, dicen del café, y hubo amigos que intentaron persuadirle en sus últimos años que el café es un veneno. "Así debe de ser, sin duda, contestó; pero veneno de acción muy lenta, porque hace casi ochenta años que voy tomándolo sin que me haga daño".

La autocrítica — sin embargo — volvió impotente a su ingenio soberano. Llegó hasta persuadirse que la *novela histórica* no es ni historia ni novela; y que por lo común a los personajes históricos se les atribuye otros delitos, además de los cometidos,

Se le comparó con Abraham que en aras de la verdad sacrificaba su primogénito.

Le pareció que el cuidado de la forma que los clásicos llevan hasta lo increíble, es una especie de idolatría. Sobre este punto hubo quien hizo observar que Cristo es *forma patris*; que para un cristiano la forma es tan divina como la substancia.

El discurso o diálogo no terminado sobre la *idea del ser*, la carta sobre las tres unidades y la otra sobre la lengua italiana, muestran su modo de razonar, enteramente dialéctico, hasta en cuestiones puramente de hechos.

La *columna infame*, el *discurso sobre los longobardos*, ya ponen de manifiesto aquella escrupulosidad en las investigaciones, por miedo de pronunciar algún falso juicio, que haciéndose siempre más descontentadizo hizo abortar la historia de la revolución francesa.

Era amigo entusiasta de Rosmini; lo asistió en su agonía, de rodillas al pie de la cama, y no hubo modo de hacerlo mover de aquella tan humilde y devota posición. Se dijo que Manzoni era el poeta de Rosmini, como Dante lo fué de Santo Tomás.

Parece mentira que un hombre a quien repugnaban las sutilezas de los teólogos no menos que las distinciones de los casuistas, acabara envuelto y atado en sus propias sutilezas.

Lo que sobrevivirá de él son las obras de su juventud y su virilidad. Como trágico Manzoni sigue siendo discutido, en cuanto al lírico es tan grande como el novelista. Su musa es el entusiasmo religioso, y a la lírica italiana dió la nota elocuente que le faltaba. Y obra de elocuencia, tal vez la sola que pueda calificarse de tal, es la *moral católica*, digna, a no ser

por la lengua internacional en que está escrita, de ponerse al lado de la de Pascal.

En sus obras juveniles siéntese la influencia de Monti y Fóscolo. Era hombre entusiasta, lo que demuestra desprendimiento de sí; tenía para las prosas de Leopardi una admiración sin límites, y le pareció ver en ella el ideal de la prosa.

Compuso joven unos bellos dísticos sobre los cisnes de los jardines públicos, donde se echa de ver hasta qué extremo estaba embebido de Virgilio. Pero su entusiasmo no obstaba para que admirara al tan elegante como poco sentimental Horacio y estudiara de memoria algunas poesías de Carlos Porta.

Manzoni no era místico, no hay rastros de renunciamiento o pesimismo ni en su obra ni en su vida; el misticismo es una degeneración del sentimiento religioso; implica el individualismo, y no se concilia con una Iglesia que dirige no menos las creencias que sus manifestaciones.

Y voy a cerrar esta *epistolona* en manera digna de ella, si no de Manzoni; esto es, con seis versos melodramáticos del gran poeta:

CAPITÁN. Vedete Monte Carlo?
SOLDADOS. Si, si, che lo vediam.
CAP. Giurate d'espugnarlo?
SOLD. Si, si, che lo giuriam.
CAP. Avanti tutti e quattro.
SOLD. Siam tre col tamburin.

F. CAPELLO.

La mayor penitencia

(Inédita)

No hay rigor entre rigores,
No existe tan lacerante
 Sinsabor
Cual ir a cita de amores,
Bien vestido y elegante,
 Sin amor.

Ir a la que sueña acaso
De pasión y ardiente brío
 Un tesoro,
Y andando con lento paso,
Llegar, y decirla en frío
 —Yo te adoro.

Buscar los que el alma encelan
Arrobadores acentos
 Inflamados,
Y ver que, al brotar, se hielan,
Y se los llevan los vientos,
 Desmayados!...

Mas ¿cómo romper la trama
De amor, que tan dulce y fuerte
 Fué primero;
Ser cruel con quien nos ama,
Y asestarle, en son de muerte,
 —No te quiero?

Y al par que más desatada
En él, más en ella crece
Y se cierra;
Y en llanto y desesperada,
Al amor que languidece
Más se aferra.

¡Cuánta escena dolorosa!
¡Cuánto humillante altercado!
¡Qué tristeza!
¡Qué lucha sorda y ansiosa
Por encender del amado
La tibieza!

Al fin rechaza con ira,
Como agravante subsidio,
La impostura;
Y el amante se retira,
Llena el alma de fastidio
Y amargura.

¡No hay rigor entre rigores,
No existe tan lacerante
Sinsabor,
Cual ir a cita de amores,
Bien vestido y elegante,
Sin amor!

Calixto Oyuela.

1905.

Mujeres del Romancero ⁽¹⁾

I

Si hubiese de buscarse en las literaturas modernas una obra anónima y secular que representara la personalidad de una nación con tan luminosa verdad como el Partenón representa la reposada mente de Atenas, o una catedral gótica el alma atormentada de la Edad Media, fuera difícil hallar otra que con más vigor que el Romancero expresara lo más característico del alma española. En la fuerza de su ritmo, en la sobriedad de sus cuadros, en su vigorosa vitalidad, en su difusión dentro y fuera de la península ibérica, se trasuntan los rasgos de esa poderosa individualidad castellana que siguió templándose en una vida de epopeya mucho tiempo después que las hazañas épicas habían cesado hasta de ser imaginadas.

Però una obra así, no inspirada y dirigida por un juicio artístico tan divinamente sereno y equilibrado como el que se manifestó sólo una vez sobre la tierra, y está desde entonces celosamente oculto en las armoniosas líneas que coronan la Acrópolis, sino construído, como una catedral gótica, por el aporte secular de sillares, ya conformados al fuego de épicas pasiones, ya cincelados por desconocidos y pacientes artífices, no puede apreciarse debidamente sin analizarla, para distinguir la sólida creación del vigoroso genio nacional de las graciosas a veces, pero inconsistentes figuras con que el musgo de los siglos a trechos la ha revestido.

Mil novecientos y un romance comprende la más completa de las colecciones, el Romancero General de Durán, y todavía hay que contar, fuera de éstos, los que contienen los apéndices y suplemento a la "Primavera y Flor de romances" de Wolf, compilados por Menéndez y Pelayo y procedentes de la tradición escrita o de colecciones desconocidas al hispanista alemán,

¹ (1) Monografía para la suplencia de Literatura Española.

así como de la tradición oral conservada por gentes españolas en diversas provincias de España y del exterior, algunas tan remotas como las poblaciones de judíos del Levante. Todas estas adiciones aumentan en más de doscientos cincuenta el número de romances conocidos, número que ni siquiera es definitivo, puesto que crece constantemente con los nuevos hallazgos de los investigadores.

El minucioso estudio del Romancero que desde principios del siglo pasado han venido haciendo investigadores pacientes y concienzudos, entre los cuales se destacan Grimm, Wolf y Durán en la primera época, y más recientemente Menéndez y Pelayo, han conducido a una clasificación genealógica y a una explicación satisfactoria de la formación de estas composiciones, que habían hecho divagar a muchos críticos cuando el Romanticismo las difundió en la literatura europea. Esta clasificación discierne en el total del Romancero, cinco clases que corresponden a sendas épocas de su formación (1): La primera, de los romances primitivos, consistentes en trozos episódicos desprendidos de los tardíos cantares de gesta y conservados por la tradición oral; la segunda, de los romances juglarescos, formados por aquellos u otros semejantes trozos episódicos arreglados por los juglares para componer unas como abreviaciones de los cantares más extensos; la tercera, de los romances eruditos, compuestos desde principios del siglo XVI por escritores a veces conocidos, que se inspiraban en la tradición y principalmente en las crónicas para popularizarlas, según las palabras de uno de ellos, "en metro castellano y en tono de romances viejos que es lo que agora se usa"; (2) la cuarta de romances artísticos, fruto de la inspiración personalísima de poetas de talla, que vaciaron el romance de su contenido popular para convertirlo en elegante ropaje literario; y por último, la quinta, de romances vulgares, que comprende todas las manifestaciones de la degeneración de esta poesía, desde la gra-

(1) E. Mérimée: *Précis d'Histoire de la Lit. Espag.*, pág. 167. — R. Menéndez Pidal: *L'Épopée Castellane*, pág. 157.

(2) L. de Sepúlveda, apud. Wolf, *Hist. de las Lit. Cast. y Port.*, tomo II, pág. 25.

ciosa parodia del género, hasta la burla chocarrera con que el populacho se regocija.

Adviértase, de paso, cómo el cuadro que esta clasificación ofrece, concuerda en sus líneas fundamentales con el proceso de formación, desarrollo y decadencia de la poesía épica primitiva, tanto en España mismo, como en Francia, donde llegó a tan exhuberante florecimiento, y en la Grecia clásica, que nos legó también en esto las más bellas flores del arte: así, a veinte siglos de distancia, la mente humana cumplía el mismo proceso. Pero lo que no tiene parangón en estos otros dos pueblos, es precisamente la existencia en el español de este Romancero, que ofrece el curioso fenómeno de una repetición abreviada del proceso épico cuando éste había cumplido ya su evolución, señalando así una supervivencia de la aptitud épica, a la cual no son ajenas sin duda las circunstancias especiales de la vida española que, cuando a la par de otras naciones neo-latinas se reponía de la convulsión que derrumbó el imperio romano, vióse envuelta en el torbellino de una nueva y cruenta lucha secular.

La clasificación poco antes reproducida revela bien a las claras que es el Romancero una verdadera obra colectiva de todo el pueblo español, y es ciertamente, según la justa apreciación de Mérimée, "uno de los tres o cuatro grandes monumentos originales de la literatura española" (3). Pero también se ve, por la sola definición de las diversas clases, que lo genuinamente épico y verdaderamente representativo de la índole nacional, se contiene en la primera clase, de romances primitivos, fruto inmediato del vigoroso retoñar de la inspiración épica que duró hasta finalizar el siglo XV. Esta clase comprende la mayor parte de los llamados romances viejos, junto con algunos juglarescos y eruditos que se hallan reunidos en la memorable obra de Wolf y Hofmann.

Dijimos que estos romances primitivos consistían en trozos episódicos desprendidos de los tardíos cantares de gestas y conservados por la tradición oral, y basta haber mencionado esta manera de transmisión para deducir en seguida que aquellos de-

(3) E. Mérimée, op. cit., pág. 170.

ben de haber vivido una vida propia desde que se desprendieron del viejo cantar, hasta que la difusión de la imprenta les dió la forma en que los conocemos. Y en efecto, para decirlo con la hermosa expresión de Menéndez y Pelayo, “cuando de las antiguas gestas en descomposición brotó un enjambre de espíritus alados y con ellos una nueva primavera poética, el pueblo castellano no había perdido aún la inspiración narrativa, aunque no la manifestase ya en poemas de tanto aliento ni de tan universal interés como los antiguos” (4), y como “el recuerdo de los largos poemas se borraba cada vez más, y este olvido sugería la idea de completar estos fragmentos añadiéndoles un resumen de una parte del relato de donde había salido el episodio” (5), cada uno de estos poemitas, aunque relacionado por el asunto a veces con muchísimos otros, forma por sí solo un todo completo, donde no se advierte la falta de ningún elemento importante para su eficiencia estética.

Para evitar mayores divagaciones y como complemento de la definición que apuntamos más arriba, bastará recordar la muy exacta que de este tipo de romances da D. R. Menéndez Pidal: un romance primitivo es, dice, “un poemita esencialmente episódico formado por algunos versos de una canción de gesta, que han sido sencillamente extraídos, o a los que se han agregado otros para completar el relato tradicional o para formar uno nuevo según el capricho del autor; pero la forma es siempre concisa y enérgica, y más bien descriptiva y dialogada que narrativa” (6).

No menos importante y valiosos, y en un todo semejantes por el vigor de su inspiración, son los romances que nacieron de la vida contemporánea merced a esa repetición que ya señalamos del ambiente heroico y al consiguiente retoñar de la poesía épica: aludimos con esto al ciclo de romances de don Pedro el Cruel, donde luce con siniestro brillo su trágica grandeza, todavía ensombrecida por sus enemigos, y a los romances fronte-

(4) Menéndez y Pelayo: Tratado de los Romances Viejos, II, 44.

(5) Menéndez Pidal, op. cit., pág. 160.

(6) Id., id., id., pág. 163.

rizos, brotados como haces de brillantes chispas del choque constante de danzas cristianas y moriscas. “No estaban debilitadas las fibras de la España de ese tiempo, — dice bellamente A. Farinelli, — y abundan los ejemplos de indomada energía, de odios y amores destructores, de luchas crudas y cruentas. Las manifestaciones de una vida exuberante que no habrían figurado mal en la Comedia Humana de Dante, dan vida a los cantos que el pueblo rudo y fuerte, templado en la desventura, en las penurias y en el llanto, transmite de generación en generación. La verdadera y grande poesía de España está toda en ellos” (7).

Para el limitado fin que estas líneas se proponen, no es oportuno detenerse en los romances eruditos, simples versificaciones, a menudo menguadas, de algunos trozos de las viejas crónicas, ni en los artísticos, donde la personalidad y la imaginación del poeta se han sustituido a la objetividad de los romances viejos, ni mucho menos en los vulgares, deformados por la sonriente incredulidad de algunos poetas o por la grosera burla del vulgo descreído. Queremos aquí comprobar y coordinar algunos rasgos, dispersos en los romances, de la vida poética de un grupo de seres que, en su gran mayoría, tuvieron existencia histórica, y para ello bastará con creces este ramo de cárdenas flores embebidas en la trágica realidad medioeval, que forman los romances históricos.

II

En la poesía épica, que es la expresión más o menos idealizada de las luchas entre unos hombres y otros para satisfacer nobles aspiraciones o ambiciones avasalladoras, poco lugar aparente queda para la mujer, compañera afectuosa de los menesteres pacíficos, que se angustia y marchita en el fragor de las batallas como las flores bajo el turbión de la borrasca. Pero no bien un episodio de la lucha acerca a su morada a alguno de

(7) Arturo Farinelli: Dante in Spagna, Francia, Inghilterra, Germania, pág. 40.

esos férreos paladines o descubre bajo la recia coraza el pliegue de su alma donde se ocultan los tiernos afectos, nace como una melodía, en medio del clamor de los clarines, ora el cuadro conmovedor de Héctor y Andrómaca en las torres de Troya, ora la lágrima fugitiva que se pierde en la nivea barba de Carlomagno ante la bella Alda amortecida, ora el temor de Jimena y sus hijas al oír desde las almenas de Valencia el ronco son de los tambores moriscos. Pero si comúnmente sólo aparece la mujer en estos poemas como fugitivo y tierno contraste ante los sangrientos cuadros de las batallas, suele a veces ser ella misma ocasión de esos estragos, y entonces su virtual presencia domina todo el ámbito del poema con el influjo de su fatal belleza, como Helena o La Cava, o de su odio satánico, como la perversa y "linda doña Lambra".

En la literatura caballeresca que siguió en Europa al primer florecimiento de la épica, a favor de tiempos algo más sosegados y propensos a una actividad sentimental, cobró la mujer el alto puesto que como fuente siempre viva de amor y heroísmo, ocupó en el alma de los idealistas caballeros y de los suspirantes trovadores. Con todo, en el corazón de esos rendidos galanes dormitaba el bravío caudillo medioeval de peligrosas pasiones, capaz de exaltaciones místicas, pero también de vehementes apetitos, "y por eso la condición de la mujer es de las más singulares. Ora es reina soberana y ora obedece como una esclava; ora es venerada en los castillos feudales y ora es ultrajada en los campos; ora es llamada fuente de todo bien y virtud, y ora es considerada como un puro instrumento de los sentidos" (8).

Tarde y no mucho penetraron aquellas a veces exageradas manifestaciones de idealismo en el alma española, profundamente realista y solicitada por la incesante lucha de la reconquista que la retenía en un ambiente épico sin dejarle vagar para un sentimentalismo contemplativo. Perduraba, además, en esa alma tenaz y poco expansiva el concepto que tuvo la temprana edad media de la educación de la mujer, "inspirado y

(8) E. Gorra: *Fra Drammi e Poemi*, pág. 222.

guiado por el celo y el severo ascetismo de la nueva religión y por el extenso movimiento de reacción que ésta opuso a todo lo que era resto del mundo pagano" (9). Este severo concepto se autorizaba con la misoginia de algunos libros del Viejo Testamento, como el Eclesiastés, y se sancionaba en los inhumanos preceptos de San Jerónimo para la educación de la infeliz Paula, para quien hasta la higiene del baño debía ser pecado. De estas feroces normas, que hallaron terreno propicio en lo que subsistió de la fiereza bárbara en la monarquía cristiano-visigótica, derivó buena parte del sanguinario concepto del honor que cundió más tarde en la literatura española.

La idealización de la mujer es, pues, mucho más tardía en España que en Francia e Italia, y siempre es más literaria que verdadera. En la época que nos ocupa, como dice Puymaigre, "los caballeros españoles no son la flor de la galantería... Allí, por mucho tiempo, la mujer se mostró compañera muy subordinada a su marido, el cual era verdadero amo y señor" (10). Como en el mundo de la epopeya griega, "las mujeres, en realidad no tienen derechos y su posición está enteramente determinada por la voluntad y la autoridad de los hombres. La influencia de la mujer sobre su marido es enteramente personal" (1). Doquiera, en la edad media y después, se exigía recato en las doncellas, y aquí la Virgen en persona se encarga gentilmente de recordárselo a una niña diciéndole:

"Cuando hablares con los hombres, baja los ojos, querida" (12), pues como aconseja el astuto Arcipreste de Hita:

"Toda muger que mucho otea o es rysueña,

Dyl' sin miedo tus deseos"; (copla 610)

pero la mujer casada debía ser un modelo de sumisión y obediencia como doña Vascona, esposa de Alvar Yañez, que, según cuenta el infante don Juan Manuel, "todo lo que don Alvar Yañez dezia et fazia, que todo tenia ella verdadera mente que

(9) G. B. Festa: *Un Galateo femminile italiano del Trecento*, pág. 1.

(10) Puymaigre: *Les Vieux Auteurs Castellans*, I, 219-220.

(11) W. C. Perry: *The Women of Homer*, pág. 62.

(12) Suplemento a la Primavera y Flor de Romances, pág. 145.

era verdat, et le plazia mucho dello” (13) y por tanto, de conformidad con el dicho que nació de la conducta de esta venerable esposa, “si el marido dizie: “contra arriba corre el río”, que la mujer lo deue creer et deue dezir que es verdat” (op. cit).

Con todo, el rigor preceptual que llenaba la rígida mente de estos guerreros, no tapaba todos los resquicios por donde pudiera asomar algo de esa ternura que en mayor o menor grado existe por la mujer en el corazón de todo hombre, ya porque, según el austero poeta de “Les Destinées”:

“L’Homme a toujours besoin de caresse et d’amour,
sa mere l’en abreuve alors qu’il vient au jour
et ce bras le premier l’engourdit, le balance
et lui donne un désir d’amour et d’indolence” (14);

ya porque a veces, en sus incesantes andanzas, sentía el infanzón más pesada su férrea coraza, y la punzada de alguna vieja herida le traía a la mente el sosegado cuadro de la esposa y las hijas, que con sus graves dueñas tejían en el estrado de la casa solariega. Así a las veces, en el ama sumisa y callada que obedece ciegamente al señor, suele verse la confiada y afectuosa compañera que, como la misma doña Vascona, secunda hábilmente los designios del esposo que descansa en su recto y claro juicio.

Pero en estos sobrios y mesurados hijos de Castilla, era “la ternura conyugal más honda que expansiva” (15), como aún hoy se manifiesta en los versos de un poeta de ese suelo:

“Crees que mi amor es menor
porque tan hondo se encierra,
y es que ignoras que el amor
de los hijos de esta tierra
no suele ser hablador” (16);

y hay que darle todo su valor expresivo cuando asoma brevemente como en la despedida del Cid y de Jimena, que (v. 375)

-
- (13) Infante Juan Manuel: El Conde Lucanor, Enxemplo XXVIII.
(14) Alfred de Vigny: La Colere de Samson.
(15) M. y Pelayo: Tratado de Romances Viejos, I, 316.
(16) J. Gabriel y Galán: Obras Completas, I, 47.

“assis parten unos d’otros commo la uña de la carne”,
o en las quejas del rey don Juan de Navarra (17):

“Apartado de los míos, de los que yo más quería!

¿Qué es de tí mi nuevo amor, que es de tí, triste hija mía?”

o cuando asume cierta ruda galantería, como en las palabras del Cid que se dispone a rechazar a los moros de Valencia (v. 1652):

“Mugier, seed en este palacio, en el alcaçer;
non ayades pavor por que me veades lidiar,
con la merçed de Dios e de Santa María madre,
creçen el coraçon por que estades delant”.

Aparte de estas manifestaciones de noble ternura conyugal, propias de una edad más sosegada en que crecen dentro del corazón sólidos y durables afectos alimentados por la clara conciencia de los deberes de esposo y padre, el amor juvenil, ya violento en civilizaciones adelantadas, toma allí, a las veces, caracteres de una brutalidad que ni aún más tarde consiguió dominear del todo la cortesía provenzal. A los galanes le suele correr mucha prisa; no se demoran en discreteos sentimentales, y una vez conseguido su propósito, comúnmente se cuidan poco de la suerte de la mujer, para quien las consecuencias son a menudo terribles. Ella tampoco se distingue siempre por lo delicado del sentimiento: en ese mundo heroico los deseos son vehementes y buscan violentamente la realización inmediata. El amor, según decía en tiempos semejantes la musa de Lesbos, sacude sus almas como un viento impetuoso (18), y la mujer que siente su encendido soplo suele obedecerle con entera inconsciencia. Así la desenfadada joven del romance de la gentil dama (19) que en las inquietantes horas de la siesta llama a un pastor que pasa:

“Ven acá el pastorcico, si quieres tomar placer”;
pero el zafio zagal sólo se cura de su hato y en vano le pondera la dama, entre otras excelencias,

(17) Primavera y Flor de Romances, N.º 98.

(18) Safo, fragmento, 42.

(19) Primavera y Flor de R., N.º 145.

“las téticas agudicas que el brial quieren romper”.
Así también la infanta del romance de Gerineldo (20):

“Gerineldo, Gerineldo, el mi paje más querido,

Quisiera hablarte esta noche en este jardín sombrío”;

o “doña Lambrá, la linda”, que ante las hazañas de un caballero en la plaza, exclama, con gran escándalo de su noble cuñada (21):

“Oh maldita sea la dama que su cuerpo te negaba”.

Pero, apresurémonos a decirlo para honra suya, estas mismas mujeres son capaces de iguales bríos para castigar una violencia que la pasión no disculpa, y entonces su venganza es sangrienta, como la de aquella doncella que roba Rico Franco matándole sus padres y hermanos, y que, pidiéndole al raptor su daga para cortar los adornos ya inútiles de su manto,

“por los pechos se la fué a meter:

así vengó padre y madre, y aun hermanos todos tres” (22)

No menos esforzada, la bella Blanca Flor, por cuyo amor le mató Marquillos el marido, pide al traidor un breve plazo, y aprovechando el sueño a que le induce el cansancio,

“levantóse muy ligera la hermosa Blanca Flor;

tomara cuchillo en mano y a Marquillos degolló” (23).

Y aun el amor y lealtad conyugales pueden llevarlas, sin mentar la constancia de la esposa del conde Dirlos (24), a la tierna fidelidad de la del conde Sol, que responde al ingrato marido:

“vine mi esposo a buscar,

por tierra pisando abrojos, pasando riesgos en mar,

y cuando le hallé, señor, supe que se iba a casar,

supe que olvidó a su esposa, su esposa que fué leal,

su esposa que por buscalte cuerpo y alma fué a arriesgar” (25)

o pueden inspirarles la trágica heroicidad de doña María Coronel, esposa de don Juan de la Cerda o de don Alonso de

(20) Primavera, N.º 161.

(21) Id., N.º 25.

(22) Id., N.º 119.

(23) Id., N.º 120.

(24) Id., N.º 164.

(25) Id., N.º 135.

Guzmán, a quien “estando el marido ausente vinole tan grande tentación de la carne que determinó de morir por guardar la lealtad matrimonial, y metióse un tizón ardiendo por su natura, de que vino a morir” (26).

Muchos ejemplos más podrían aducirse en alabanza o vituperio de la mujer, sacados de la abundante literatura filógina y misógina de la edad media, que si tanto la ensalzó y vilipendió, fué sin duda porque, como dice el estudioso italiano Egidio Gorra, “se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que de las edades de la historia, la edad media es la que ha amado más intensa y ampliamente que cualquier otra”. Pero no se eche en olvido que en virtud de los violentos contrastes que esta época ofrece, a menudo, “al canto del gentil poeta que de la manera más excelsa idealizaba a la mujer, se unía el ultraje vulgar del realismo más crudo” (27). Y para que ese contraste se manifieste con torva evidencia, basta a veces la repentina llamara-da de los celos, como en el romance de Moriana (28), donde la desdichada dama recibe al principio, con hermoso señorío, tan rendida adoración:

“juegan los dos a las tablas por mayor placer tomar.
Cada vez que el moro pierde bien perdía una ciudad;
cuando Moriana pierde la mano le da a besar”;

pero no bien las lágrimas de la cautiva delatan su amor por el esposo que divisó a lo lejos, es víctima del feroz despecho con que

“Alzó la su mano el moro, un bofetón le fué a dar;
teniendo los dientes blancos de sangre vueltos los ha,
y mandó que sus porteros la lleven a degollar,
allí do viera a su esposo, en aquel mismo lugar”.

Así pues, si en estas almas tan ricas de una energía que a la menor ocasión se derrama con ímpetus de heroísmo, la pasión amorosa, en todo tiempo avasalladora, puede inspirar ac-

(26) Notas del Brocense a “Las Obras del famoso poeta Juan de Mena”, Madrid, 1804, pág. 259.

(27) E. Gorra: Fra Drammi e Poemi, págs. 201-202.

(28) Primavera, N.º 121.

titudes un tanto chocantes; no escasean, por cierto, las situaciones donde se manifiestan bellamente las generosas virtudes de arrojo, de abnegación o de sacrificio de que es manantial inagotable el alma de nobles mujeres. Sin salir ya del romancero histórico, procuraremos reunir los mejores rasgos de las más destacadas de estas figuras, pero no sería justo pasar en silencio a un crecido número de ellas que con su fugitiva presencia, ya sonrientes en su frescura juvenil, ya conmovedoras en su tierno llanto de víctimas inermes, ablandan de cuando en cuando con la graciosa ondulación de sus angustiados senos, las rígidas líneas de esos cuadros de férreas corazas y de aceradas lanzas. Así la bondadosa reina, esposa de don Alfonso el Casto, que invita gentilmente a Bernardo del Carpio a dar con su presencia lucimiento a unas fiestas, prometiéndole pedir al rey la libertad de su padre, y luego, con tierna humildad, dice a su inflexible esposo:

“Mucho vos ruego, señor, que me deis, si os viene en grado, al conde don Sancho Díaz, que teneis aprisionado; ca este es el primer don que yo vos he demandado” (29).

Así la afligida infanta doña Teresa, que el rey su hermano “por mal juicio guiado”, determina casar con el rey moro Andalla, contra el parecer de los prelados y ricos hombres, de los cuales “no ha sido ninguno parte para que fuese estorbado”:

“La infanta desde que lo supo, gran sentimiento ha mostrado; las ropas que traía vestidas de arriba abajo ha rasgado, su cara y rubios cabellos muy mal los había tratado. ¡Ay de tí, decía la infanta, como te cubrió mal hado, tu mocedad y frescura que mal que la has empleado!” (30).

Más adelante aparece la simpática ternura fraternal de la hermana de Alfonso VI de León y del tiránico Sancho II de Castilla, la única que se atreve a interceder por el primero a quien éste tiene preso, y lo hace con tanta habilidad que consigue acorrar al perverso don Sancho:

(29) Id., N.º 10.

(30) Id., N.º 27.

“Rey don Sancho, rey don Sancho, mi hermano y mi señor, cuando yo era pequeña prometisteme un don; agora que soy crecida otorgamelo, señor.

—Pedidlo vos, mi hermana; mas con una condición, que no me pidais a Burgos, a Burgos ni a Leon, ni a Valladolid la rica, ni a Valencia de Aragón; de todo lo otro, mi hermana, no se os negara, no.

—Que no os pido yo a Burgos, a Burgos ni a Leon, ni a Valladolid la rica, ni a Valencia de Aragón: mas pidoos a mi hermano, que lo teneis en prisión.

—Pláceme, dijo, hermana, mañana os lo daré yo.

—Vivo lo habeis de dar, vivo, vivo, que no muerto, no.

—Mal hayas tu, hermana, y quien tal te aconsejó, que mañana, de mañana, muerto te lo diera yo” (31).

En el romance de don Alonso de Aguilar, ese formidable paladín andaluz cuya maestría en las armas le hacía parecer “un hombre de acero sobre su caballo de batalla” (32), la inconsolable nodriza del héroe, muerto en desigual combate con los moros, no es menos conmovedora en su desesperación que la infortunada Hécula: Ante el cuerpo de don Alonso, a quien, como los Aqueos a Héctor muerto (33), “no se tiene por buen moro quien no le daba lanzada”:

“Llorando está, llorando, una captiva cristiana que cuando niño pequeño a sus pechos le criara. Estaba cerca del cuerpo arañando la su cara; tanto llora la captiva, que de llorar se desmaya, y después de vuelta en sí con don Alfonso se abraza, besaba el cuerpo defunto, en lágrimas lo bañaba, torcía sus blancas manos, los ojos al cielo alzaba, los gritos que estaba dando junto a los cielos llegaban, las lástimas que decía los corazones traspasan” (34).

(31) Id., N.º 39.

(32) Washington Irving: *Conquest of Granada*, pág. 349.

(33) *Ilíada*, XXII, 367.

(34) *Primavera*, N.º 95.

Igualmente simpáticas son las duquesas de Berganza y de Guymaraes (35), la primera, irguiéndose altanera ante la acusación de su sanguinario esposo:

“No so yo traidora, el duque, ni en mi linaje lo había,
nunca salieron traidores de la casa do venía.

Yo me lo merezco, el duque, en venirme de Castilla,
para estar en vuestra casa en tan mala compañía”,

la segunda, quejándose al rey con noble entereza en medio de su dolor por la ejecución de su marido inocente:

“Vos, no mirando justicia, habeismelo degollado.

No lloro tanto su muerte como vello deshonorado
con un pregón que decía lo por él nunca pensado”.

No tiene el valor patético o la grandeza moral de aquellas, la Blanca Niña que tan fácilmente accede, ausente su esposo, a los requerimientos de un andariego caballero. Pero hay tanto candor en sus disculpas, que casi nos fuerza a creerlas:

—“¿Qué hacéis, la Blanca-Niña, hija de padre traidor?

—Señor, peino mis cabellos, peíno los con gran dolor,
que me dejéis a mi sola y a los montes os vais vos”;

y cuando, acorralada por las inquisidoras preguntas del esposo, no acierta ya a explicar la presencia de la lanza del galán, son enternecedoras la sinceridad de su arrepentimiento y su humilde resignación:

—“Tomalda, conde, tomalda, matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde, bien os la merezco yo” (36).

Un poco más lejos topamos con el sandio caballero que encuentra a la deliciosa infantina rubia en el árbol donde está hechizada:

“Cabellos de su cabeza todo el roble cubrían” (37)

o como dice la versión portuguesa, más antigua aunque sin duda retocada por Almeida Garret:

(35) Id., N.º 107 y 108.

(36) Id., N.º 136.

(37) Id., N.º 151.

“Dos cabellos da cabeça a mesma arvore vestia,
da luz dos olmos tan viva todo o bosque se allumia” (38).
Como en ese día se cumplía el plazo de su encantamiento, le pide que la lleve consigo,

“si quisieres por mujer, si no, sea por amiga”,
pero el cauto caballero, que corre parejas con el rústico pastor del romance de la Gentil dama, no quiere comprometerse, y primero tiene que pedir consejo a su madre...

Viene en seguida la encantadora doncella del romance “De Francia partió la niña” (39), una de las figuras más gentilmente espirituales del Romancero, engarzada en una composición que es un verdadero primor: Perdida en el camino, pide ayuda a un caballero que pasa, quien se apresura a complacerla y se dispone sin dilación a sacar provecho de la aventura, como lo pintan con admirable concisión los versos del romance:

—“Pláceme, dijo, señora, pláceme, dijo, mi vida”,
La avisada niña enfría repentinamente sus bríos fingiéndose leprosa, y en llegando a su destino comienza a sonreirse con adorable socarronería:

—“Riome del caballero, y de su gran cobardía,
¡Tener la niña en el campo y cantarle cortesía!”

Pero ante la burda táctica del burlado caballero, recobra la altivez de su alcurnia, y viste con arrogante gesto la égida de su grandeza.

“ni persona, aunque volviese, en mi cuerpo tocaría:
hija soy del rey de Francia y de la reina Constantina,
el hombre que a mí llegase muy caro le costaría”.

Digna también de mención es la esposa fiel que le pide noticias de su esposo a él mismo que, por probarla, se presenta disfrazado (40). Pero citamos este romance, no tanto por ella (así nos lo perdone) como para señalar de paso en él y en el romance de Nuño Vero (41), del cual es una imitación, la presencia de sendos detalles de gran valor descriptivo en un cua-

(38) Id., N.º 151, nota.

(39) Id., N.º 154.

(40) Id., N.º 156.

(41) Id., N.º 168.

dro épico y que por una curiosa coincidencia, que dice mucho en favor del anónimo romancerista, se hallan también en la epopeya homérica. En el primer romance, en las palabras de la dama está descrita la actitud habitual de un caballero armado que se detiene a hablar:

—“Caballero de lejas tierras, llegaos acá y pareis,
hinquedes la lanza en tierra, vuestro caballo arrendeis”,

y esta posición pacífica de la lanza es la misma que adopta Diomedes al iniciar su largo parlamento con Glauco: “y clavando la pica en la fecunda tierra, respondió...” (42). En el otro romance, el caballero habla de Baldovinos herido “de una mala lanzada” y prosigue:

“la lanza tenia dentro, de fuera le tiembla el asta”;

y este sorprendente rasgo de realismo descriptivo es el mismo que ya había observado el cantor de Aquiles, cuando Idomeneo hería a Alcátoos: “la lanza se le clavó en el corazón, y al palpar de éste temblaba el asta del arma” (43).

Volviendo a nuestro tema, apresurémonos a recordar a la gentil Galiarda, que ya injustamente olvidábamos y que aparece en dos interesantes actitudes en los dos romances que ocupa. Requerida de amores por el bizarro Florencio, no halla fuerzas para resistir a las seducciones del joven, pero consciente de la vanidad juvenil, la sutil intuición femenina le vaticina las futuras amarguras:

—“De dormir, dices Florencios, de dormir, si dormireis;
mas sois niño y mochacho, luego vos alabareis” (44).

Muy distinta en el segundo romance, ante la villana petulancia del galán que sus amigos se disponen a castigar, aparece bellamente arrogante en la dignidad de su virtud insospechable:

—“Pesame, mis caballeros, hagais cosa tan mal hecha:
lo que aquel loco decia no era cosa creedera.

Hasta saberlo de cierto no le habiades de dar pena” (45).

(42) *Ilfada*, VI, 212.

(43) *Id.*, XIII, 442.

(44) *Primavera*, N.º 138.

(45) *Id.*, N.º 139.

Recordemos también, al pasar, el curioso tipo de esa Circe de la sierra, confundida con Galiarda en algunos romances tradicionales de Asturias (46), pariente muy cercana de las bravías serranas con que topó el famoso Arcipreste, cuando ponía religiosamente en práctica el consejo de que

“Provar todas las cosas el apostol lo manda” (47), y que, como la heroína de la “Tour de Nesle”, hospedaba amorosamente a los pasajeros y los mataba luego.

En los romances conservados por la tradición oral que, como antes se dijo, deben contarse entre los romances viejos, aparece la figura conmovedora de la infeliz Delgadina (48), reverso de la Mirra clásica y víctima de la horrenda pasión del rey su padre, de donde procede sin duda el episodio análogo de Leandra de Zúñiga en el Drama Universal de Campoamor (Escena XXXII).

También en este grupo de romances se halla la encantadora figura de esa nueva Camila de que trata el romance de don Martinos, conservado en dos tradiciones orales, una asturiana y otra catalana (49). Más antigua es, por lo tanto, aunque el tema sea de procedencia castellana, la versión portuguesa (50): Quéjase un viejo caballero de no tener hijos varones que mandar a la guerra y maldice por ello a su mujer; entonces, una de sus tres hijas “la más chiquita de ellas” en las versiones castellanas, y en la portuguesa “a filha mais velha”, dice que ella irá a la guerra “en habitos de varón”, y halla pronta solución a las dificultades que la opone el padre, y empiezan con que:

—“Conoceran en los ojos, hija, que muy bellos son,

—Yo los bajaré a la tierra cuando pase algún varón”.

Pero el brillo de esos ojos no escapa al hijo del rey a cuyas órdenes combate la niña, como lo dice con más concisión la versión portuguesa:

(46) Suplemento a La Primavera, pág. 123.

(47) Libro del Buen Amor, copla 950.

(48) Suplemento a la Primavera, págs. 126 y 167.

(49) Id., págs. 119 y 269.

(50) As Cem Melhores Poesias (Liricas), Escolhidas por Carolina Michaelis de Vasconcellos, pág. 9.

—“Senhor pae, senhora mae, grande dó do coração,
os olhos de dom Martinho sao de mulher, de homem não”.

Siguen los ardides que la reina aconseja a su hijo para que la doncella se delate, pero ella triunfa de todos hasta que el infante le propone ir a nadar, cosa que la obliga a una disculpa que acarrea la revelación y el consiguiente matrimonio. Pero la esforzada niña pudo decir con orgullo:

“Ninguém me conheceu nunca se nao o meu capitão!
conheceu-me pelos olhos, que por outra cousa não”.

Por último, aunque no nos detendremos en él por tratarse de un largo romance novelesco digno de estudiarse con más espacio, merece cerrar esta rápida enumeración la bella figura de la desventurada infanta Solina, esposa del conde Alarcos, sacrificada por su esposo mismo en virtud de una bárbara orden del rey que satisfacía así el capricho de su hija por el conde (51).

III

La primera de las grandes figuras de mujer que, ya por su trágica influencia o por su grandeza moral, embellecen algunos cuadros del Romancero, es la hermosa Cava, la hija del conde don Julián, nueva Helena de esa catástrofe que cambió la faz de España. Aparte del episodio inicial, su gentil y doliente figura desaparece anegada en la magnitud de desastre, pero lo domina todo con su virtual presencia, como sobre el drama humano del Génesis pesa la culpa de la madre Eva.

La tradición posterior, al transformarse paulatinamente de popular en vulgar, profanó su figura y le prestó deshonestas actitudes, dando, por falsa etimología, un sentido infamante a su nombre. Siempre hizo aquello el vulgo villano, cruel enemigo de la nobleza y de la virtud en la mujer, y así el vulgo griego había envilecido más tarde a todas las mujeres divinas y humanas que vivieron en la epopeya, y apenas pudo la grandeza de su inmensa desgracia salvar la virtud de la noble Andrómaca.

(51) Primavera, N.º 163. Véase un estudio sobre este romance, de E. Gorra, op. cit.

Pero también ha de haber influido en la formación de la leyenda el sentimiento patriótico español, que quería así aliviar de culpa al rey don Rodrigo, puesto que, al parecer, el conde don Julián de la leyenda fué un caudillo bereber de nombre Urban u Olban, y el nombre legendario de su hija es una corrupción de Alataba (52). Claro está que así, lo que en la realidad era la justa venganza del moro ultrajado en el honor de su hija, asumía del punto de vista nacionalista un carácter de dramática traición, si se lo hacía proceder de un noble godo a quien no importaba inundar a su patria de sangre, con tal de que en ella pudiera lavar la ofensa de su hija.

De los doce romances relativos a la destrucción de España que contiene la Primavera con su suplemento, cuatro se refieren a la seducción de la Cava, y aun de éstos tres son variaciones del mismo tema. En ellas se describen algunos pormenores de la seducción siguiendo la Crónica de Pedro del Corral que parece ser su fuente (53); según la novelesca relación del cronista, el rey Rodrigo, que estaba ya prendado de la Cava por que “era la más hermosa donzella de su casa, e la más amorosa en todos sus fechos”, vióla un día desde su cámara jugar con sus compañeras en la huerta donde se creían solas y ocultas a todas las miradas. Allí, según el mismo cronista, y como si fuera una lejana reminiscencia de la rivalidad de las tres diosas griegas que, como este incidente, origina la tragedia posterior, “creció porfia entrellas desque una gran pieza ovieron jugado, de quien tenia mas gentil cuerpo, e ovieronse a desnudar e quedar en pellotes apretados que tenian de fina escarlata” con lo cual, como es de imaginar, subió muchos puntos el amor del rey. En este estado de exaltación amorosa aparece en los romances que describen el gracioso cuadro de la dama arrodillada a sus pies y “sacándole aradores” de las manos:

“sus lindas y blancas manos él se las está loando” (54),
y entretanto le hace sus requerimientos amorosos. La bella Florinda “como es discreta”, le responde con hábil cortesanía:

(52) M. y Pelayo, Tratado de los Romances Viejos, I, 150 y 376.

(53) Id. id., I, 164.

(54) Primavera, N.º 3.

“—Pienso que burla tu Alteza o quiere probar el vado:
no me lo mandeis, señor, que perderé gran ditado” (55).

Pero a la hora de la siesta el rey la manda buscar e insiste con apremio, sin obtener lo que deseaba sino usando de la fuerza:

“Ella nunca hacerlo quiso, por cuanto él lo ha mandado;
y así el rey lo hizo por fuerza con ella, y contra su grado (56).
Desesperada entonces, se recluye en su cámara, donde:

“cada día gime y llora, su hermosura va gastando” (57),
hasta que “una doncella, su amiga” a quien se confía, le aconseja
ja escribírselo a su padre, el cual, lleno de ira el corazón:

“con los moros se ha concertado

que destruyesen a España, por lo haber así jurado” (58).

En el otro romance que no pertenece a esta serie de variantes,
aparece la Cava atribulada ante el desastre de que es inocente
causa, y llorando:

“... la perdición y la crueldad tan dura
y que fue ocasión dello la su grande hermosura,
a grandes voces decia: — oh mujer de gran locura,
nunca hubieras nacido, ni se viera tu figura
pues que tanto mal causaste y tanta mala ventura” (59).

Esta quejas son como un eco a través de los siglos de las
que igual desventura, la de ser hermosa, arrancaba a la divina
griega cuando le decia al bizarro Héctor: “¡Ojalá que cuando
mi madre me dió a luz, un viento proceloso me hubiese llevado
al monte o al estruendoso mar, para hacerme juguete de las
olas, antes que tales hechos ocurrieran!” (60). Y en efecto,
para no citar más que la heroína homérica entre tantos ejem-
plos como ofrece la literatura mundial, una y otra, Helena y la
Cava, son tristes ejemplos de lo caro que hace pagar el destino
la hermosura de la mujer, destinada por su condición, más o
menos disfrazada, de presa, a desencadenar en esos tiempos he-

(55) Id., N.º 3 a.

(56) Id., N.º 3.

(57) Id., N.º 3.

(58) Id., N.º 3 a.

(59) Id., N.º 3.

(60) *Ilíada*, VI, 345.

roicos las formidables pasiones de los hombres, a menudo capaces de producir desastres como la ruina de Troya o la sumisión de España. Víctimas inocentes de la fatalidad, de esa sombría *ἀνάγκη* que proyectó más tarde sobre el mundo griego la pavorosa sombra de sus alas, no les queda a estas pobres mujeres, domeñadas, o por el egoísmo de Afrodita como la primera, o por la brutalidad del hombre como la segunda, más que llorar los incendios que muy a pesar suyo hace nacer el fuego de sus miradas, y soportar la maldición de los que la toman, por causa de la fatalidad que la impulsa.

Largo y sobre todo inoportuno sería, puesto que de las más interesantes lo ha hecho Menéndez y Pelayo (61), enumerar aquí las obras literarias posteriores que han tomado como asunto a la hermosa hija de don Julián. Pero quizá no holgara advertir, al pasar, que la profecía del Tajo de Fray Luis de León, que se tiene, y con razón, por imitada de la profecía de Nereo de Horacio, halla un curioso antecedente en el romance N.º 5 a de la Primavera, donde la Fortuna se le presenta en sueños a don Rodrigo para predecirle su desgracia. El conocimiento de las crónicas que revela la alusión a la duración de la batalla que contiene la última estrofa de la oda citada, no haría aventurado suponer que a la par del modelo clásico, de cuya evidente influencia se resiente algo la oda, hubiese algún vago recuerdo del romance en el comienzo:

“Folgaba el rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la ribera
del Tajo, sin testigo”,

que coincide con aquel en poner la escena en la vecindad del agua, lo cual le permite entrar en seguida en el símil horaciano:

“Los vientos eran contrarios, la luna estaba crecida,
los peces daban gemidos por el mal tiempo que hacía,
cuando el rey don Rodrigo junto a la Cava dormía” (62).

Pero nada puede afirmarse sin un estudio más detenido de la composición del romance y de la cronología de las odas de Fray

(61) Tratado de los Romances Viejos, I, 171.

(62) Primavera, N.º 5 a.

Luis, cosa ésta muy dificultosa y larga; pues el romance es bastante tardío y según Menéndez y Pelayo, contaminado con el N.º 98 de la Primavera, sobre la conquista de Navarra.

Si el episodio de la desventurada Florinda nos muestra las terribles consecuencias de un amor desapoderado que la inocente hermosura enciende en el hombre, insensible en esa tormenta de sus sentidos, a todo lo que no sea la posesión consentida o arrebatada, la hermosa figura de doña Sancha, esposa del conde Fernán González, nos ofrece un bello ejemplo de la armonía conyugal y de la abnegación que en la mujer puede inspirar un amor libremente aceptado y compartido. En la sencilla valentía con que la simpática condesa procura por dos veces la libertad del inquieto conde de Castilla, se siente el temple de alma de todas esas mujeres guerreras que, en ausencia de sus maridos, o cuando el desaliento apocaba el brío de los hombres, eran capaces de hallar en sus tiernos pechos tesoros de heroísmo para infundírselo a sus diezmados vasallos o a sus abatidos señores. Cuando los hombres son aún muy niños, o cuando les doblega el peso de la tenaz desventura, a veces quiere el destino que la indomable energía que les falta se refugie en el alma de una débil y desamparada madre, como doña María de Molina, o en el tierno corazón de una doncella como la que hoy es la Santa de Francia.

Siete son los romances del conde de Castilla contenidos en la Primavera y en su suplemento, y de éstos, sólo dos se refieren a sendas prisiones del Conde. No son de los más antiguos romances, sino de los que llama D. Ramón Menéndez Pidal (63) romances semi-eruditos, que tratan con cierta independencia un asunto de alguna crónica, la cual es en este caso la Crónica del Rey Sabio. El primero de ellos (64) cuenta con algunos pormenores un tanto novelescos el suceso que motiva el casamiento de doña Sancha, hija del rey de Navarra, con el fundador de la independencia de Castilla: Siendo éste prisionero del rey de Navarra Sancho Ordóñez que "prissol en engaño e

(63) Homenaje a Menéndez y Pelayo, I, 429 y sig.

(64) Primavera, N.º 15.

llevolo presso a Tudela de Navarra" (65), porque le había muerto a su padre Sancho Abarca,

"vino allí un conde normando que pasaba en romería; supo que este hombre famoso en carceles padecía", (66).

Fuése a verle, y después de haberse concertado con él,

"procuró ver a la infanta, que era fermosa y cumplida, animosa y muy discreta, de persona muy crecida",

le demuestra cómo el conde está preso por su amor, y la incita a favorecer su fuga. Huyen durante la noche el conde y la infanta, y al llegar el día se ocultan en un bosque donde les sorprende un arcipreste, que por la muestra, debía de ser antepasado del de Hita, quien, como precio de su silencio, exige descaradamente la posesión inmediata de la infanta. Ante las protestas del conde, exclama aquella con singular entereza:

—"Por vuestra vida, señor, mas que esto hacer debía, que no se sabrá esta afrenta ni se dirá en esta vida".

Por la "animosa y muy discreta" dama que, como ya se dijo, era "de persona muy crecida", finge someterse y le traba los brazos, dando así lugar a que el conde, a pesar de los grillos que aun le estorban,

"quitadole ha al arcipreste un cuchillo que traía, y con él le diera el pago que su aleve merecía".

Después de este enojoso incidente, prosiguen su camino hasta que dan con una tropa armada de castellanos que venían a libertar a su señor: no conociéndolos,

"la infanta tiembla y se muere, en el monte se escondía", pues aquí ya no se trata de un solo enemigo de quien puede dar fácil cuenta los ardides femeninos, ya que ella cree que son gentes de su padre. Mas, cuando el conde la llama desengañándola,

"la infanta con gran placer a vellos luego salía"
y en seguida la nueva esposa y soberana se encamina a Castilla.

Algún tiempo después, según cuenta el romance N.º 17 de la Primavera, el conde fué llamado a cortes por el rey de León

(65) Crónica Rimada, en el Romancero General de Durán, II, 651.

(66) Primavera, N.º 15.

don Sancho Ordóñez de quien era vasallo alzado, y acude, bien que sospechando lo que iba a suceder, como lo anuncia a sus vasallos en la Crónica del Rey Sabio: "Amigos e parientes, sabed quel rey don Sancho de Leon me ha embiado dezir por sus cartas que vaya a sus cortes o sinon que le dexe el condado... e vos todos sabedes quel rey don Sancho me quiere muy grand mal, e yo çierto so que no podre escapar de ser preso e maltrecho, e alli vere yo como me acorredes" (67). En efecto, el rey lo pone en prisión y el romance N^o 18 de la Primavera trata de cómo salió de ella:

"Sabiendolo la condesa, determino ir a sacallo:
cabalgando en una mula como siempre lo ha usado,
consigo lleva dos dueñas y dos escuderos ancianos"

y además trescientos hidalgos bien armados, que han jurado no volver a Burgos sin su señor. Con este séquito se dirige doña Sancha a León y muy precavida, deja cerca de la ciudad un escudero apostado con un caballo listo para el conde. Llegada ante el rey, que la recibe muy gentilmente, fingese romera que va a Santiago y le pide licencia de ver a su marido: llévanla a la torre del conde, a quien

"por amor de la condesa las prisiones quitádole han"
y después de las naturales expansiones, doña Sancha le urge a vestir sus ropas y a salir en su lugar, cosa que se cumple sin tropiezo. Una vez huído el conde, y presentes las dueñas con quien él saliera, las cuales, con gran sorpresa de las guardas, han vuelto por ella, la condesa se pone valientemente a disposición del rey:

—"Id, decid al señor rey, que aquí estoy a su mandado, que haga en mi la justicia, que el conde ya esta librado",
pero aquel, admirado y respetuoso del valor de la noble dama,
"Luego la manda sacar, y dalle todo recaudo,
y enviola luego al conde: muchos la han acompañado".

Un lejano recuerdo de todo este episodio se conserva hasta hoy en un romance tradicional de Asturias donde se hallan

(67) Homenaje a M. y Pelayo, I, 457.

estos versos, por cierto más tiernos que los del romance semi-erudito:

“Por los palacios del rey, pelegrina va una tarde,
con su esclavina ahujurada sus blancos hombros al aire.
Lleva su pelo tendido: parece el sol como sale.

—¿Donde vienes, pelegrina, por mis palacios reales?

—Vengo de Santiago, el rey, de Santiago que vos guarde,
y muchas más romerías ¡plantas de mis pies lo saben!

Licencia traigo de Dios: mi marido luego dadme” (68).

A este simpático ejemplo de una denodada y serena esposa que puede llegar a ser ayuda más eficaz que una hueste armada, le sigue la admirable figura de la otra doña Sancha, madre afectuosa y vigilante de los infantes de Lara, los héroes de esa espantosa “epopeya de la venganza”, como la llama M. y Pelayo (69). Es quizá ésta la tragedia más horrenda de ese período de la edad media, donde las luchas por el afianzamiento de los estados o de los feudos muestran el abismo de ferocidad de que es capaz el alma humana. Y causa angustia pensar en los sobrehumanos dolores a que estaba expuesto el corazón de una madre, para quien la belleza y gallardía de sus hijos es el ansiado premio a las penas y zozobras de su crianza, y que debía entonces verlos expuestos sin tregua a feroces batallas o a bárbaras venganzas.

Pocos son los versos de los romances donde aparece doña Sancha, pero todos ellos están llenos de la nobleza propia de una alta señora, a la vez que de una conmovedora ternura maternal que no se manifiesta en inoportunas expansiones, y sí en lo que más a lo vivo pinta la solicitud de madre: la previsión de ciertos detalles como el alojamiento de sus hijos o las avisadas exhortaciones a la prudencia. Así, cuando los infantes llegan a las funestas bodas,

“Salelos a recibir la su madre doña Sancha,

—Bien vengades, los mis hijos, buena sea vuestra llegada.

—Nora buena esteis, señora, nuestra madre doña Sancha.

(68) Suplemento a la Primavera, pág. 52.

(69) M. y Pelayo, Tratado de los Romances Viejos, II, 266.

Ellos le besan las manos, ella a ellos en la cara.

—Huelgo de veros a todos que ninguno no faltaba, y mas a vos Gonzalvico, porque a vos mucho amaba. Tornad a cabalgar, hijos, y tomades vuestras armas, y allá ireis a posar al barrio de Cantaranas.

Por Dios os ruego, mis hijos, no salgais de las posadas, porque en semejantes fiestas se urden buenas lanzadas” (70).

No hace falta más que esbozarlo, — y algo de esto debía de entender confusamente el rudo arte del romancerista, — para que nazca en la imaginación ese bello cuadro de los siete bizarros infantes, orgullo de la noble madre, ante quien se inclinan reverentes, y que tiernamente los levanta besándolos con amor en el rostro, y abrazando con mayor cariño al menor y más hermoso, el que, como veremos luego, ha heredado el color de sus ojos y su gracia de mujer. Más adelante, cuando su nueva cuñada habla con descomedimiento en el torneo de la familia de los Lara, la reconviene con mesurada dignidad de honesta y bien criada dueña:

—“No digais eso señora, no digades tal palabra, porque aun hoy os desposaron con don Rodrigo de Lara” (71). Y aun entonces, quizá con más intención dramática, otra versión del mismo episodio la presenta como madre cuidadosa de los extremos a donde una ofensa puede llevar a sus bravíos aguiluchos:

“Calledes vos, doña Lambra, no digais la tal palabra; si los infantes lo saben, ante ti lo mataran”.

En efecto, el insulto con que doña Lambra le responde, motiva la pronta actitud del menor de los infantes, causa del furor vengativo de aquella, que ha de tener tan funestas consecuencias.

El espantoso dolor de semejante madre ante el desastre que le tronchó bárbaramente esas flores de su vida, no lo hubiera podido pintar ni aún el romancerista que relató el terrible espectáculo del reconocimiento de las cabezas (71); por eso, más

(70) Primavera, N.º 20.

(71) Id., N.º 21.

(72) Id., N.º 24.

eficaz que una pálida descripción, es el presentimiento de la grandeza de ese dolor que angustia el alma de hierro de los hombres que lo imaginan. Así el ayo de los infantes, Nuño Salido, ante la muerte inevitable, abraza uno tras otro a sus pupilos, y

“cuando llega a Gonzalvico, en la cara le besara:
— ¡Hijo Gonzalo Gonzalez; de lo que más me pesaba
es de lo que sentirá vuestra madre doña Sancha!
érades su claro espejo, más que a todos os amaba” (73).

Y cuando en la terrible escena antes recordada, el triste padre da el último adiós a las frías cabezas de sus hijos, al llegar a la del último, el más bello fruto de su amor, la visión del dolor materno viene a poner su nota más desgarradora en esa sinfonía de horrores:

“¡Hijo Gonzalo Gonzalez! ¡Los ojos de doña Sancha!
¡Qué nuevas irán a ella que a vos más que a todos ama!” (74).

Marcado contraste con esta augusta figura hace la causante de tan angustiada tragedia, doña Lambra, mujer frívola y soberbia, capaz de desatar con inaudita perversidad un huracán de odios para vengar su vanidad herida por un justo castigo de su descomedida altivez, Doña Lambra de Burneva,

“dama de gran linaje y rico estado,
aunque hermosa y gallarda, altiva y fiera”, (75)

según los romances, que, con pocas variaciones de detalle, siguen el cantar de gesta y las crónicas, es casada con el valiente don Rodrigo de Lara, hermano de doña Sancha, por intercepción de conde de Castilla, sucesor de Fernán González, y héroe de una de las terribles desventuras conyugales que narra la Crónica General sobre esta “familia de Atridas” (76). Para celebrar este casamiento que “hecho fué en hora menguada”,

“en bodas y tornabodas pasaron siete semanas” (77),
y un día, para mayor satisfacción de su vanidad,

(73) Id., N.º 23.

(74) Id., N.º 24.

(75) Duque de Rivas: El Moro Expósito, Romance 3.º.

(76) M. y Pelayo: Tratado de los Romances Viejos, I, 242.

(77) Primavera, N.º 19.

“doña Lambra con fantasia, grandes tablados armara” (78). En la justa a que esto da lugar, sin duda envidiosa de la veneración de que debía de ser objeto su noble cuñada, la madre de los ya famosos infantes, no contenta con aplaudir las proezas de un caballero “de Córdoba la llana”, proclama con descomedida jactancia:

“que mas vale un caballero de los de Córdoba la llana,
que no veinte ni treinta de los de la casa de Lara” (79),
lo cual motiva la mesurada reconvención de doña Sancha y la grosera injuria con que le replica la audaz doña Lambra:

“Mas, callais vos, doña Sancha, que no debeis ser escuchada,
que siete hijos paristes como puerca encenagada” (80).
Oye esto el ayo de los infantes, y lleno de pesar vuelve a donde se estaban ellos, obedientes a los consejos de su madre. No puede ocultar la causa de su pena a las instancias de Gonzalvico, y el infante enfurecido vuela a la plaza, sobrepuja las hazañas del cordobés, y repite invertida y con palabras de menosprecio, la exclamación de doña Lambra:

“que mas vale un caballero de los de la casa de Lara
que cuarenta ni cincuenta de los de Córdoba la llana” (1).
En otra versión más dramática, el infante, que ha oído el insulto dirigido a su madre, replica a doña Lambra:

“Yo te cortaré las faldas por vergonzoso lugar,
por cima de las rodillas un palmo y mucho más” (82),
pero ambas difieren de la crónica en que ésta da como origen del conflicto la muerte del cordobés por el infante.

Llorando de rabioso despecho, corre doña Lambra a quejarse a su esposo y para incitarle a una fiera venganza, pinta con negros colores la perversidad de los infantes que, según ella, la han escarnecido villanamente:

“Los hijos de doña Sancha mal amenazado me han
que me cortarían las faldas por vergonzoso lugar,

(78) Id., N.º 25.

(79) Id., N.º 19.

(80) Id., N.º 19.

(81) Id., N.º 19.

(82) Id., N.º 20.

y cebarían sus halcones dentro de mi palomar,
y me forzarían mis damas casadas y por casar.
Mataranme un cocinero so faldas de mi brial.

Si de esto no me vengais, yo mora me ire a tornar” (83)

Y enardecido por el llanto de la falsa víctima, el enamorado don Rodrigo trama la feroz venganza que ha de concluir con los infantes y que él mismo pagará con la vida bajo el acero del vengador Mudarra.

Pero justo es advertir, en obsequio a la “linda doña Lambra”, que si frívola y un tanto deslenguada, no todos los romances la pintan como aparece en éste a causa de la omisión de otros detalles de la crónica y probablemente del cantar. En aquella es cierta la ofensa que le hicieron los infantes, de matarle un criado que se había refugiado bajo su manto, si bien ese criado había sido enviado por doña Lambra para insultar vergonzosamente a don Gonzalo.

Tanto o más perversa que doña Lambra es la figura que asoma en el romance de Landarico, y que, para no omitirla en esta rápida reseña, puede mencionarse muy bien aquí, en amor y compañía de aquella. Trátase de una anécdota de la historia de Francia relatada por varias crónicas latinas (84), que penetró, no se sabe bien por dónde, en España, y se fijó en un romance (85), algunos de cuyos versos todavía se conservan entre los judíos de Levante. A esa reina, que no nombra el romance, pero que es la bella Fredegunda, esposa de Chilperico (86), le sucede algo semejante a lo que cuenta de doña Isabel de Borbón en el IV romance de su “Conde de Villamediana” el duque de Rivas: al ir a despedirse de la reina ocupado en su tocador:

“El rey con una varilla por detrás la había picado;
la reina que lo sintiera pensó que era su querido.

—Está quedado, Landarico, — le dijo muy requerebrado”.

(83) Id., N.º 19.

(84) M. y Pelayo: Tratado de los Romances Viejos, II, 489.

(85) Suplemento a la Primavera, pág. 219.

(86) “Pulchra et ingeniosa nimis atque adultera”, Gesta Regum Francorum, cap. XXXV; apud. M. y Pelayo: Tratado de los Romances Viejos, II, 489.

Partido el rey y viéndose descubierta, la reina llama a su amante para ver “lo que hacer conviene”; pero al apocado Landarico no le hacen cuenta estas complicaciones y se queja amargamente de los disgustos que le traen tan peligrosos amores. La bravía mujer exclama entonces con terrible sangre fría:

“Calla, calla Landarico, calla, hombre apocado;
déjame hacer a mí que ya lo habré remediado”,

y envía a un criado suyo con el encargo de matar alevosamente al rey, lo cual se cumple a satisfacción de la traidora que hace de ello gran duelo, “aunque en su corazón dentro otra cosa le ha quedado”.

La serie de los romances viejos nos presenta en seguida el gran nombre de la esposa del Cid, bien que el corto papel que desempeña en medio de las heroicas luchas de su ínclito esposo, inferior como esposa y madre a la noble figura que, aunque un poco borrosa, ofrece en el poema, nos excusa de detenernos mucho en ella. Pero si como esposa y madre, que para esto está el cantar, aun en el poco espacio que ocupa, su papel de hija es de una pujanza tal que la coloca entre las figuras más destacadas del Romancero, y aun después de las sucesivas imitaciones de Guillén de Castro y de Corneille, todavía es conmovedora la figura de esta hija enlutada que en día de fiesta acude a pedir justicia al rey, llorando

“son père mort pour qui la vengeance est un leurre” (84 a),
y marca en sus elocuentes quejas el impresionante contraste de la doncella desamparada ante los vejámenes del Cid arrogante:

—“Con mancilla vivo, rey, con ella vive mi madre;
cada día que amanece veo quien mató a mi padre
caballero en un caballo y en su mano un gavilán;
otra vez con un halcón que trae para cazar,
por me hacer más enojo cébalo en mi palomar:
con sangre de mis palomas ensangrentó mi brial” (85 a).

Y mientras el rey vacila entre el poderío de su gran vasallo y la justicia de la doncella,

(84 a) Leconte de Lisle: Poèmes Barbares, pág. 294.

(85 a) Primavera, N.º 30 b.

“et l’oeil sombre de l’homme et les yeux clairs de celle qui l’accusait, alors se croisèrent ainsi que deux fers d’où jaillit une double étincelle” (86 a), brota de los labios de Jimena la extraña propuesta de ese épico concierto medieval:

“al Cid que mató a mi padre dámelo tú por igual, que quien tanto mal me hizo sé que algún bien me hará” (87), proposición tan insólita, que el buen rey no acertó a comprenderla y exclama, entre admirado y burlón:

“siempre lo oí decir, y agora veo que es verdad, que el seso de las mujeres que no era natural: hasta aquí pidió justicia, ya con él quiere casar” (88).

¡Cuán distinta actitud de la que en caso análogo asume Estrella, la heroína del drama de Lope:

“Señor, no ha de ser mi esposo
hombre que a mi hermano mata
aunque le quiero y le adoro” (89).

Pero casi ni falta haría recordar la explicación de Sainte-Beuve: “hay que remontarse a una época bárbara donde la fuerza y el valor se tenían en altísima estimación. En su padre Jimena ha perdido un protector; ¿quién podría reemplazarlo mejor que aquel que venció al terrible conde Gormaz? Repare pues Rodrigo el daño que ha causado” (90).

Todavía menos vida propia que Jimena como esposa y madre, tienen las hijas del Cid, simples víctimas mudas y pasivas en los tardíos romances en que se mientan. Pero en otros, que tiran ya a moriscos y novelescos, aparece la fresca figura de una hija legendaria del Cid, doña Urraca, que el moro que perdió a Valencia, para escarnecer al Cid, determina de ultrajar: “su hija Urraca Hernando será mi enamorada, después de yo harto de ella la entregaré a mi compañía” (91),

(86 a) José M. de Heredia: “Les Trophées”, pág. 170.

(87) Primavera, N.º 30 b.

(88) Id., N.º 30 b.

(89) Lope de Vega: La Estrella de Sevilla, al final.

(90) Puymaigre: Les Vieux Aureurs Cast., I, 219.

(91) Primavera, N.º 55.

pero el Cid ha oído las quejas y amenazas del moro y despertando a la niña, la manda a entretenerlo mientras se arma:

—“Venid vos acá, mi hija, mi hija doña Urraca;
dejad las ropas continas y vestid ropas de pascua.

Aquel moro hi-de-perro detenédmelo en palabras,
mientras yo ensillo a Babieca y me ciño la mi espada” (92),
y además, según una versión portuguesa:

“As palavras sejam poucas, sejam bem arrematadas;
essas poucas que lhe deres, sejam de amores tocadas” (93).

Obediente a su padre, “la doncella muy hermosa se paró a una ventana” y síguese un gentil discreteo que termina bruscamente con la llegada del Cid:

—“Adios, adios, mi señora, la mi linda enamorada,
que del caballo Babieca yo bien oigo la patada” (94).

Con el ciclo de los romances del Cid se enlazan los que tratan del cerco de Zamora, y en éstos hallamos a la simpática doña Urraca, tan representativa de la mujer medieval, desamparada en medio de las interesadas contiendas de sus parientes y confiada sólo en la protección de uno que otro fiel y honrado caballero. Y aun la soledad de su desamparo se acrecienta con pasajera alusión a su desgraciado amor por el Cid, que aprovechó Guillén de Castro para hacer tan conmovedora su doliente figura.

Con la muerte de su padre, el rey don Fernando, comienzan sus tribulaciones: olvidada en el reparto de los reinos, no le queda más que amargar con sus desesperadas quejas la muerte, ya tan trabajosa, del buen rey:

“A mi porque soy mujer dejajisme desheredada:
irme he yo por esas tierras como una mujer errada,
y este mi cuerpo daría a quien se me antojara,
a los moros por dineros y a los cristianos de gracia:
de lo que ganar puidiere hare bien por la vuestra alma” (95).

(92) Id., N.º 55.

(93) As cem melhores poesias, pág. 18.

(94) Primavera, N.º 55.

(95) Id., N.º 36.

Para reparar el olvido su padre le da a Zamora, pero muerto el rey, bien pronto su inquieto hermano don Sancho trata de arrebatársela, y en medio de esas desatadas ambiciones sólo cuenta como seguro apoyo al noble Arias Gonzalo que, anciano y achacoso, todavía se atreve a los mayores trabajos por amor de su señora, quien, por su parte, le trata como una hija:

—“¿Donde vais mi padre viejo, o para qué estais armado?

Dejad las armas pesadas, que ya sois viejo cansado,

pues que sabeis si vos moris perdido es todo mi estado” (96).

Incesantes tribulaciones asaltan a la triste infanta: los cuidados del sitio, la traición de Vellido, la muerte del hijo de su protector, el valiente Fernán Arias, y a todos estos quebrantos se agrega el dolor de la vieja herida abierta en su corazón al ver que el propio Cid milita en el campo de su perverso hermano. Y cuando el héroe se acerca a los muros, no puede retraerse de increparle con amargura:

“Afuera, afuera, Rodrigo, el soberbio castellano,

acordásete debía de aquel tiempo ya pasado

cuando fuiste caballero en el altar de Santiago,

cuando el rey fue tu padrino, tú, Rodrigo, el ahijado:

mi padre te dió las armas, mi madre te dió el caballo,

yo te calcé las espuelas porque fueses mas honrado:

que pensé casar contigo, no lo quiso mi pecado,

casaste con Jimena Gomez, hija del conde Lozano:

con ella hubiste dineros, conmigo hubieras Estado.

Bien casaste tu, Rodrigo, muy mejor fueras casado;

dejaste hija del rey por tomar de su vasallo” (97).

En la interesante serie de romances inspirados en sucesos contemporáneos, se destaca el ciclo de los del rey don Pedro el Cruel, esa siniestra figura a quien, como a la serpiente de cascabel, le crujían “siempre que se meneaba, canillas y choquezuelas” (98). Y allí, junto al tirano recargado de trágicas sombras por la leyenda, encontramos a la hermosa doña María de

(96) Id., N.º 49.

(97) Id., N.º 37.

(98) Duque de Rivas: El Alcázar de Sevilla, v. 256.

Padilla, que asume en las tradiciones el papel de satánica musa de sus crueldades, casi tan sanguinaria como la sultana de Hugo :

“Faut-il qu'un coup de hache suive
Chaque coup de ton éventail?
.
.
.
.
.
.
.
.
Toujours je comprends dans les fêtes
Que tu vas demander des têtes
Quand ton regard devient plus doux” (99).

Frutos de su venganza y de su odio son los dos atroces crímenes que comete el rey contra su propio hermano, el Maestre de Santiago don Fadrique, y contra su triste esposa, doña Blanca de Borbón. Enfurecida contra el maestre porque había intentado separarla del rey, según se colige cuando le increpa muerto :

—“Aquí pagareis, traidor, lo de antaño y lo de ogaño,
el mal consejo que diste al rey don Pedro tu hermano” (100).
pide su cabeza con un gesto de terrible crueldad oriental, que se conserva en un bello romance tradicional de Asturias :

“Mañanita era de Reyes, la primer fiesta del año,
cuando damas y doncellas al Rey piden aguinaldo;
unas le pedían seda, otras el fino brocado,
otras le piden mercedes para sus enamorados.
Doña María, entre todas, viene a pedirle llorando,
la cabeza del Maestre, del Maestre de Santiago” (101)

Sigue el trágico relato de la muerte de don Fadrique, que a pesar de todas las funestas prevenciones, obedece al llamado del rey, y éste cumple en seguida su bárbara promesa enviando a su amante en una fuente, la cabeza del maestre. Entonces doña María, aun no satisfecha, bien que “era muy grande el regalo”, une el escarnio a la venganza, y con una ferocidad mayor que la que usó la mujer de Marco Antonio :

(99) “Les Orientales”, XII.

(100) Primavera, N.º 65.

(101) Suplemento a la Primavera, pág. 53.

“Prendióla de los cabellos, de bofetadas le ha dado;
—Agora me pagas, perro, lo de aguaño y lo de antaño,
cuando me llamaste puta del rey don Pedro tu hermano.

Prendióla de los cabellos y lanzóla allí al alano;
el alano es del maestro e bien conoce a su amo.

Cogióla con los sus dientes e llevósela a sagrado:
faz con las patas la fuesa de la cabeza ha enterrado” (102).

El contraste conmovedor entre la fiereza del hermano y la fidelidad del perro, que en otra versión:

“a los aullidos que daba atronó todo el palacio” (103),
abre al arrepentimiento el duro corazón del rey. En esta última variante, además del fiel perro, aparece una tía que le enrostra su crimen:

—“¡Cuan mal lo miraste, rey! ¡que mal lo habeis mirado!
que por una mala mujer habeis muerto un tal hermano” (104),
y doña María es presa y celosamente guardada por el rey mismo.

El horror de ese cuadro ha sido reproducido con terrible maestría en la libre imitación de Leconte de Lisle:

“Le bon roi de Castille et la femme qu’il aime
dinent là, tous deux, gais, amoureux, sans souci.
Un hurlement lugubre éclate. Qu’est ceci?
le page qui leur verse à boire en devient bleme.

Une tête sanglante aux dents, d’un bond nerveux,
un chien saute parmi les mets royaux qu’il souille,
en y laissant tomber la hideuse dépouille
où s’entr’ouvre un oeil terne à travers les cheveux” (105).

La ferocidad de doña María ante los sangrientos despojos del maestro, no deja de tener, en fuerza de su vehemencia, ciertos rasgos de horrorosa poesía; pero igual cosa no podría decirse con respecto al bárbaro asesinato de la reina, inspirado

(102) Id. id., pág. 54.

(103) Primavera, N.º 65.

(104) Id., N.º 65.

(105) “Poèmes Tragiques”: Le Romance de Don Fadrique, pág. 164.

también por ella en los romances relativos, porque allí aparece con los caracteres más odiosos frente a la inmensa desventura de la conmovedora y tierna doña Blanca. Para enjugar los llantos que a la ambición de su amante arranca su matrimonio, le anuncia el rey su criminal designio contra la recluída reina:

“A Medina Sidonia envío que me labren un pendon;
será de color de sangre, de lagrimas su labor:

tal pendon, doña María, se hace por vuestro amor” (106).

Con este propósito envía a Alonso Ortiz “que es un honrado varón” y rechaza indignado semejante misión, confiada entonces a dos maceros. A la llegada de éstos, presiente la reina su cruel destino, y aunque resignada ante la fatalidad, no puede excusarse de llorar su infortunio enterneciendo a los verdugos mismos:

—“¡Oh Francia, mi noble tierra! ¡Oh mi sangre de Borbón!

Hoy cumplo decisiete años, en los deciocho voy:

el rey no me ha conocido, con las virgenes me voy.

Castilla dí ¿qué te hice? No te hice traición.

Las coronas que me diste de sangre y sospiros son,
mas otra terné en el cielo que sera de mas valor” (107),

y después de perdonar a la propia doña María y a sus verdugos, cae a los brutales mazazos como un flor pisoteada por los brutos.

Pero hay otra versión, inspirada en un pasaje de la Crónica de Ayala y contenida en dos romances (108), variante uno del otro, que descarga a la de Padilla de este último crimen y hace único responsable al rey: hallándose de caza, se le aparece, bajado del cielo, un pastorcillo y le enrostra su crueldad en el gobierno y contra la reina Blanca, prediciéndole el destronamiento y la muerte; el rey, en respuesta a la advertencia,

“Mandó matar a la reina
ese dia a un caballero, pareciendole acababa
con su muerte el mal agüero”.

(106) Primavera, N.º 68.

(107) Id., N.º 68.

(108) Id., N.º 66 y 66 a.

Bien merecía, a fe, este real asesino de la leyenda, que el Infierno impulsase contra él, de lo alto de los Pirineos:

“Les Routiers dévalant par bandes forcénées,
et le Bâtard, la haine au coeur et dague au poing” (109).

Por último, la versión de otros dos romances (110), también variante uno del otro, inspirada, sea en el retardo con que don Fadrique y la infanta que había ido a traer llegaron a Castilla, a causa de diferencias nacidas acerca de la dote (111), retardo que pudo haber dado pábulo a la malicia siempre despierta del vulgo vil, — sea en la hostilidad que contra todo lo de Francia palpité siempre en el alma de la gran mayoría de los españoles, — sea en el deseo de los partidarios de don Pedro de justificar hasta sus más negros crímenes; esta versión, decíamos, encierra la “infame y grosera” (112) suposición de amores habidos entre la desventurada reina y el maestro don Fadrique, que, denunciados por doña María, provocan la funesta resolución del rey.

En cuanto a la invencible antipatía que en razón de su amor por la de Padilla, sintió el rey hacia doña Blanca desde su casamiento, merece recordarse, por lo curiosa, la fábula que la explica en un romance tardío, y que consigna, entre otros, Mosén Diego de Valera en su *Compendio Historial* (113):

“Dile una cinta a don Pedro de mil diamantes sembrada
pensando enlazar con ella lo que amor bastardo enlaza.
Húbola doña María, que cuanto pretende alcanza;
entrególa a un hechicero de la hebrea sangre ingrata.
Hizo parecer culebras las que eran prendas del alma;
y en este punto acabaron la fortuna y mi esperanza” (114).

Para no quedar con el sabor de estos horrores, no holgará recordar que la tradición popular se ensañó con don Pedro, que si Cruel, no dejó de ser también Justiciero. “La ejecución del

(109) Leconte de Lisle: *Poèmes Tragiques*, pág. 170.

(110) Primavera, N.º 67 y 67 a.

(111) Rivas Cherif: *Romances del Duque de Rivas* (“La Lectura”, I, 165. — Cfr. M. y Pelayo: *Tratado de los R. V.*, II, 139.

(112) M. y Pelayo: *Tratado de los Romances Viejos*, II, 136.

(113) *Id. íd., íd.*, II, 149.

(114) A. Durán: *Romancero General*, N.º 967.

maestre, dado el carácter de don Pedro y la moralidad política de su tiempo, está bastante explicada con los secretos tratos que aquel bastardo llevaba con los reyes de Aragón y Portugal y con el recuerdo de sus anteriores traiciones" (115). El asesinato de doña Blanca no sólo es cosa poco averiguada, sino que severos e imparciales juicios, como el de M. Mérimée, se resisten a creerlo, y atribuyen la muerte de la reina o a la peste negra que entonces devastaba a Andalucía, o a las consecuencias de un cautiverio de diez años. En cuanto a la hermosa doña María de Padilla, la leyenda no es más que una atroz calumnia, pues lejos de ser perversa musa de las crueldades de don Pedro, siempre trató de poner entre ellas y sus víctimas el tierno escudo de su corazón, "ca ella era dueña muy buena, e de buen seso, e non se pagaba de las cosas que el rey facia, e pesábale mucho de la muerte que era ordenada de dar al maestre" (116).

Aunque sólo aparece en un romance tardío de autor conocido, es justo inclinarse de paso ante la doliente figura de doña María de Aragón, olvidada con deshonesto desvío por su esposo don Alfonso V, el conquistador de Nápoles, que ostentaba impúdicamente en su nueva corte una ridícula pasión casi senil por la fría y ambiciosa Lucrecia de Alagno (117). Dicho romance, contenido en el cancionero de Stúñiga, es del poeta Carvajal, uno de los mejores de la brillante corte literaria de Nápoles, y su sabor popular, así como algunas reminiscencias de poesía tradicional, le han dado cabida en la Primavera. Carvajal, el más complaciente de todos los poetas de Alfonso V que envolvían en pesadas nubes de incienso a la amante del rey, "se creía obligado, con previsión laudable, a componer versos encomiásticos y consolatorios a la desdeñada y moralmente divorciada reina María" (118), y su romance contiene las que-

(115) M. y Pelayo: *Trat. de los R. V.*, II, 139.

(116) *Crónica de López de Ayala*, apud. M. y Pelayo, *Trat. de los Romances Viejos*, II, 122.

(117) Véase B. Croce: *Storia e Leggenda Napoletane*. — *Nuova Curiosità Storiche*. — *La Spagna nella vita italiana*.

(118) M. y Pelayo: *Tratado de los Romances Viejos*, II, 280.

jas, a ratos bastante adocenadas, de la reina “en el templo de Diana do sacrificio fazia”:

“Vestida estaba de blanco, un parche de oro ceñía,
collar de jarras al cuello con un grifo que pendía”.

De las prosaicas quejas de la pobre reina, apenas pueden destacarse algunos versos en que repite los lamentos que pronunció cuando el rey se iba a su nuevo reino:

—“¡Oh maldita seas Italia, causa de la pena mia!

¿Qué te fise, reina Juana, que rubaste mi alegría,
y tomasteme por fijo un marido que tenía?

Faciste perder el fruto que de mi flor atendía” (119).

Se recordará que la mentada doña Juana, reina de Nápoles, había adoptado por heredero a Alfonso para librarse de los pretendientes de la casa de Anjou; y repárese también en que el previsor confidente de la reina abandonada se cuida muy bien de cualquier alusión a la favorita napolitana, que, con el consentimiento de Alfonso, llegó hasta pedir al Papa la anulación de su matrimonio para poder ceñirse la corona: el pontífice, a quien unían vínculos de gratitud con doña María, tuvo la lealtad de contestar a las instancias de Lucrecia que “no tenía el propósito de ir con ellos dos al Infierno” (120).

Superior al de Carvajal es uno de los últimos romances populares que con dos variantes contiene la Primavera (121), donde la “triste reina de Nápoles” llora sus desventuras:

“Emperatrices y reinas, cuantas en el mundo había,
los que buscaís la tristeza y huis del alegría,
la triste reina de Napoles busca vuestra compañía.

.
Vinome lloro tras lloro, sin haber consuelo un día:
yo lloré al rey mi marido, que de este mundo partía;
yo lloré al rey Alfonso, porque su reino perdía;
lloré al rey don Fernando, las cosas que mas quería;

(119) Primavera, N.º 100.

(120) B. Croce: *Storie e Leggende Nap.*, pág. 105.

(121) Primavera, N.º 102 b.

yo lloré una su hermana que era reina de Hungría;
lloré al príncipe don Juan, que era la flor de Castilla;
lloré al príncipe mi hijo, porque fraile se metía.

Evidentemente afea la belleza de algunos versos, sobre todos los primeros, la machacona enumeración de estos duelos que podrían ser conmovedores si no los enfriase un tosco procedimiento retórico. Eso sucede también en parte, porque en la protagonista se confunden Juana III y Juana IV, madre e hija destronadas, hermana la primera del Rey Católico, que después de la reconquista de Nápoles por éste, olvidaron sus tristezas en medio de la vida regocijada de una corte de príncipes destronados que se estableció en Castel Capuano y que dió mucha ocupación a la maledicencia.

Y llegamos ahora al pequeño grupo de romances que se refieren a la última de las grandes figuras contenidas en la serie de los romances históricos, a doña Isabel de Liar, la tierna heroína de ese drama de un amor tan hondo que, como el de Pablo y Francisca, perdura más allá del sombrío vado de la muerte.

Además del primero de la serie (N.º 103 de la Primavera.) que erróneamente refirieron los colectores a este episodio (122), tres son los romances que tratan de la muerte de doña Isabel, y a ellos hay que agregar una variante que todavía se canta en Cataluña, reproducida en el Suplemento a la Primavera (página 277). En ausencia de su amante el rey de Portugal don Juan Manuel, doña Isabel ve venir a su castillo un grupo de caballeros entre los cuales reconoce a don Rodrigo de Chavela, primo de la reina y mortal enemigo suyo. Don Rodrigo le anuncia que la reina la manda matar:

“porque ella es muy mal casada, y esta culpa en vos está,
porque el rey tiene en vos hijos y en ella nunca los ha,
siendo, como sois, su amiga, y ella mujer natural” (123);
de nada valen las protestas de inocencia en que recuerda Isabel:

(122) Véase M. y Pelayo: Tratado de los Rom. Viejos, II, 290.

(123) Primavera, N.º 104.

“que el rey me pidió mi amor, y yo no se le quise dar, temiendo más a mi honra que no sus reinos mandar”, ni sus ruegos porque se la destierre a cambio de la vida: el odio de la reina es implacable si no con la sangre:

“cabe vos está el verdugo que os habia de degollar, y aun aqueste pajecico la cabeza ha de llevar”.

La infeliz comprueba entonces su horrible desamparo, para cuyo dolor es muy liviano consuelo la seguridad de una pronta venganza:

“Bien parece que soy sola, no tengo quien me guardar, ni tengo padre ni madre, pues no me dejan hablar; y el rey no esta en esta tierra, que era ido allende el mar; mas desde que él sea venido, la mi muerte vengara”,

y después de despedirse lamentablemente de sus hijos que confía a un resto de caballerosidad en sus verdugos, pues

“que al fin son hijos del rey, aunque son de baja madre”, entrega el cuello a los emisarios de la reina que sin dilación la degüellan:

“así murió esta señora, sin merecer ningún mal”.

Pero la venganza anunciada no se hace esperar: el rey que estaba en Africa, después de vencer a los moros, vuélvese a Portugal, y apenas desembarcado corre a ver a su Isabel, y no bien llegado a la fortaleza huérfana de guardias, le asaltan sombríos presentimientos muy pronto confirmados:

“Dijéronle que la reina la ha mandado degollar por celos que della habia, por vella con él holgar” (124),

y sin esperar más que el nombre de los asesinos,

“fuese donde está la reina, triste y con gran pesar, y dende a muy pocos días la reina ha caido mal”.

Muerta y enterrada la reina, hace prender a don Rodrigo, llévalo a la sepultura de Isabel, hace desenterrar el amado cuerpo, y la implacable venganza se cumple en esta lúgubre escena digna de haber inspirado al cantor del conde Ugolino:

“Encima de un rico estrado, allí la mandó sentar,
púsole daga en la mano y a don Rodrigo delante.

El rey le tiene la mano, de puñaladas le da.

—Aquí os vengareis, señora, de quien os hizo este mal.

Luego se casó con ella así muerta como está,
porque pudiesen sus hijos a sus reinos heredar”.

Esta ruda tragedia de doña Isabel de Liar, como se sabe, no es más que el eco popular del histórico drama de la malograda Inés de Castro, tan bellamente reproducido, para no citar más que los dos ejemplos más conocidos, en el drama “Reinar después de morir” de Luis Vélez de Guevara, y en el poema del gran Camoens. Sin que se sepa cuándo ni con qué objeto, todos los nombres han sido cambiados: doña Isabel es doña Inés, el rey, es el príncipe don Pedro, más tarde el Rey Justiciero, y la celosa reina ha sustituido al padre del príncipe, el rey don Alfonso IV; pero el triste episodio es en sustancia el mismo. Doña Inés, hermosísima dama española de la esposa del príncipe, cautiva a don Pedro a tal punto que el rey determina de cortar brutalmente este lazo, aunque su cruel propósito necesita de la exhortación de sus consejeros para sobreponerse a la compasión que despierta la tierna elocuencia de la víctima:

“Lembre-vos o grande amor,
que me vosso filho tem,
e que sentiras gran dôr
morrer-lhe tal servidor,
por lhe querer grande bem” (125);

pero, como en los romances, son inútiles las súplicas que pronuncia la infortunada víctima

“para o ceo crystallino alevantando
com lagrimas os olhos piedosos;
os olhos, porque as mãos lhe estava atando
hum dos duros ministros rigorosos” (126):

(125) “Trovas que Garcia de Resende fez a morte de Doa Ynes de Castro.

(126) “Os Lusíadas” III, 125.

y para castigar a la infeliz, culpable sólo de “ter sujeito o coração a quem soube vencel-la” (127), tan crueles como el matador de Polixena

“Taes contra Ignez os brutos matadores,
no collo de alabastro, que sostinha
as obras con que amor maton de amores
aquelle que despois a fez Rainha,
as espadas banhando, e as brancas flores,
que ella dos olhos seus regadas tinha,
se encarniçavam, fervidos e irosos,
no futuro castigo não cuidadosos” (128).

A orillas del Mondego, en la “Fuente dos Amores”, una piedra donde está grabada la estrofa final del episodio de *Los Lusíadas*, señala el lugar de la ejecución de doña Inés (129), y en la iglesia del convento de Alcobaça perduran las estatuas sepulcrales de los fieles amantes, acostadas una en frente de la otra, pie con pie, para que, según la poética leyenda, al levantarse el día de la resurrección, lo primero que encuentren los ojos de don Pedro, sea el rostro de doña Inés.

*

* *

Estamos ya al cabo de esta rápida reseña de las mujeres históricas del Romancero, vista en la más temprana forma de su aparición en los romances viejos, más genuínos que las modificaciones introducidas a veces en sus caracteres por los romances eruditos y artísticos, que, si superiores muchos en aliño literario, pocas veces son tan vigorosos; pues, como dice el galano traductor italiano de un gran número de romances, “la sencilla, continua, ingenua, y aun diré, juvenil belleza de los primeros, absorbe muy pronto al lector, contento de esa inocen-

(127) *Id.*, *id.*, 127.

(128) *Id.*, *id.*, 132.

(129) B. Croce: *Curiosità Storiche*, pág. 98.

cia, por manera que le disgustan después las pretensiones retóricas, los floridos conceptos, con que a veces están pintorreados los segundos¹ (130).

Con todo, aunque no sea nuestro propósito apreciar aquí el valor artístico del romancero, no holgará recordar que cuando se admira su contenido, conviene puntualizar la causa de esta admiración para prevenir falsas interpretaciones. Sin pretender rebajar el valor de los romances, se puede afirmar que la admiración incondicional que muchas veces despertaron, fué grandemente alentada por ese fenómeno de emancipación contra el artificio que es uno de los caracteres del romanticismo, el cual, por natural reacción, llevó la exaltación de lo espontáneo y popular.

Pero no se puede confundir el arte de un verdadero artista con el de un versificador adocenado: para uno es instrumento de belleza y cauce de su talento, para el otro, es receta de poemas y remedio a su esterilidad. En la poesía popular anónima el arte es tan rudimentario que en su forma de instrumento de belleza puede decirse que no existe, como no existe en la naturaleza de la cual es aquella una voz espontánea que sólo adquiere valor literario cuando sucesivas generaciones de artistas solidarios entre sí han venido acrecentando su valor expresivo. Esta solidaridad de los artistas a través de las edades, es el secreto de la grandeza del arte griego en todas sus fases, pero en las naciones neo-latinas, en razón de su heterogénea formación, no podía ejercitarse tan acabadamente como en aquella civilización casi autóctona. Aun así, si posteriores influencias torcieron esta evolución, ella no dejó de iniciarse como se ve en la clase de romances semi-eruditos, algunos de los cuales son más perfectos, y sobre todo, en la clase de romances caballerescos, donde intervinieron juglares dotados de mayores preocupaciones artísticas. Todos estos romances viejos, pues, si se los admira, ha de ser como brisas pero rudas manifestaciones de un pujante espíritu nacional, paralelas quizá a los cantos populares que precedieron a la Iliada, aunque las circuns-

(130) G. Berchet: Opere, I, 109.

tancias y la índole del pueblo, no permitieron la aparición de un Homero.

El Renacimiento cambió del todo la orientación artística y los romances fueron mirados con el desprecio que hallamos expresado por el marqués de Santillana, pero continuaron viviendo, y si el momento de su perfeccionamiento épico había pasado, otro aspecto de su evolución los llevó al teatro para cimentar más tarde la gloria de Lope, el cual "hizo lo mismo que los trágicos griegos, que se inspiraban en las tradiciones homéricas, imprimiendo, por su intuición profunda de la vida, movimiento y pasión en el semblante inmóvil de la grandeza épica" (131).

Enrique François.

(131) T. Braga, apud. M. y Pelayo: *Trat. de los Rom. Viejos*, II, 396.

El Paraguay y la política brasilero - rioplatense

La carta que a continuación se inserta, dirigida al escritor paraguayo Juan O'Leary, y fechada en Buenos Aires a 15 de junio último, ha sido fragmentariamente publicada en *La Patria* de Asunción: 2. VII. 23. "Su notable carta — escribe O'Leary a Quedada: 4. VII. 23 — es la de un alto espíritu y noble corazón. Considerando que sería un gran egoísmo de mi parte no hacer llegar a mis compatriotas palabras tan saludables — y tan necesarias — de concordia, la he publicado en *Patria*... Puedo asegurarle que la lectura de su carta ha causado sensación. Y que ha de ser de benéficos resultados en estos momentos, en que todos trabajamos por la paz". VERBUM la reproduce para que llegue a conocimiento de la juventud académica, pues la circulación del diario asunceno entre nosotros representa, casi, una curiosidad bibliográfica.

Mi muy estimado amigo:

Recibo — y le agradezco — su fino envío: el número de *Patria* y el opúsculo *Pro Patria* (Montevideo, 1922), en el cual se reproducen los discursos pronunciados en Asunción al entregarle a usted el álbum de desagravio, a raíz del reto a duelo con motivo de opiniones vertidas por usted relativas a la guerra de la triple alianza.

Conocidas son mis opiniones sobre esos sucesos históricos. Las expuse en 1902 en mi libro *Historia diplomática nacional: la política argentino-paraguaya* (1 volumen de 302 páginas). No necesito, pues, volver sobre ellas. Pero, como todo investigador sincero, sigo atento el movimiento de los estudios históricos, dentro y fuera de mi país: respecto del suyo, leo

siempre con interés lo que publican quienes como usted opinan y quienes, por el contrario, piensan en forma diametralmente opuesta. Si, en cualquier momento, llegaran a descubrirse elementos desconocidos de juicio que obligaran a modificar las conclusiones a que mi recordado estudio me condujo, lealmente así lo reconocería y no tendría reparo en confesarlo. Pues bien, hasta ahora, no he encontrado razón para modificar la opinión entonces emitida.

La correspondencia de Alberdi, procedente del archivo Benítez, y que ha dado motivo a la reciente conferencia de Dellepiane en la Junta de historia y numismática, ha sido adquirida por el Museo histórico nacional en las condiciones referidas por aquél, su actual director. Por cierto, personalmente no la conocía. Pero sí conocía la de Benítez a Alberdi, la cual tuve oportunidad de compulsar en los mismos cajones en que vinieron los libros y papeles de este último, y que fueron vendidos judicialmente por su testamentaria en pública subasta: compré entonces todo lo que pude, hasta la propia mesa escritorio del ilustre argentino — en la cual le estoy escribiendo a usted estas líneas — pero aquellos papeles, desgraciadamente y por no haber podido reprimir mi gran interés por ellos, fueron retirados de la venta por el apoderado del heredero, alegando que eran cartas privadas... No sé dónde se encuentran ahora, mas conservo imborrable el recuerdo de su contenido, que en nada justificaba la imputación de traidor, hecha durante la guerra a dicho compatriota. Sobre esto, sabe usted que he expuesto mi modo de ver en 1919 en mi opúsculo: *La figura histórica de Alberdi*, de modo que no es menester volver aquí nuevamente a puntualizarla. Veo que Dellepiane — si bien por mi salud insegura no puedo asistir a las reuniones de la Junta con la frecuencia que deseara, por lo cual sólo conozco de aquella conferencia lo que los diarios del día siguiente fragmentariamente publicaron — llega a parecida conclusión, aun cuando califica a Alberdi de “derrotista”, cual algunos franceses lo hicieron con Jaurés, al estallar el conflicto de la guerra mundial... y al asesinarlo! Hoy lamentan allá no pocos

aquella fatal ofuscación de entonces: pero la víctima desgraciadamente no puede resucitar.

El largo medio siglo transcurrido después de la terminación de la guerra demuestra que, del punto de vista sociológico, la opinión expuesta en mi libro de 1902 resulta confirmada. Fué aquél un grave error histórico argentino, más bien dicho: rioplatense, ya que los uruguayos también participaron de él. El único país que fué lógico en su actitud entonces, consecuente con la observada anteriormente y con la secular tradición colonial de la rivalidad hispanolusitana, fué el Brasil, pues el antagonismo de siglos entre la corriente portuguesa y la española en la América del sud, desde el descubrimiento hasta nuestros días, es un hecho indiscutible. El Brasil linda con todas las repúblicas hispanoamericanas, menos Chile, y ha tendido siempre — logrando realizarlo, sin excepción alguna — a ensanchar sus fronteras a costa de sus vecinos, en lo cual nada absolutamente debe reprochársele pues usa de su perfectísimo derecho al obrar así y toca a los otros el saber defender mejor sus intereses; por eso, desde la época colonial ambicionó la margen oriental del Río de la Plata: de ahí la lucha sempiterna de mamelucos paulistas y guaraníes jesuíticos en las Misiones orientales. Por ello siempre tuvo dificultades diplomáticas con el Paraguay, en la época independiente, pues la organización militar de su país de usted constituía para él una verdadera amenaza en su frontera. Sobre ello, los 3 volúmenes de la obra de mi padre: *Historia diplomática latinoamericana* (Buenos Aires, 1918-20) traen amplia y documentada probanza, que me exime de insistir a este respecto aquí. Pero eso no me lleva a criticar la política tradicional brasilera, la cual, de su punto de vista nacional, considero objetivamente admirable, pues tiende al mayor predominio del país vecino en el porvenir continental: si a las otras naciones del conti-

nente eso no es conveniente o simpático, deber de ellas es el de practicar cada una análoga política para sí, con lo que se llegaría automáticamente al recíproco equilibrio de tendencias opuestas. Los brasileros, pues, al llevar la guerra al Paraguay eran lógicos con la tradición secular y sus tendencias nacionales, como fueron sumamente hábiles al organizar la triple alianza y hacer compartir con otros países la responsabilidad de su actitud. Siempre la cancillería brasilera se ha mostrado más hábil que la de todos y cada uno de sus vecinos: tanto que, a pesar de haber sido los verdaderos interesados en el aniquilamiento del Paraguay, lograron después ser los inspiradores mefistofélicos de la política paraguaya de la postguerra y desplazar por completo toda influencia argentina, cubriéndola todavía ligeramente de ridículo, hasta el punto curioso de que ha existido en su país de usted una visible corriente antiargentina y probrasilera, que sonreía irónicamente ante nuestra incurable ingenuidad. Berges se había dado clara cuenta del futuro choque inevitable de las antagónicas tendencias brasileroparaguayas desde mucho antes de la guerra: López estaba de ello convencido y había preparado militarmente al país para ese inevitable choque. Los hados fueron adversos a esos videntes paraguayos.

La guerra de la triple alianza coronó triunfal y cumplidamente el secular antagonismo hispanolusitano en esa sección de América, sucumbiendo el Paraguay en una forma tal que, malgrado el medio siglo transcurrido, la posterior resurrección todavía resulta precaria y usted, con su voz tonitruante e inspirada de profeta y predicador de la unión patriótica, es todavía *vox clamantis in deserto*, pues su eco se pierde en el aire y no se traduce en realidad alguna. Sigue su país en el sino fatal del desgarramiento interno, de las revoluciones constantes, del destrozarse unos a los otros, como si pesara sobre sus compatriotas una nueva y estupenda maldición de los Atridas. La salud sólo puede venir de la unión, pero nadie quiere oír esa "mala palabra"; parecen todos dantescamente engeguedidos y como condenados a cavar la fosa común con las

propias manos. Es horrible, horrible! En vano, en su magnífico discurso en la ceremonia a que antes aludí, exclama usted: “que en adelante sea nuestra historia la fuente luminosa en que vayamos todos a beber sentimientos de concordia y de reconciliación; que el recuerdo de lo que fuimos nos impulse a ir unidos a conquistar un porvenir mejor; que por sobre todas las divisas flamee siempre la bandera nacional, como enseña única de los paraguayos”. Ay, amigo mío: su voz no ha sido oída, nadie quiere oirla, y continúa su país desangrándose, arruinándose, como si la cólera de los dioses pesara sobre sus destinos! Es usted un nuevo Jeremías, lamentándose sobre el cautiverio babilónico; pero así como aquel no fuera entonces oído, tampoco quieren oír a usted sus compatriotas. Ah, le aseguro que ningún observador, al asistir desde lejos a ese inexplicable suicidio de todo un pueblo, acierta a explicarse satisfactoriamente la ofuscación de todos...

Veo, en su discurso, que usted mismo, malgrado su espíritu levantado y clarovidente, posiblemente sufre en parte la perturbación de la atmósfera local, cuando dice que “en la tierra de Alberdi proclaman hoy la necesidad de la guerra al Brasil” lo cual no pasa por la mente del más mentecato de mis compatriotas, pues aquí no se piensa actualmente sino en el *quærit opes* horaciano, en la carrera vertiginosa tras el bíblico becerro, en la riqueza material, y nadie pretende siquiera soñar en política exterior ni aun tiene el menor eco el ruido exagerado de sables que parece complacer algo infantilmente a nuestros vecinos, antes y después de los debates armamentistas de la conferencia santiaguina. Si algún reproche puede usted formular a la mentalidad argentina del momento, es que deliberadamente se rehuse a siquiera encarar la hipótesis de una eventual política internacional que no sea archipacifista, pues lo único que en puridad de verdad quiere es que no se perturbe el desarrollo material del país, en lo cual todos están interesados y que es lo único que a todos preocupa. No sé si esto es lo más digno de un pueblo: es evidentemente el reflejo de la orientación yanqui, anterior a la guerra; pero es un he-

cho, y esto debe a sangre fría comprobarse. La voz misma de Casandra pareceme que, si resonara ahora entre nosotros, tendría tan poco eco como el que ha encontrado su grito estentóreo de concordia en los bosques y esteros paraguayos.

No deje usted, pues, perturbar la claridad de su espíritu con falsos mirajes. Y, en el terreno puramente histórico, no vuelva usted a incurrir en esa blasfemia que ha estampado en su discurso, de que algún caudillo “se alza por encima de San Martín...” Amigo mío: por encima de San Martín no se alza figura alguna en la historia de América; fué el libertador de tres repúblicas, y prefirió deliberadamente el ostracismo a fin de cimentar su obra, pues jamás quiso mezclarse en las contiendas civiles, de modo que a nadie oprimió ni hizo sombra a nadie y, por ello, su figura histórica tiene una aureola esplendorosa de que carece la de Bolívar, desde que éste se vió obligado a empañar su papel de libertador con el de opresor de las libertades de los pueblos que regía despótica y autocráticamente, desesperándolos con su cesarismo absolutista, como lo demuestran una a una las páginas de la historia colombiana y venezolana. Admiro la soberbia grandeza de Bolívar, pero así como no se puede negar que el sol mismo tiene sus manchas, no cabe desconocer que el ejercicio del gobierno, tal cual aquél lo verificó, constituye la sombra que hace destacar la luz de su acción de libertador. En el caso de San Martín, precisamente por no haber querido ejercer realmente las funciones del gobierno, faltan esas sombras del cuadro y las luces de su figura de libertador sólo tienen, como fondo sobre el cual resaltar, el claroscuro de los errores o aciertos de su figura militar. No hay, pues, que empañar esa gloria ni empequeñecerla, poniéndola al nivel de los caudillos locales: nadie, más que yo, habrá apreciado con mayor ecuanimidad — cual lo hice en mi libro de 1898, sobre *La época de Rosas*, y lo he vuel-

to a proclamar en el de 1916: *La guerra civil de 1841* — la acción sociológica de los caudillos en nuestro desenvolvimiento histórico, pero se trata en estos casos de una acción puramente local o nacional, jamás continental, y que, en forma alguna, puede servir de término de comparación con la del libertador San Martín. Esa frase ingrata de su discurso, preferiero considerarla como un simple *lapsus*.

Prosiga usted, amigo mío, en su labor patriótica de estudiar la historia y de predicar la unión. El porvenir pertenece a los apóstoles de la concordia y no a los predicadores de la discordia. Más todavía: nosotros, los que otrora constituíamos el soberbio virreynato del Río de la Plata, hemos heredado los frutos de la discordia de nuestros abuelos, pues ellos no supieron conservar lo que la madre patria les legó y desmenuzaron el magnífico acervo familiar, desgranándolo en 4 repúblicas que hubieran debido constituir una sola. Ya el error no tiene remedio, en lo político; pero, en lo económico, insisto en que los países — como el suyo y el mío — que antes formaron parte de la destrozada unidad política, deberían hoy reconstruir su unidad económica en forma de unión aduanera, para fomentar su progreso y derribar las barreras fiscales prohibitivas que ahora los separan. Tengo fe en que el porvenir nos ha de llevar a una grandiosa unión semejante, que permita, dentro de las comunes fronteras exteriores, practicar entre nosotros el librecambio de nuestra producción, auxiliándonos recíprocamente, pues lo que el Paraguay exporta no compite con la exportación argentina, ni uruguaya ni boliviana, como lo que sale de esos países tampoco perjudica a lo que del nuestro sale. Hemos sido hermanos en el pasado colonial y no veo porqué no hemos de volver a serlo en el período independiente, una vez que hayamos terminado con las locuras de la adolescencia: y tiempo es de que esto suceda. La unión es la di-

visa salvadora, en lo nacional y en lo internacional: dentro de la unión caben todas las orientaciones doctrinarias en cuanto al desenvolvimiento político y social de cada país, pero la vida humana es demasiado corta para malgastarla en luchas fratricidas, innecesarias y estériles. “Necesitamos — dice usted — combatir el egoísmo y extender la solidaridad; tenemos urgente necesidad de poner la bandera por encima de las divisas, y el patriotismo más alto que los odios de los partidos... He aquí la tendencia invariable de mi apostolado: salvar a la patria, unificando la conciencia nacional, vigorizar el alma popular, establecer un punto de contacto de todos los paraguayos, sumar las fuerzas dispersas de la raza en un plano superior, para hacer frente a las exigencias del futuro y vencer todas las dificultades del presente...” Aplaudo con ambas manos esa profesión de fe, henchida de robusto y salvador optimismo. En alto los corazones: estudiar, trabajar, y producir, por la patria y para la patria!

Vaya hasta usted un fuerte y cordialísimo abrazo de quien admira ese programa y se complace en decirse — y repetirse — su muy afmo. amigo.

Ernesto QUESADA.

Sobre el concepto del nacionalismo en el arte

LA TRADICION COMO FUENTE DE PERSONALIDAD ARTISTICA

Ya que el concepto de lo Americano semeja ir cuajando en el sentir estético de nuestro país; se nos antoja de toda oportunidad, el traer en tema, un comentario — sobre el sentido universal de la belleza al que sólo alcanzaron las grandes páginas del arte — merced al verbo peculiar de los pueblos que, en una hora señalada de la eterna rotación histórica, dieron a luz la forma cabal de su propia personalidad.

Queremos decir: que si ya va en vías de comprobación, el hecho de que existen innegables valores artísticos en las formas y expresiones tanto plásticas como literarias o musicales de esta parte de América; es ahora menester el puntualizar cuán importante es para nosotros la feliz herencia del hidalgo y arcaico patrimonio; tanto más que, la tesis del nacionalismo en el arte enciende, hoy por hoy, entre nosotros, las más enredadas controversias, poniendo en tela de juicio aquello, de que, si los elementos tradicionales, encargados de traer hasta los días presentes los rasgos fisionómicos de nuestra formación física y moral o el legendario misterio de las fuerzas espirituales que nos dieron vida, deben de ser considerados como los sillares básicos de nuestras creaciones estéticas, o si, por el contrario, ellos han de ser más bien valores corrosivos que avasallen el vuelo imaginativo o lastimen el palpitar emocional de nuestro ser sensible, ante las impresiones directas que recogemos de la naturaleza.

De este recelo se desprende que, a la altura en que se hallan nuestras investigaciones, que ya han comprobado en forma innegable, la presencia de un arte "Hispano Americano"

cuya curiosa y larga formación nos ha precedido, cabe el emprender ahora, el análisis de la segunda faz — que es, a fin de cuentas, la primera; pues de lo contrario, fuera ocioso el insistir con aquellas indagaciones dejando la tradición en su agraz y sin madurar el zumo de las nuevas vendimias.

Abordaremos, pues, el tema, y pese a la forma sintética que cuadra a un artículo de esta índole, hemos de procurar el clarificar nuestras observaciones, dentro de dos corolarios que a manera de plan, tratarán de correlacionar el sentido de nuestros argumentos:

1.º Todos los grandes florecimientos llevaron siempre, en sí, los signos inequívocos del carácter de un pueblo, y sus formas nacieron siempre al arrimo, tierno y seductor, de los gérmenes locales que fueron sazizando — de poco en poco — bajo la lógica influencia de las migraciones que más condecían con lo hondo y natural de su espíritu, adquiriendo por y entre ellas, el alcance universal, que les era menester para ser consagradas como cánones del númen humano.

Sólo los países poseedores de un carácter esencialmente propio, alcanzaron a imponer al mundo sus modalidades artísticas y, por sobre las ajenas influencias, enaltecieron los rasgos tutelares de sus cualidades primarias.

La belleza nativa, exultada por los sentimientos comunes a todos los demás hombres, es quizás la única, que pueda plasmarse en contornos de formas definidas.

Corolario 2.º — El mundo estético de América semeja poseer, por razones étnicas e históricas, aquellos fermentos fundamentales, que fueron en las civilizaciones que aludiamos — poco antes — en el enunciado primero; los alimentos nutritivos de los conceptos orgánicos y de los espirituales ensueños, sobre cuya fornida estructura o sutil urdimbre, entretejióse la trama misteriosa de las grandes revelaciones de las humanas obras, divinizadas a su vez, por la propia condición de aquellos hombres superiores que en el soledoso secreto de su fuero interno, oyeron el ritmo cósmico de la unidad indivisible y tutelar.

Nuestros orígenes fueron nobles y ricos por dos veces; y por dos razas vinculados al ensortijado hilo plateado de los años muertos; herencia ciclópea con rudeza de granito y hechizadas saetas por una parte; conquista mística, aventurera y gloriosa por la otra; que traía de las verdes aguas mediterráneas de Europa la piedra filosofal de todas las ambiciones y de todos los idealismos, remozados en la enérgica juventud del alma y del espíritu.

Ese doble filtro embeleña los días pasados de América y enciende el fuego religioso de la fragua que forja un nuevo destino — recio y esquivo como el acero de las hornallas toledanas.

Mas volvamos al orden establecido desarrollando el primero de nuestros enunciados.

De entre los muchos argumentos de que pudiera echarse mano, escogeremos el más pintoresco, puesto que de arte se trata y no sabihonda metafísica.

Andando de viaje, nada hay de más obsedante, en materia emotiva, que ciertas ciudades que se nos aparecen como signos evocadores o descriptivos de sociedades desvanecidas: Venecia, Siena o Pisa en Italia; Toledo, Avila, o Granada en España; algunas ciudades africanas; el viejo Rouen o Saint-Malo en Francia, y por fin yendo hacia el Norte: Brujas en Flandes y Berna en Suiza, por no citar más que estas dos; consiguen despertar ante nuestros ojos la imagen persuasiva de la tesis que tratamos de esbozar.

Hablaremos brevemente de algunas de ellas:

¿Quién al pisar Venecia no recibe el ópalo ducal de aquella ciudad nimbada de embrujo y de poesía, la expresión de un pueblo a través de toda una época? Acaso San Marcos o el palacio de los Dux, no nos describen minuciosamente el escenario del proceso Bizantino que por los gélidos campos de Grecia viene a despertar a aquel mundo goticista de Italia, que con tantas ansias aguardaba la hora soñada del pagano Renacimiento.

Las tracerías de sus casonas, el simbolismo sensual de sus

pinturas, el perfume enmascarado y mujeril de su literatura nos lo revelan con plenitud de luces y de esmaltados colores; tan sedosos y rutilantes como sus damascos, como sus vidrios o como sus pacientísimos mosaicos.

Y si atravesamos al lado fronterero del gran lago Mediterráneo pasando por algunos poblados africanos. ¿Qué distinto? Fruto fué de la estética árabe el concepto consolador de las ciudades humanamente endiosadas por sus alcázares, por sus mezquitas, por sus cementerios que, a la moda musulmana abrigan — hoy todavía — tras sus blancas murallas cercadas por mirtos y cipreses, una paz refinada y apacible que hace pensar, que bajo aquellas estelas funerarias que el sol en el crepúsculo pinta de oro y bermellón, descansan — no muertos — sinó espíritus sonámbulos de la vida, en cuyos cuerpos diáfanos de idealidad se afincara el secreto inaccesible de lo bello en la transparente sucesión de los días.

Así, las ciudades árabes en el yermo; en la estepa infinita y ardorosa de Africa; tras la larga jornada a lomo de camello, surgen como en un cuento de asiática leyenda. Atrás, el desamparo, la áspera y desnuda desolación — y ante sí, — el deleite untuoso y cerebral del mundo quimérico creado por los hombres bajo los auspicios bíblicos del Corán, con sus religiosos alminares que desde lo alto de las agudas agujas dejan caer la voz del almoédano, llamando monótono a la oración, en la hora peregrina de la tarde cuando todo se esmalta con los fúlgidos reflejos de la divina agonía.

De ello trasciende la visión imaginativa que pusieron los alarifes árabes en sus ciudades, para atenuar el desamparo de la naturaleza, con ellos seca y egoísta.

La llanura inexorable del desierto espaldada por el Athos huraño, privábalos de la infinita recompensa que procura la curva grácil de la montaña, o bien, el fresco sonriente o el verde follaje de los boscajes fecundos; ansiosos, sedientos de plásticas algazaras, construían aquellas villas, aquellas estancias donde el hastío se trocara en rauda fantasía para hallar en ellas un halago certero y consolador.

Dice Claude Farrere, en una de sus últimas novelas, “que las ojivas árabes se le aparecen más humanas que las cristianas — más rebajadas que éstas, simulan, vistas de dentro, enfocar el paisaje ante el ojo del espectador en un marco que está más al alcance del objetivo humano”.

Dice bien el original novelista — y ello condice con la extremada fantasía de su arquitectura: loca, embriagadora y por veces ridícula ante nuestro positivismo de occidentales.

Haced un pequeño esfuerzo y concentrad vuestro pensamiento contemplando en la imaginación, al caer de la tarde y llegando desde la arena seca y rojiza del desierto, una ciudad mora o berberisca — y comprenderéis así fácilmente, la blanca y esmaltada belleza de Tunez o Argel que, como Babeles feéricas y sonrientes se nos alzarán de pronto para pregonarnos el mágico alcance de aquellas imaginaciones que ponían en sus obras los dones que el Supremo Hacedor, había escatimado en la hosca naturaleza que los circundaba.

No abogan por cierto, en idéntico sentido, aquellas albercas y acéquias que prodigaban el agua en las ciudades encantadas; contrastando su rumorosa y cristalina humedad con los vecinos y sedientos arenales.

Prodigioso contraste que hacía heroica la perezosa caravana o la marcha de las belicosas mesnadas, que bajo el reque-mor del fuego estival o el azul sonámbulo de los nocturnos silenciosos, veían de pronto, la aparición milagrosa de Damasco o de Ispahan. ¿Cabe, acaso, una mayor identificación con un medio de vida, con un ensueño y una forma que, heredada de padres a hijos, tradujo una de las expresiones más absolutas del sensualismo imaginativo del mundo? Claro está, y al propio tiempo, qué lección tan vecina a nuestro suelo. Y si por ambos derroteros llegamos después de azaroso camino, a Granada y luego a cualquier villa castellana, nos tocará el ver de como obró la particular enjundia de la cristiandad Ibérica.

Tan pronto mudejares como mozarabes determinan otras singulares maneras, que no son sinó, el trasunto de un naciente nacionalismo que orientado por el genio de una nueva

sociedad, terminará a la postre por engendrar nuevas cuitas y nuevos ideales comunes a los demás hombres, pero expresados con un verbo y un sentido original.

Cómo no registrar idéntico proceso ante la Francia goticista y escolástica, que va ella a su vez señalando su rumbo, en el vasto escenario del teatro de su arte; el más universal de todos quizás; sumándose la melancólica tristeza de los piratas y pescadores bretones a las malicias campesinas y trágicas de los Normandos, a la exuberante verba meridional para por fin fundirse en la refinada Atenas de Occidente que, aguarda paciente los moldes clasicistas de Bramante y de San Galo, para transformarlos, muy luego, en las elegancias de Versalles y Chantilly, con tritones y barbados neptunos que se muestran más atentos al atisbo de las literas cuajadas de preciosas lacas chinescas, que a los filosóficos pleitos de su olímpica parentela, ya olvidada en los últimos gestos dramáticos o demagógicos de Aristófanes o de Pericles.

Brujas y Berna han producido en mí dos sensaciones extrañas y precisas; involucran ellas, más que ninguna otra ciudad del Norte de Europa, de las que yo haya visitado (1), salvo Nüremberg, la ciudad mediæval del gran Durero y de los Maestros Cantores, la definición de una estética, sinó disonante, bien distinta e inclinada a opuestas preferencias.

Mucho se ha dicho de Brujas — la ciudad de las torres y de Rodenbach — y nada añadiré yo sobre la nubilosa y soñolienta villa, amante fiel de los poetas nostálgicos; donde los ladrillos anaranjados y los empinados piñones flamencos, vuelcan sus líneas y sus colores en las aguas verdinegras de los canales tachonados por el azulado parduzco y profundo de las pesadas balsas, donde las siluetas místicas de Memling y de los Van Eyk parecen vagar aún misteriosamente en todo ello. Pero creo, en cambio, que no se ha dicho lo suficiente de la singular capital Suiza, donde suena el tintineo de alegres e historiados relojes en las torcidas callejas de achaparradas ojivas, que de

(1) Rusia y Hungría, como los Balcanes, deben de ser consideradas en una clasificación "Europeo-Oriental" muy especial.

trecho en trecho interrúmpense para escuchar el acompasado y cristalino chorro de las fuentes de roída piedra, coronadas casi siempre por un Burgomaestre heroico o pintoresco, pero siempre hombre justo y honrado y a quien su pueblo debe reverencia y un olvido tierno y respetuoso.

Por lo general, los turistas admiran en Berna a unos osos muy célebres encerrados en un tétrico foso, donde los pobres animales hacen la triste figura que tanto los ha popularizado; pero raras veces he oído ensalzar a esta ciudad admirable, cuya belleza es harto penetrante, y es ejemplo, de cuanto Suiza tiene de propio y de sensible — es eminentemente nacional y es profundamente plástica y emocional.

Berna más que las sierras gigantescas y que los lagos irizados de poética hermosura, expresa, de por sí, el espíritu legendario de Guillermo Tell, — egoistamente ha concentrado la expresión nacional de su sentido federal, tan requerido y disputado por las antagónicas y vecinas fronteras.

Las horas caen de aquellos campaniles de techos plomizos y nevados, con la conciencia y la poesía — “semi-ruda y pastoril”, semi-super-civilizada, de esos montañeses que conviven ya de mucho tiempo, en el corazón de los pueblos más refinados de Occidente.

Bajo este punto de vista, otro tanto, pudiera decirse, de las demás artes, que si bien no llegaron a expresar su sentido visual con signos tan indelebles como la arquitectura — que halló su forma sintética y social en la ciudad — pueden no obstante señalarse personalidades tan claras y precisas como: Dante, Montaigne, Cervantes, o Shakespeare en las letras; Ticiano, Rembrant, Holbein, Velázquez o Fragonard en la pintura; cuyas citas, tampoco consiguen alterar nuestro concepto, en lo que él entraña de particular e inmanente. El universalismo fascinador de estas grandes figuras de la historia del arte, se dió a luz, dentro de la apretada madeja de sus propios atavismos nacionales, acuciados en la hora señalada por las grandes evoluciones humanas por aquellos acontecimientos llamados a dramatizar la vida de los más de los hombres; que como

el relente misterioso de la noche serena, esparcieron por el mundo, el hálito secreto de sus cuitas en el cálido vagar de los ensueños.

Llegamos a la parte segunda, o sea a lo que concierne a América.

El Cuzco, es una ciudad tan sugestiva como Venecia, Avila, Brujas o Nüremberg; y tampoco es la única, su valor no es esotérico ni excéntrico; hay muchas otras en el nuevo y vasto continente.

Las artes plásticas y literarias y hasta las musicales aunque hartamente arcaicas y elementales, ofrecen un interés substancial que puede despertar verdadera curiosidad allende nuestras fronteras; existen bases humanas perfectamente localizadas en forma primitiva pero muy propia.

Puede argumentarse, en cambio, que nuestra república liberal y cosmopolita, no obedece en manera integral a la cultura "hispano-americana", mas nosotros observamos que, contados años de cosmopolitismo extranjerista no pueden empero, destruir los gérmenes básicos de aquella civilización. Estas nuevas migraciones vienen lógicamente a superponer su influencia al sentido indestructible de lo Americano, que se incorporó al ritmo universal por la conquista, viviendo por espacio de tres siglos bajo la custodia de España.

Esto no vale decir, que ellas, no demarquen un nuevo período evolutivo y, cuya enjundia constructiva fuera necio negar, cuanto torpe el no aceptarla como una semilla fecunda y bienhechora; pero sí entendemos, que los varios caracteres del internacionalismo argentino han de envolver o cobijar — a manera de corteza — el tuétano de aquel fruto primordial encargado de comunicar, a todo ello, el sabor inconfundible de nuestra savia espiritual.

Más o menos próximas, más o menos lejanas, las culturas Hispano-Azteca o Hispano-Peruana poseen un alto significado para el actual desarrollo de nuestros valores de arte — sin perjuicio de que tampoco echemos en irreparable olvido — la enseñanza original de nuestras culturas regionales: calchaquíes, diaguitas o draconianas.

En Arquitectura el estilo llamado vulgarmente, y quizás con alguna impropiedad, "colonial", no debe de ser considerado como un síntoma absoluto; sus caracteres escogidos con discernimiento y despojados de inútiles impurezas, podrán delinear un síntoma de simpatía encargado de afianzar un común vínculo histórico y social. Abdicar ciegamente de un pasado venerable implicaría un suicidio artístico.

Y ahora, puesto que, no es nuestro propósito el extendernos con minuciosos comentarios, sobre lo que concierne a nuestras artes tradicionales por habernos ocupado de ellas en tan frecuentes ocasiones, trataremos de esbozar más bien, algunas conclusiones.

Por ejemplo, entendemos: que mientras no se defina nuestra personalidad nacional como forma artística, dentro de un carácter o fisonomía inconfundible, no alcanzaremos a rendir el vigor y la sana originalidad que requieren nuestras creaciones; de lo contrario, los granos de nuestra laboriosa faena intelectual, serán esparcidos por la ventisca pampeana como las impalpables harijas de un ruinoso molino.

Todo desplante individual que no refleje un sentido sintético o social valdrá, lo que una arriesgada quimera en el campo de las especulaciones positivas de la ciencia.

Ciertos países han alcanzado un indiscutible predicamento artístico merced a un acendrado sello nacional — y ningún pueblo mal dibujado en su conformación étnica y estética, ha conseguido impresionar a la humanidad en materia artística. La falta de nacionalismo, o voluntad personal, se traduce fatalmente en incoherencia y pálida vaguedad.

Un ambiente comunica a la lucha cotidiana de los seres y de sus pasiones, — que por desgracia son comunes a los demás hombres, — un relieve, un contorno definido, que los convierte en expresiones peculiares. Así, ciertas obras de arte, siempre las más grandes y conmovedoras, son el producto cabal y feliz de pinturas ya realistas o simbólicas, inspiradas (lo que vale en este caso decir sugeridas) por el panorama casero, pero, cuando ellas son profundas traducen siempre el caos, el

dolor o la poética ilusión del eterno conflicto del mundo; ciertos artistas y obras coetáneas pueden ser recordadas: Besnard, Henry Martin, Louisse de Charpentier traen a la memoria efígies francesas que traducen la desazón o la esperanza del universo entero.

Un hombre, un artista, tiene el derecho de sacrificarse en persiguiendo de soluciones abstractas, que pueden en muchos casos, atribuirse a refinamientos ultra-sensibles, pero quizás no tenga el derecho de imponer a la admiración colectiva el narcótico enfermizo de su fórmula ergotista, emanada de pulidos reflejos más o menos antojadizos.

El carácter, el contorno particular de una cosa, resulta ser la substancia distintiva que revela, al propio tiempo, el alma y la forma exterior; lo anímico y lo dinámico que hospeda en cada uno de nosotros por el atávico consorcio que ejerce ese inexorable aparcerero entre el pasado y el presente; entre nuestro yo interno y los entes afines que viven confinados en torno de nosotros por idénticas fronteras. Hasta los grandes problemas de técnica que tanto semejan preocupar, hoy día, a los oficinantes del arte, no son, a fin de cuentas, sinó meras apariencias, las que sólo cobran aspecto positivo, cuando dentro de una cierta unidad, singularizan la manera de expresarse de una época.

La pintura y la escultura, artes plásticas por excelencia, pueden, a pesar de lo que decíamos, contemplando el concepto del arte sin fronteras tan sostenido hoy día por el bolshevismo espiritual, tener una base de defensa; en efecto, la naturaleza, el modelo de cada instante, en cualquier país del mundo, puede sugerir una obra de arte a cualquier artista; y sin embargo, y muy a pesar de esta misma salvedad, un paisaje parisién pintado por un argentino o por un español es interesante si uno llega a discernir que aquél que lo pintara fué un argentino o un español. La Carmen de Merimée, las impresiones de España de Theophile Gautier, "La femme et le pantin" de Pierre Louis, son interesantes, a más de sus propias cualidades emocionales por que nos traducen dramas íntimos

españoles vistos y sentidos por artistas eminentemente franceses. Pero cuando llegamos al mundo de la literatura y particularmente al de la Arquitectura, la tradición, el nacionalismo, *cobran el aspecto de una segunda naturaleza.*

En efecto: Si el arquitecto se empeña en valerse de las medidas, de los valores, de las proporciones y de la forma para expresar las cadencias de la naturaleza, no llegará a conmover únicamente por este medio a los hombres; pero si al propio tiempo, añade, a la aspiración de la medida objetiva y bella, el subjetivismo ideal de lo que está más allá de la verdad inmediata y absoluta, recorriendo el pasado, es decir, lo que el genio arquitectónico ha creado a través de la historia como realidad quimérica e ideal del hombre; entonces la obra humana cobra una nueva seducción innegable y apremiante. Ahora bien, si aquellos valores son sugerencias propias del alma del artista, es decir, que son tocantes a su sensibilidad nativa, a la naturaleza más afin a sus aficiones del alma y del sentimiento, entonces su obra, que es abstracta por definición, conviértese en emotiva y sensorial por los méritos anímicos y por la enjundia que ella engendra como parte esencial de su natural existencia.

Cualesquiera que fuesen los resultados a que llegaran las especulaciones de la estética moderna, tendientes a localizar todos los fenómenos emocionales en los procesos orgánicos y fisiológicos, en nada alterarían el sereno predominio de algunas normas, antiguas sí de aspecto, pero siempre vivas e implacables, que determinan en su acción sintética su triunfo permanente y por ende llamadas a prevalecer. Cosa extraña y paradójal, vivimos quizás en la realidad como colgados de invisibles tenues hilos que, a manera de fantoches, nos mantienen cercados en el mezquino redil de nuestro escenario terreno, malgrado nuestras hurañas y nuestras respetables y elegantes arrogancias.

Martin NOEL.

Un capítulo de la "Introducción a la Filosofía" de Guillermo Windelband

Publicamos a continuación, traducidos directamente del alemán, los *Prolegomena* de la "Introducción a la Filosofía" de Guillermo Windelband.

Con excepción del *Manual de la Historia de la Filosofía*, del estudio sobre *Los principios de la Lógica* y el volumen sobre *Platón*, vertidos al italiano, no conocemos traducciones a las lenguas neolatinas de otros libros del célebre profesor de las universidades de Estrasburgo y de Heidelberg. Sin embargo, sus ideas se han difundido extensamente a través de las obras de otros filósofos contemporáneos nutridos como él en las doctrinas de Hegel, y que han hecho propios los puntos de vista de Windelband o los han alcanzado por lógico desenvolvimiento de comunes ideas madres.

No se trata, pues, de la revelación o descubrimiento de un autor ignorado hasta hoy por nosotros ni de repetir la fabulosa hazaña de Gneo Flavio desvelando el libro oculto de algún profesional de la Filosofía. Tan sólo queremos poner en las manos de los estudiosos un libro profundamente serio, pensado y escrito por su autor después de largos años de enseñanza universitaria y, sobre todo, después de haber fatigado su inteligencia con intensos y fructuosos esfuerzos en los problemas eternos de la Filosofía. Windelband publicó esta Introducción en 1914 (un año antes de su muerte), es decir cuando desde mucho abarcaba con segura autoridad la compleja materia, en la que había alcanzado e impuesto puntos de vista originales. De ahí que en esta obra haya podido presentar con desenvoltura y claridad, orgánicamente unidos los unos con los otros, los numerosos problemas y, en síntesis, las no menos numerosas

doctrinas que intentan resolverlos; de ahí también la inmensa utilidad que pueden recoger los que se inician en este género de estudios leyéndola y asimilando el espíritu elevadísimo que la informa.

Podrán ver allí la elaboración, presentación y discusión de los problemas, hechas por un filósofo de verdad, tan diversas de las que acostumbramos leer en manuales adocenados u oír en lecciones preparadas sobre los flacos y muertos esquemas de las recopilaciones de *dissertations philosophiques*, pero sabiamente abultadas con un vocabulario extraño y sorprendente para los neófitos, y en que hasta se pretende revelar conocimientos y autoridad con el calumnioso desprecio de autores no diremos no meditados críticamente, pero ni siquiera leídos.

Sin duda — volviendo a nuestro autor — las páginas de Windelband no son *prosa ligera o philosophia pigrorum*. Como para todo libro serio, la atención reflexiva del lector no ha de amenguarse ni desviarse; ha de ser siempre sostenida por el interés apasionado y una regular cultura. Quien, p. e., no posee las nociones elementales de Psicología y Lógica y carece de la cultura científica e histórica general tendrá que vencer en la lectura de este libro, como por otra parte en la de cualquier obra de fondo, arduas y continuas dificultades.

Para preparar la lectura y por consiguiente quitar algunos pequeños estorbos, hemos traducido, y la publicamos también, la exposición sintética (1) del doctor Augusto Messer, profesor ordinario de la Universidad de Giessen y autor de obras muy apreciadas, para que se acceda a las ideas fundamentales de Windelband y se conozcan los aspectos generales de su concepción filosófica. En otro número daremos, para completar las páginas de Messer, un pasaje del manual de Drews (*La Filosofía en el último tercio del siglo XIX*) (2) sobre el concepto de verdad expuesto y sostenido por Windelband. Los lectores deseosos de otras noticias podrán hallarlas en la obrita de O. Kül-

(1) Die Philosophie der Gegenwart (La Filosofía del presente), 4.^a edición, 1920. Cap. IV, § 1, 70-77.

(2) Colección Göschen, 1921. Págs. 109-110.

pe sobre la Filosofía contemporánea en Alemania, traducida al italiano (Bocca, editores, Turín).

Por fin, cúmplenos expresar aquí nuestro agradecimiento a nuestro ilustrado amigo el señor profesor Alfredo Iatho, Oberlehrer en la Germania Schule, por su diligente y generosa ayuda en la revisión de este trabajo.

Francisco N. D'ANDREA

LA FILOSOFIA ORIENTADA POR LAS CIENCIAS
DE LA CULTURA
GUILLERMO WINDELBAND

(Cap. IV de la obra citada de A. Messer)

En completa oposición al monismo naturalista está una dirección filosófica que se ha formado su visión del mundo y de la vida mediante la reflexión sobre la cultura y su desenvolvimiento histórico. La representa principalmente la llamada escuela filosófica de Baden, de la que son considerados como cabezas Windelband y Rickert.

Guillermo Windelband (1848-1915), profesor en Estrasburgo y Heidelberg, cimentó su fama como historiador de la Filosofía, pero también como sistemático ha dejado escritas obras de importancia (1). Su visión del mundo muestra una feliz unión de la dirección fundamental de Hegel y de Herbart. Le sirvieron para empalmar, con el primero, Kuno Fischer (1824-1907), y Lotze (1817-1881) con el segundo. De este modo concede valor por un lado al desenvolvimiento histórico, por otro busca en el cambio temporal lo permanente, lo supra-histórico, lo absolutamente válido, solamente lo cual puede evitarnos caer en el historicismo y el relativismo. Como neokantia-

(1) "Praeludien", 1884, 6.^a ed., 1919. — "La Historia y la Ciencia de la Naturaleza" (Discurso rectoral de Estrasburgo, 1894). — "En torno a la libertad de la voluntad", 1904, 2.^a ed., 1905. — "La voluntad en pos de la verdad", 1909. — "La renovación del Hegelianismo", 1910. — "Sobre el sentido y el valor del fenomenalismo", 1912. — "Los principios de la Lógica", 1912. — "La Introducción a la Filosofía", 1914.

no no lo busca en un “*mundo verdadero*” y “*trascendente*”, más bien rechaza la Metafísica como un absurdo. De acuerdo con su maestro Lotze, ve lo supra-temporal en los valores eternamente válidos de lo verdadero, lo bello, lo bueno y lo santo; ellos constituyen para toda actividad de cultura la meta ideal, la norma, la regla. La validez de estas ideas, su sentido y eficacia los presuponen instintivamente los hombres en cualquier obra o esfuerzo de cultura. En la reflexión sistemática sobre estas realmente válidas presuposiciones y necesidades (este a priori) de toda cultura, y en la explicación de su esencia y estructura se reveló ya para Kant — como lo acentúa enérgicamente Windelband — la tarea de lo que aquél llamó “*Crítica de la razón*” en el más amplio sentido o “*filosofía trascendental*”. Se puede indicar como objeto de ésta la averiguación de “*las necesidades universales de la razón*”.

Es mérito particular de Windelband respecto a la renovación del sistema kantiano haber advertido el peligro de un empobrecimiento interior del neo-kantismo en los estudios unilaterales sobre la crítica kantiana del conocimiento. Sostuvo enérgicamente con razón que Kant no sólo investigó la estructura íntima del conocimiento científico sino también la de la moralidad, del derecho, del arte y de la religión; y que su sistema es en consecuencia apreciado en todo su alcance únicamente cuando se ve en él no sólo una crítica del conocimiento sino una vasta filosofía de la cultura.

Pero Windelband no se limitó a reanimar el sistema de Kant y a explicarlo en conformidad con nuestro tiempo. Su programa era: “*entender a Kant significa ultrapasarlo*”. De este modo superó en primer lugar una unilateralidad de la teoría kantiana del conocimiento. Kant, en su reflexión fundamental sobre las presuposiciones, las leyes internas y la amplitud del conocer (en la *Crítica de la razón pura*) se había orientado solamente sobre las Matemáticas y la ciencia matemática de la Naturaleza. Estas disciplinas eran para él las únicas ciencias verdaderas; por medio de ellas pensaba poder llegar a la claridad acerca de la esencia y límites del conocimiento.

to humano en general, y por consiguiente también de la posibilidad de una Metafísica. Es fácil explicar con la historia este prejuicio de Kant. Desde Platón se buscó el conocimiento del “verdadero sér” en la concepción de lo universal y de lo general; y en esto consiste también el fin de las citadas ciencias. Además se añadió que la nueva ciencia de la naturaleza fundada por Galileo, Kepler y Newton, gracias a un continuo enriquecimiento y profundización del saber humano y al dominio de la naturaleza, posible mediante aquélla, ganó el aprecio universal, mientras que las disciplinas históricas no mostraban ni de lejos un enriquecimiento parecido ni producciones de igual valor. Hasta fines del siglo 18 y comienzos del 19 se las contaba entre las *bellas letras*. Se comprende así que Kant no las haya apreciado mucho; todavía Schopenhauer con la más completa convicción les discute también el valor de verdaderas ciencias, y muchos, aún a fines del siglo 19, creían elevar la historia al rango de ciencia sólo porque introducían en ella los métodos de las ciencias de la naturaleza. Lo cual debía sin duda parecer extraño en presencia del rico desenvolvimiento que había logrado en el curso del siglo 19 la indagación histórica, suscitada y fecundada por el despertar del sentido histórico realizado por los Románticos, y en presencia de las obras maestras de historia que debemos a ese siglo.

Un importante progreso del neo-kantismo llevó a cabo Windelband dando el impulso para extender la reflexión gnoseológica, con espíritu kantiano, de las ciencias físico-naturales a las ciencias históricas, y poniendo en relieve la peculiaridad de éstas. Sus fecundas ideas sobre este asunto las expuso en el célebre discurso rectoral de Estrasburgo en 1894 sobre “La Historia y la Ciencia de la Naturaleza”: ambas son ciencias de la experiencia, pero se distinguen fundamentalmente en la utilización de los hechos empíricos para el conocimiento. El naturalista en el objeto de investigación ve exclusivamente el caso especial de una ley, el ejemplar, indiferente en sí mismo, de un género; de manera que el establecimiento de lo singular o particular le sirve sólo como medio para la consecución de la meta

propia de su conocimiento, es decir: la concepción de relaciones universales, la inteligencia de las leyes de la naturaleza. El historiador al contrario permanece en lo particular, en lo que acontece una sola vez, en lo intuitivo; considera que su tarea es “hacer revivir en una actualidad ideal cualquier forma del pasado con el sello completamente individual de la misma”.

El naturalista trata de prescindir de las cosas sensibles dadas intuitivamente, de las cosas que nacen y pasan, para concebir en su invariabilidad extratemporal las leyes válidas en todo fenómeno; construye como “verdadera esencia” de las cosas “un mundo de átomos incoloro y mudo, sin el perfume terrestre de las cualidades sensibles”. El historiador se hunde entusiastamente en lo concreto y temporal, y “lo que ofrece son cuadros de la vida humana con toda la riqueza de sus formaciones singulares y mantenidos en plena e individual vitalidad”.

El método de las ciencias de la *naturaleza* no es pues el único método “científico”; a su lado, como esencialmente distinto y sin embargo con igual valor, está el método *histórico-científico*. Con este resultado Windelband se pone en vigorosa oposición al naturalismo en el terreno gnoseológico. De aquí llega a un rechazo de la división usual de las ciencias de la experiencia en ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. Porque ¿dónde se debe, por ejemplo, colocar la Psicología cuando se sabe que el espíritu es su objeto? En efecto, en cuanto ella busca aferrar leyes generales de lo psíquico es por su fin y método una ciencia natural, exactamente, p. e., como la Fisiología. Pero como sólo la meta final que sirve de guía, y el método condicionado por ella deciden qué es lo que en la materia dada de experiencia llega a ser objeto de ciencia, de igual modo, no la distinción precientífica de cuerpo y espíritu como dos objetos diversos, sino el fin del conocimiento en cada caso y con él la estructura lógica de la ciencia deben decidir su división. Puesto ahora que su meta es el conocimiento de las leyes que persisten siempre iguales o de los sucesos mudables,

Windelband propone la división en ciencias de leyes y ciencias de acontecimiento o sucesos (nomotéticas e idiográficas).

Al desarrollar esta serie de ideas se ha expresado Windelband más tarde (en la Intr. a la Filos.) enérgicamente también contra la consideración de la Psicología "científica" como ciencia fundamental para los ramos históricos. "Los conocimientos de la disciplina científica que culminan en el establecimiento de leyes generales, son por completo indiferentes para el historiador. Los grandes historiadores no necesitaron esperar los experimentos y *enquêtes* de nuestros psicofísicos. La Psicología con que trabajaron fué la de la vida diaria, fué el conocimiento de los hombres y la experiencia de la vida del hombre común, unida con la mirada profunda del genio... Esta Psicología que ninguno puede aprender ni enseñar sino que significa un don de la concepción intuitiva, y en su más alto grado un rasgo genial para revivir el pasado... es un arte, pero no ciencia".

Pero todas estas consideraciones lógico-gnoseológicas no son para Windelband fin a sí mismas sino preparación para responder, a la siguiente pregunta: ¿qué grupo de ciencias debe ejercitar influencia determinante en una fundamentación científica de una visión del mundo y de la vida (que según él es la tarea propia o peculiar de la Filosofía)? ¿Qué importa más para esta meta final de nuestro conocimiento? ¿conocer leyes o acaecimientos? ¿la inteligencia de lo universal y extratemporal o la del fenómeno particular y temporal?

Windelband se decide por lo último y se funda en la consideración de que en la singularidad, en la desigualdad arraigan todos nuestros intereses y sentimientos de valor, mientras que la repetición, la regla embota el sentimiento.

Con esta solución contradice a todo naturalismo también en la misma idea del mundo y de la vida de ese sistema. Puesto que tal idea según él no sólo debe fundarse en el conocimiento de la naturaleza sino más bien sobre los conocimientos de la *vida espiritual* que se realiza en las personalidades históricas y en la historia de la cultura.

Por lo demás la historia no nos ofrece sólo lo mudable, lo temporal. Es verdad que mediante la tradición histórica solamente, participamos de los valores de cultura que se realizan en el curso de la evolución (1). Sin embargo ellos forman un imperio de lo supra-temporal de lo eternamente válido. También desde este punto de vista la historia se muestra como el verdadero "*organon*" de la filosofía.

Kant (que difícilmente se sustrajo a la anti-histórica manera de pensar del siglo del iluminismo) no había alcanzado aún el conocimiento claro del valor de la historia; pero indudablemente en esto consiste la importancia de Hegel, que concibió el pensamiento de que lo válido extra-temporalmente, es decir lo que él llama *la idea, la razón*, se realiza en la historia.

Por esto Windelband ve también en una renovación del hegelianismo conforme al espíritu de la época, un complemento realmente necesario del neo-kantismo. Los valores de cultura encuentran su realización en cuanto empiezan a ser conocidos por el hombre como normas y le exigen una determinada actitud. Pero Windelband por otra parte se atiene a la presuposición de que todo acontecimiento, también el psíquico o espiritual, se verifica según leyes universales y por consiguiente condicionado por una causa y por eso con necesidad natural. Con lo cual se le presenta la cuestión: ¿Qué relación hay entre las leyes naturales y las normas? ¿Cómo es posible lo exigido por las normas bajo el omnipotente dominio de las leyes naturales y de su necesidad? Planteamiento de un problema que no significa sino una manera nueva de formular *el problema de la*

(1) Así, por ejemplo, con el rápido progreso de la civilización técnica, el siglo XIX, ha dado existencia a las condiciones externas para la realización del ideal de humanidad del siglo XVIII. Pero este ideal, (como lo explica Windelband), consiste para nosotros no ya en la confusa unidad del cosmopolitismo iluminista, sino en la más enérgica diferenciación de las sendas culturas nacionales; y si esperamos que esta oposición o encuentro de las fuerzas nacionales despreñado de aquel mismo siglo trueque las crudas formas de la rivalidad, siempre más firme y completamente, por otras más altas, deben, sin embargo, estas formas diferenciadas de cultura de los pueblos quedar subsistentes, como los individuos, con los cuales tienen la misma obligación y el mismo derecho.

libertad. El cual por otra parte se presenta, como perspicazmente lo hace notar Windelband, no sólo en el terreno moral sino en todos los terrenos de la cultura; puesto que doquiera se trata de lo siguiente: que los valores se realizan y las normas son seguidas dentro de sucesos espirituales naturalmente necesarios.

La solución que en el espíritu del determinismo da Windelband, es ésta, en pocas palabras: lo que exigen las normas pertenece al vasto dominio de lo que es posible en conformidad con las leyes naturales; su realización no presupone ningún quebrantamiento de la ley natural, ninguna libertad indeterminística, ningún comienzo no causado de las series causales (como había pensado Kant).

Pero que dentro de lo que existe según las leyes naturales paulatinamente se impone lo conforme a las normas, y que dentro de la naturaleza indiferente a todo valor se produce, por decirlo así, una selección en favor de lo que tiene un valor; todo eso se funda en que contemporáneamente a las normas llegamos a hacernos conscientes con inmediata evidencia de su validez, de su fuerza obligatoria. Por eso ponen en acción una cierta necesidad psíquica de seguirlas. La conciencia de la norma es pues por sí misma una fuerza espiritual mediante cuya eficacia es posible el cumplimiento de las normas y con él la "verdadera" libertad dentro de la vida del alma, que se produce conforme a la necesidad natural y sin supresión de la dependencia causal. Pero la responsabilización contribuye — sobre todo en el terreno moral — cada vez más al reconocimiento de las normas. Porque indudablemente la responsabilidad no consiste sino en el despertar, provocado por el agregado del placer o pena, de los respectivos motivos de la conciencia individual. Todo esto está formado por procesos psicológicos de causación fundados en la vida de sociedad y sancionados por el fin total de esa vida. Así pues si quisiese defenderse el individuo de esta responsabilización penosa para él con el subterfugio, p. e., de que *debe* obrar a su modo según las leyes universales, se podrá constatar que la sociedad está obligada por la misma ley universal

a reaccionar en contra de aquella actitud individual. Tampoco es un quebrantamiento de la causalidad psíquica “la forma delicada e íntima de la responsabilización con que el hombre se presenta como responsable ante su conciencia moral o religiosa” Ella tiene “el significado de una instrucción de sí mismo mediante la producción análoga de motivos opuestos o del refuerzo de motivos favorables”.

Windelband no desconoce que en esta respuesta quedan sin solución muchas cuestiones, pero opina que la responsabilización se debe tratar como un asunto práctico que en ninguna forma puede ser reducido a fundamentos teóricos de carácter metafísico mediante la afirmación metafísica de una carencia de causalidad.

Aquí se presenta pues una importante divergencia de Windelband con Kant. El último había concedido razón al Determinismo en cuanto considera al hombre como miembro o parte de la naturaleza (o sea en el lenguaje de Kant, “su carácter empírico”); pero había atribuido al hombre, en cuanto pertenece como “persona” al “mundo suprasensible” (o sea a su “carácter inteligible”), una libertad no determinística, en el sentido de una facultad de ser causa primera. Windelband abandona el concepto de carácter inteligible.

También conserva su independencia frente a Kant, en su manera de tratar el problema de la inmortalidad y de Dios.

La Psicología moderna señala más una unidad funcional que una unidad substancial de la vida individual del alma, particularmente cuando se admite el paralelismo psico-físico es difícil pensar que el alma no debe compartir el destino de su cuerpo. Hasta hoy, por cierto, no se ha dado una prueba empírica de su inmortalidad. Kant ensaya una demostración moral: funda su postulado de la inmortalidad en la exigencia de una justa recompensa después de la muerte, pues en *esta* vida la distribución de la felicidad y de la desdicha tiene lugar muchas veces sin consideración al mérito moral. Pero ¿es realmente moral exigir una justicia retributiva, ¿Es un sentimiento moralmente justificado? Un rigorismo estricto, como lo hay

precisamente en el imperativo categórico, lo rechazará tal vez y encontrará que la virtud y la felicidad son dos cosas que no tienen nada de común la una con la otra, ni deben tenerlo. Y aún si reconociésemos esa exigencia como legítima “¿quién sostiene que *realmente* debe ser, lo que nosotros debemos desear como moralmente exigible?”

Los que descubren la esencia de este anhelo de la inmortalidad en la exigencia metafísica de conservar a la personalidad una significación que perdure más allá del mundo sensible, no han de considerar eso como irrealizable en absoluto. Le es posible al hombre durante su vida temporal participar interiormente de los valores extratemporales y eternos y colaborar en su realización. Pero el que de esta manera se conforma pensando que de nuestro ser y de nuestra obra sobrevive y sigue actuando lo que tiene valor de eternidad, ése debe no olvidar sin embargo, que no es esta inmortalidad la individual y personal acerca de la cual a la conciencia religiosa le toca haberse-las con esta doctrina.

Como Kant funda igualmente su postulado de Dios en la exigencia de la recompensa de ultratumba, se comprende que Windelband tampoco admita la demostración moral de Dios. Considera insoluble el viejo problema de la Teodicea, pues no puede comprender cómo el infortunio y el mal en el mundo se puedan conciliar con la convicción de la existencia de un creador y mantenedor divino. Cuando se habla de “la importancia educativa del mal”, de “los efectos secundarios indispensables” en las organizaciones de por sí tan oportunamente constituidas, del empleo de medios aparentemente contrarios para el cumplimiento definitivo del “fin divino”, se puede replicar “si en efecto un todopoderoso sabio y bueno no había podido descubrir medios menos dolorosos para la consecución de sus fines”. Y cuando se busca, p. e., desconocer el mal físico con la afirmación de que en absoluto no es un valor negativo sino que lo estiman así sólo hombres sin juicio o irreflexivos, falla sin embargo esta argucia frente al hecho del mal y del pecado. “Y éste es ahora el punto en que la necesidad sentida de conside-

rar el mundo como unidad se encuentra delante del insoluble enigma. El mundo de los valores y el mundo de la realidad, los reinos del deber moral y de la obligación no son extraños entre sí: se señalan doquiera el uno al otro. Pero tampoco constituyen juntos una sola cosa. Hay a través de la realidad un desgarramiento: al lado de los valores que en ella se realizan hay un obscuro poder de lo indiferente al valor y de lo contrario al valor. Cuando nosotros queremos pensar bajo el nombre de la divinidad un principio único en el que todo lo que puede ser experimentado tiene su esencia común y su común causa primera, entonces nunca podrá comprenderse cómo ese principio puede dividirse en semejante dualidad con que él mismo se contradice". Pero podemos resignarnos ante este último misterio reconociendo por lo menos en esta dualidad de valores del mundo la ineludible condición de toda conducta humana. Si coincidiesen valor y realidad, si todo lo racional fuese real y todo lo real racional, ¿qué nos restaría querer? ¿qué producir?

En verdad el pensamiento filosófico de Windelband no termina con esa enérgica exhortación a obrar como, p. e., la filosofía de Nietzsche y Eucken. Para él la Filosofía no consiste en crear o prescribir los valores sino en entenderlos, no en levantar una cultura ideal sino en entender la dada. Promete al hombre la alegría tranquila no de la inquietud del querer en que nos consumimos en la pasajera agitación del mundo de la apariencia, sino la que sale de la calma del puro pensamiento y de la pura contemplación, en los que se revelan los valores de la eternidad.

G. WINDELBAND

Prólogo de la primera edición de la "Introducción a la Filosofía,"

La "Introducción a la Filosofía" que entrego a la publicidad se propone, partiendo de un pensamiento fundamental, desenvolver el conjunto de los problemas filosóficos y las diversas tentativas de solución; se propone ser únicamente un estímulo para hacer repensar en forma viviente los grandes enigmas de la vida. Pero no quiere ser introducción a un particular sistema de Filosofía sino abrir la más amplia mirada a todas las posibilidades de decisión intelectual. Se comprende de por sí, y lo discernirán fácilmente los entendidos, que esta exposición tiene por base una definida y propia actitud del autor, pero ésta no debe anteponerse ni perturbar la imparcialidad en la apreciación de las distintas argumentaciones.

En relación al propósito del libro no me ha parecido necesario recargarlo con indicaciones bibliográficas acerca de las doctrinas que en él se discuten: al que quiera llevar más adelante sus estudios en este sentido le señalo mi "*Manual de Historia de la Filosofía*" cuya tabla de materias facilita informaciones respecto del texto y de la bibliografía anexa.

Además, la combinación de ambos libros tiene también una positiva importancia. En un estudio sobre la Historia de la Filosofía, en el volumen publicado por mí en celebración del 80º aniversario de Kuno Fischer, mostré que la Historia de la Filosofía (a diferencia de la de otras ciencias) es parte integrante de la Filosofía en el sentido de que ella debe ser como un vivero para la formación de los problemas filosóficos y la preparación del sistema. Lo que allí dejé establecido en principio he querido ahora probarlo e ilustrarlo con la relación entre mis dos libros; he querido realizar por parte mía lo que allí había esbozado como programa.

Heidelberg, Febrero de 1914.

La segunda edición fué publicada en 1920 por Wolfgang Windelband y sólo se diferencia de la primera en las escasísimas correcciones transcritas del ejemplar que había manejado su padre Guillermo.

INDICE DEL LIBRO DE WINDELBAND

Prolegomena.

PRIMERA PARTE. — PROBLEMAS TEORICOS

(*Problemas del saber*)

1. Esencia y apariencia.

Primer capítulo: problemas ontológicos.

2. La substancia.
3. La cantidad.
4. Determinaciones cuantitativas de la realidad.

Segundo capítulo: problemas genéticos.

5. El acaecimiento.
6. La causalidad.
7. Mecanismo y teleología.
8. El hecho psico-físico.

Tercer capítulo: problemas noéticos.

9. La verdad.
10. El origen del conocimiento.
11. La validez del conocimiento
12. El objeto del conocimiento.

SEGUNDA PARTE: PROBLEMAS AXIOLOGICOS

13. El valor.

Primer capítulo: problemas éticos.

14. El principio de la Moral.
14. La voluntad colectiva.
16. La Historia.

Segundo capítulo: problemas estéticos.

17. Concepto de lo estético.
18. Lo bello.
19. El arte.

Tercer capítulo: problemas religiosos.

20. Lo santo.
21. La verdad de la religión.
22. Realidad y valor.

PROLEGOMENA

1. Objeto de la "Introducción a la Filosofía. — 2. Necesidad de una concepción del mundo. — 3. Dificultad de la Filosofía. — 4. Presuposiciones del filosofar. — 5. Los problemas y sus soluciones. — 6. La Historia de la Filosofía. — 7. El antinomismo. — 8. Métodos: histórico, sistemático y crítico. — 9. Literatura. — 10. Saber y apreciar. — 11. División de la Filosofía.

1.— Objeto de la "Introducción a la Filosofía".

La Introducción a la filosofía es hoy con más frecuencia que antes materia de libros (que se publican con esa denominación) o asunto de lecciones universitarias. Se responde así a la creciente exigencia de conocimientos filosóficos que se manifiesta cada vez más en la literatura entera, en el mercado de libros y en la vida académica. Tal exigencia no tiende a otra cosa que a alcanzar una visión del mundo. El ansia de esta visión que Schopenhauer — también esta vez con feliz expresión — ha llamado *exigencia metafísica*, está sin duda arraigada profundamente en la naturaleza humana. Pero ella se presenta diversamente en los diversos tiempos, según el carácter espiritual de los mismos. Hay épocas en que está casi oculta, épocas que consumen su vida intelectual sobre todo en los problemas determinados y relativamente bien circunscriptos de su angustiada actualidad, que pueden ser problemas de la vida político-social, de la artística, de la religiosa o de las ciencias particulares. Son tiempos éstos que se encaminan con toda energía a dichos fines particulares, trabajan según normas seguras para conseguirlos, y quedan satisfechos con esa tarea. Se los podría llamar tiempos positivos, y tal fué para nosotros la segunda mitad del siglo pasado: se la ha caracterizado, por cierto con razón, como época científica o política o técnica.

Evidentemente ha habido un cambio. Nuestra vida de hoy es agitada por una multitud de problemas que llegan hasta las raíces de la vida. En la nación alemana hay como un sentimiento de superarse a sí misma, una aspiración a lo aún indeterminado y desconocido. Nos hallamos en una época de fluctuación de fuerzas en fermento, que, como todos los grandes períodos de conmoción de la humanidad, por necesidad psicológica se

halla impregnada de motivos religiosos. Lo vemos en la literatura y en el arte; hay allí busca y tanteos, a veces con enfermedades aberraciones, y que sin embargo se distinguen también por una originalidad y necesidad sanas y ultrapoderosas. Tenemos conciencia de hallarnos en una transición, y el poeta ha hallado para ello la fórmula de la reacuñación de todos los valores. No quiero decir que nuestro tiempo se parece a la época romántica, pero sí que la supera por sus esperanzas: tal como en la época del Renacimiento. Y, como entonces, domina otra vez la exigencia de una visión del mundo en la que debe arraigar la fuerza de nuevas creaciones. A eso se agrega en la nueva generación alemana, y paulatinamente toma cuerpo, la idea de que es ya el momento de recordar las bases espirituales de la existencia nacional cuyo aprecio amenazaba perderse en parte en la embriaguez del éxito exterior, en parte bajo la dura presión del trabajo exterior.

2. — Necesidad de una visión del mundo. (1)

Se exige pues de la Filosofía una visión del mundo. Por cierto, cada cual lleva ya una consigo; nadie anda sin tal cosa cada cual necesita y tiene en cierta forma una ampliación de lo que conoce y sabe, una opinión sobre el mundo en conjunto y especialmente sobre la posición que el hombre ocupa o debe ocupar en él. Hay así una metafísica de la niñez y de la fábula, una metafísica de la vida práctica, una visión del mundo en el dogma religioso; gozamos en las obras del poeta y del artista una imagen de la vida y nos la apropiamos. Todas estas formas de la visión del mundo han crecido y se han robustecido más o menos sin intervención de la voluntad. Todas ellas tienen presuposiciones naturales individuales e históricas, y con esto, límites para la esfera de su validez. La Filosofía debe preguntar si hay en dichas formas algo que tenga valor de universal, lo cual puede ser sabido, y no simplemente lo que puede ser deseado, querido, creído o utilizado. Según la exigencia

(1) La palabra "necesidad" tiene aquí un significado subjetivo y corresponde a las equivalentes francesa "besoin", e italiana "bisogno".

que siempre ha planteado el pensamiento común a la Filosofía, y que hoy formula con mayor interés, toda Filosofía debe ser Metafísica o por lo menos crítica de la Metafísica. ¿Satisfará nuestra filosofía de hoy esta imperiosa exigencia de los tiempos que corren? En cualquier caso ella se ha puesto honradamente al trabajo. La resignación que se cubría con el nombre de Kant, y con una concepción de su obra, restringida por el estado de ánimo de la pasada generación, ha cedido a un nuevo anhelo, y la valentía de decir la verdad, que Hegel había proclamado al subir a la cátedra de Heidelberg, se ha despertado de nuevo.

3. — Dificultad de la Filosofía.

Hay quienes piensan que para saber algo de este trabajo se necesita una introducción especial, mayor de la que se acostumbra en otras ciencias y también en otro sentido. Corre la vieja murmuración de que la Filosofía es algo singularmente difícil, algo abstracto y abstruso, algo casi para lo cual es indispensable un particular talento. Tal exigencia existe sin duda para la creación de las grandes obras originales de la Filosofía y existe en otro sentido y medida que en las otras ciencias; pues además de la elaboración de los conceptos se trata aquí de la originalidad artística en la concepción del conjunto; pero tal exigencia de un talento especial no existe para repensar y revivir estas obras; en este caso también es verdad lo que Kant dijo con referencia a Newton, o sea que hasta en las más altas producciones del espíritu científico no hay nada que cualquier otro no pueda seguir con el pensamiento y llegar a concebir.

En efecto, no la Filosofía es difícil en este sentido sino que ciertamente en parte los filósofos son escritores defectuosos que no saben librarse de las fórmulas de escuela para un más libre contacto con el pensamiento del mundo que los rodea. Su oscuridad en cierto sentido tiene su disculpa. Ellos, con mucha frecuencia, en una medida demasiado extensa, han hecho uso de un derecho y de una exigencia que en sí de ningún modo son discutibles. En ciertas circunstancias es sin duda necesario darle al concepto científicamente formado una propia designación para distinguirlo de las expresiones indeterminadas de la vida

diaria y del lenguaje vulgar, y protegerlo así, en cuanto es posible, de la confusión y del abuso; y a este objeto, como lo enseña la experiencia y la Psicología permite explicarlo con facilidad, corresponden perfectamente las palabras tomadas de las lenguas muertas, palabras que como algo independiente y fijo, se levantan sobre la corriente del lenguaje cotidiano. Concedemos la formación de tales términos al químico, al anatomista, al biólogo, etc., y así sucesivamente y sin ningún escrúpulo; en cambio al filósofo de muy buena gana se la prohibirían por completo, y se indignan cuando de este derecho aquél hace un uso demasiado extenso. Esto es molesto para la Filosofía, pero en el fondo es halagador, pues con ello se expresa que las cosas de que trata el filósofo interesan a todos; y por esta razón deberían ser o volverse accesibles a cada cual, y a este fin ser dichas en un lenguaje lisa y llanamente inteligible a cualquiera. Pero esta opinión no es muy acertada; precisamente porque la Filosofía se ocupa de cosas familiares al pensamiento de todos, tiene la tarea de transformar esas representaciones en conceptos científicamente necesarios, sacándolas de la forma tosca e indeterminada en que nos son dadas y por eso tiene ella el derecho como el deber de imprimir el sello de su nombre en el resultado de su trabajo. Para la Introducción a la Filosofía surge de aquí la tarea de iniciar en esta *terminología* realmente indispensable.


Sin duda el más delicado matiz de las expresiones técnicas se ha de entender meditando los problemas, de los que han ido surgiendo los motivos que están guardados en ellos. Por eso tenemos que familiarizarnos con los problemas y la manera de tratarlos científicamente. Pero para esto no se necesitan particulares disposiciones ni particular talento, sino sólo la enérgica disciplina y la seria honradez de la reflexión; y sin duda una sola cosa es incondicionalmente necesaria: despojarse de todos los prejuicios. Quien, en efecto, pretende o sólo espera de la Filosofía lo que él mismo se ha figurado de antemano, ése más bien no debiera ocuparse de ella. El que ya tiene pues una visión del mundo y está decidido de todos modos a seguir cre-

yendo en ella, ése no necesita para nada de la Filosofía: para él la Filosofía significa el lujo de que lo que se cree tiene la pretensión de pasar también por demostrado. Esta condición toca no sólo a las opiniones religiosas, a las que suele aplicarse generalmente, sino, y esto debe ponerse muy de relieve, a la presuposición con que muchas personas creen volver a hallar en la Filosofía la concepción vulgar del mundo y de la vida. Es ciertamente fácil, pero también poco honroso, procurarse la ligera popularidad en que la gente dice: "el hombre tiene razón, eso lo he afirmado yo siempre". Estas cosas son, como dice el poeta, copiosas bazofias que tienen un público muy grande. Pero el que seriamente se dedica a la Filosofía ha de esperar que a la luz de ella el mundo y la vida adquieran otro aspecto que el que parecían tener antes: debe estar pronto a ofrecer, cuando es necesario, el sacrificio de las presuposiciones con que se había acercado a la Filosofía.

4. — Presuposiciones del filosofar.

Es pues posible o tal vez necesario que los resultados de la Filosofía se aparten mucho de las representaciones que uno lleva consigo al iniciarse en ella; pero los asuntos y los comienzos del filosofar no son cosas de difícil acceso ni escondidas ni hay que descubrirlas artificiosamente. No consisten sino en las nociones que a cada cual pueden ofrecerle la vida misma y los conocimientos de las ciencias particulares. La esencia de la Filosofía consiste sólo en pensar hasta agotarlo lo que está al alcance y a la disposición de todos. Trabajamos todos intelectualmente en la ciencia y en la vida con presuposiciones no examinadas de antemano, con lo que tiene una validez provisoria. La vida humana práctica está penetrada y determinada por conceptos precientíficos ingenuamente desarrollados y desenvueltos que fueron depositados en el lenguaje por el pensamiento vulgar. Las representaciones del pensamiento vulgar han sido transformadas y establecidas en gran parte por las ciencias particulares hasta el grado en que bastan para abarcar, ordenar y dominar los campos especiales de conocimiento para los fines de dichas ciencias. Pero las representaciones en este su estado

pasan a constituir un nuevo motivo para la formación de problemas y para las investigaciones de la Filosofía. Así como la vida en sus conceptos precientíficos da el material para el trabajo científico, de igual modo la vida y la ciencia juntas en los conceptos precientíficos y prefilosóficos dan el material para el trabajo de la Filosofía. Por esta razón no es estable el límite entre las ciencias particulares y la Filosofía, sino que siempre ha de determinarse para cada época por el estado de los conocimientos. Cuerpo, en el concepto del vulgo, es una cosa dotada de muchas cualidades, que llena el espacio. De esta representación precientífica, la Física y la Química forman los conceptos de átomos, moléculas y elementos. La primera formación de estos conceptos se llevó a cabo en el trabajo científico indiferenciado que los Griegos llamaron Filosofía. Hoy estos conceptos de las ciencias de la naturaleza se han vuelto conceptos prefilosóficos que para nosotros significan otros tantos problemas de la Filosofía.

Estas presuposiciones no pensadas hasta su último límite tienen pleno derecho en el terreno de las respectivas jurisdicciones. La *praxis* de la vida queda completamente satisfecha con su concepto precientífico de cuerpo, y para los conocimientos particulares de la Física y la Química bastan igualmente los conceptos prefilosóficos de átomo, etc. La utilidad práctica de estos conceptos para la teoría empírica deja sin embargo siempre abierta la posibilidad de que en las síntesis más generales en que la Filosofía tiene que tratarlos, se presenten como problemas difíciles. El concepto de ley natural es una presuposición indispensable para la vida práctica como también para la investigación que tiene precisamente la tarea de buscar las leyes naturales especiales. Pero lo que es una ley natural, lo que significa la subordinación a lo universal, de los fenómenos concretos de que tenemos experiencia, son problemas que no se ha planteado de la investigación empírica y sí la reflexión filosófica. 

Esta clase de presuposiciones fundamentales son admitidas pues, en las ciencias especiales como en la vida; pero el momento en que se las pone en duda, en que uno se pregunta si es

en efecto legítimo lo que con ingenua seguridad se tiene por cierto, es el instante en que nace la Filosofía. Es, como decía Aristóteles, el *θαυμάζειν*, el asombrarse, la desconfianza en sí mismo del pensamiento. Es el *ἐξετάζειν* el examen con que Sócrates destruyó en sí y en sus conciudadanos la ilusión de la ingenua fe en sí mismos. Es la plena honradez de la inteligencia consigo misma. No podemos pensar nunca sobre las cosas sin presuposiciones que previamente deben ser admitidas como válidas, pero no debemos permitir que valgan definitivamente sin ser examinadas, y por eso hemos de estar resueltos a abandonarlas cuando no resistan a tal examen. Esta comprobación o examen de las presuposiciones es la Filosofía.

Por este sacudimiento de lo tenido por cierto ha pasado todo gran filósofo, y la misma conmoción es la que impulsa a todo hombre hacia la Filosofía. En toda vida seria llega un momento en que lo que habíamos tenido por cierto y sobre lo cual habíamos confiado y edificado, se derrumba como un castillo de naipes, y en donde como en un terremoto, aun lo más seguro vacila. Ninguno, quizás, ha presentado esta conmoción de una manera más impresionante que Descartes en la primera de sus Meditaciones, y con sencillez y grandiosidad lapidaria. En él como en Sócrates cumple así su misión el escepticismo que en la historia como en la esencia del pensamiento humano tiene sólo la tarea de abrir el camino a la última certeza mediante la destrucción de lo creído ingenua o involuntariamente. Así también opina Herbart cuando con la sequedad y sobriedad que le son características trata del escepticismo en su "Introducción a la Filosofía".

5. — Los problemas y sus soluciones.

Siendo así, también nuestra introducción a la Filosofía tendrá por objeto desenvolver los problemas fundamentales partiendo de la conmoción de las presuposiciones de la vida y de la ciencia espontáneamente reconocidas. Su camino empieza en lo que se admite comúnmente y en lo en apariencia comprensible por sí. Instruidos por la historia, descubrimos aquí el punto cardinal de los problemas; y con esto demos-

tramos la real necesidad con que dichos problemas proceden de la reflexión, enérgica y sin reservas, sobre las presuposiciones de nuestra vida mental. Si esto se entiende, se presentará en cada momento la estructura de la coherencia entre los motivos intelectuales cuya relación determina un problema, y con esto a la vez la idea de la diversidad de las tentativas de solución que se presentan para cada problema. Esperamos, pues, junto con la noción de la necesidad de los problemas, hallar también la inteligencia y apreciación de las direcciones en que ha sido, puede y debe ser buscada su solución.

6. — La Historia de la Filosofía.

Cuando desde este punto de vista se desenvuelve el objeto de la Filosofía terminan satisfactoriamente una serie de dudas que acostumbra contraponerle el pensamiento vulgar. Tales prejuicios que resultan de la impresión que la Historia de la Filosofía produce en los profanos se presentan notoriamente — y esto debe ser un estímulo a la reflexión — en dos direcciones contrarias. En efecto, sucede con esta historia algo esencialmente distinto que con la de otras ciencias. Estas tienen un objeto propio más o menos definido con fijeza, y su historia es la paulatina aproximación al conocimiento de aquél. Si se considera, por ejemplo, la historia de la Física o la de la Filología Griega, crece con los años en cada uno de estos terrenos la extensión de un saber consolidado y la penetración de la inteligencia: intensiva y extensivamente, aunque no sin interrupción, se presenta en conjunto un progreso que no puede desconocerse. Esa historia consigna adquisiciones que se reconocen como perdurables, y puede tratar los errores como verdades en formación. Otra cosa sucede en la Filosofía. Desde luego, cuando se quiere definir su objeto fracasan aun los más autorizados árbitros. No hay ninguna definición universalmente admitida de la Filosofía, y sería inútil presentar aquí la abigarrada multitud de ensayos que ofrece la historia. A juicio del profano es como si en la Filosofía se hablase, por decirlo así, *de omnibus rebus et de quibusdam aliis*; cada filósofo parece trabajar como si los otros no hubiesen existido, y, precisamente éste parece ser el

caso de los más importantes. De este modo la historia de la Filosofía produce la impresión de lo incoherente, de lo eternamente mudable, de lo caprichoso y arbitrario, y en esta falta de continuidad no hay en ella nada indiscutible, nada que se pueda presentar como un resultado o una conclusión. No existe la Filosofía como existen las Matemáticas o la Historia del Derecho. De manera que parece tener razón la gente que en una serie tan sin resultado de esfuerzos intelectuales, sólo quiere ver en definitiva la historia de la debilidad o de la locura humanas.

Pero, por el otro lado, cuando se comparan críticamente una con otra las grandes creaciones de este desenvolvimiento, se tiene la impresión de que a pesar de cualquier cambio de las opiniones, siempre se trata de lo mismo. Acuden de nuevo las mismas cuestiones, “aquellos atormentadores y archiviejos enigmas de la existencia”. Al correr el tiempo sólo cambian el ropaje de la expresión hablada y la forma externa de las relaciones intuitivas: el contenido conceptual es siempre la misma pregunta no contestada. Pero también los ensayos de respuesta tienen en sí algo de estereotipado. Ciertas concepciones opuestas entre sí del mundo y de la vida, se presentan siempre de nuevo, se combaten y se deshacen en recíproca dialéctica. Y así se origina aquí también, pero por otros motivos la impresión de una tentativa con medios insuficientes, de la ineficacia y de la insensata repetición.

No hemos de mostrar en este sitio cómo se puede superar esta bien comprensible impresión y cómo a pesar de todo, en ella ha de hallarse un sentido altamente apreciable de esta historia de la Filosofía. Sobre un punto sin embargo, podemos llamar la atención, precisamente respecto de esas consideraciones. Sin duda este innegable fluctuar entre los objetos demuestra de la manera más penetrante que el conjunto y la coherencia de los problemas no se presentan en la Filosofía tan uniformemente como en las demás ciencias; sino que la totalidad y el sistema de los problemas deben ser buscados, y que éste es tal vez el último y el más alto problema de la Filosofía. Pero la discontinuidad en la aparición de las cuestiones se explica muy

sencillamente si consideramos que los diversos momentos de aquellas presuposiciones de la vida y de la ciencia, cuyo sacudimiento conduce a la Filosofía, por motivos históricos que descansan parte en la vida individual y parte en la vida universal del espíritu, en el curso del tiempo vacilan sucesivamente y exigen la reflexión. Por eso el conjunto de problemas de la Filosofía se desarrolla aquí de uno, allá de otro punto, y el diverso vigor con que ora una, ora otra cuestión se destaca, es determinado menos por las coherencias sistemáticas que por los grupos históricos de los motivos de pensamiento. Pero si se hacen valer en definitiva siempre los mismos problemas y las mismas tentativas de solución, es éste sin duda el mejor título legal de la Filosofía. Eso demuestra que sus problemas son necesarios, que tienen una realidad ineludible y que son propuestos irrecusablemente, de tal manera que ninguna reflexión seria, una vez despierta, puede substraérseles. Y esa constancia, a primera vista vergonzosa en volver a las mismas tentativas de solución, muestra también tan sólo que en la relación del pensamiento con aquellos objetos se originan necesidades permanentes que, a no dudarlo, por eso, a pesar del cambio de las condiciones históricas se repiten sin cesar. Hacer comprensibles estas reales necesidades en las cuestiones y respuestas es la tarea capital de la Introducción a la Filosofía. Ella debe mostrar que la Filosofía no es un vano juego de la fantasía, ni el inútil enredo de dificultades creadas por nosotros mismos, sino que son cosas muy reales y muy serias las cuestiones de que se ocupa y en las cuales ella despliega siempre de nuevo las necesidades interiores de situaciones inevitables.

7. — El antinomismo.

Así pues los problemas como sus soluciones deben ser entendidos como una relación mutua y necesaria entre el espíritu concedor y los objetos que han de conocerse. También esta relación es desde ya una de aquellas presuposiciones, una forma prefilosófica de meditación que sin duda no puede quedar sin examen, de la que por supuesto, es necesario que parta la consideración inicial. Pero respecto de la relación entre el in-

telecto y su objeto hay que relevar desde el comienzo un punto de vista que todavía no puede ser fundado aquí sino solamente anunciado porque tienen que confirmarlo primero todas las indagaciones siguientes, en particular como en general: lo llamamos el punto de vista del *antinomismo*.

Todo lo que conocemos es una interpretación de las cosas por medio de la reflexión. Y nuestra reflexión se efectúa necesariamente en conformidad con la estructura de nuestra inteligencia. Sin embargo ésta contiene como esencia íntima ciertas presuposiciones que pueden ser llamadas prejuicios, en el sentido científico de la palabra, es decir, juicios que preceden realmente, como primeros principios, toda reflexión. Tales prejuicios los llamamos *axiomas*, en cuanto valen como normas según las cuales debemos pensar; pero los llamamos *postulados* en cuanto deben valer también para los objetos y en cuanto esperamos que éstos se rijan por aquellos. Basados en esta relación podemos, introduciendo provisionalmente un concepto moderno, considerar el proceso de nuestro conocimiento como una adaptación recíproca de ambos momentos: de las presuposiciones a los hechos y de los hechos a las presuposiciones. En la elección y enlace de los hechos que efectuamos con nuestros axiomas y postulados, se desarrolla continuamente este doble proceso de adaptación. Pero resulta también que junto a esa correspondencia, en principio, de ambos momentos uno con otro, queda subsistente también una cierta no correspondencia entre ambos. Esa correspondencia, como Kant y Lotze lo han dicho, es el hecho feliz gracias al cual podemos, en general, recibir en las formas de nuestra reflexión (en su actividad de comparar y relacionar) el material de que tenemos experiencia. La parcial no correspondencia entre ambos momentos, en cambio, forma precisamente el punto de origen de que parte la revisión de aquellas presuposiciones que constituye la esencia de la Filosofía.

El resultado de dicha revisión puede conducir a la compensación o a la supresión de las diferencias, o por lo menos indicar los caminos en los que por el éxito alcanzado hasta hoy,

parece asequible la meta, o puede en fin llevar a la conclusión de la insolubilidad del problema. No se puede, por cierto, ver desde un principio a cuál de esos resultados conducirá la investigación: tanto más conviene hacer resaltar que es imposible en absoluto esperar que la investigación conduzca en todos los problemas al mismo resultado. No sólo es absolutamente posible sino aun verosímil que un cierto número de problemas se presente si no como resuelto por lo menos como soluble, mientras quizás puede señalarse para otros la esterilidad para los esfuerzos encaminados a la solución. Pues si en efecto hay límites claramente señalados para la posibilidad del conocimiento científico, entonces ha de esperarse que si bien muchas cuestiones con que la exigencia metafísica atormenta a la filosofía, ultrapasan esos límites, sin embargo, por lo menos un cierto número de ellos puede hallar dentro de esos límites una respuesta satisfactoria. Pero de cualquier modo el problema consiste en entender, derivándola de aquella relación de adaptación, la efectiva necesidad en cuya virtud junto con el problema y la contradicción de argumentos que contiene surgen también las diversas tentativas de solución. Con esto no debe desconocerse que la presentación y formación que dichas doctrinas han hallado en la historia, han sido siempre la obra personal de las grandes individualidades. Este momento también debe ser plenamente apreciado; y precisamente esta relación histórica individual llega en parte a un importante desarrollo especialmente en el enlace de los distintos problemas por obra del cual se ha determinado y complicado su solución. Sin embargo, al lado de esto, las posibilidades de tal desarrollo están siempre en las relaciones objetivas y a éstas en principio habrá que dirigir primeramente la atención cuando se quiere entender y apreciar con los problemas también los ensayos de solución. Por consiguiente el trabajo que ha de realizarse se resume en desarrollar, fundar y juzgar los problemas capitales de la Filosofía y las direcciones en que debe buscarse resolverlos, y a la vez presentar detenidamente su aparición histórica: de esta manera la Introduc-

cion a la Filosofía se transforma en una investigación crítica acerca de las formas posibles de una visión filosófica del mundo.

8. — Métodos: histórico, sistemático y crítico.

Puede iniciarse esta tarea en una forma prevalentemente histórica o prevalentemente sistemática.

La primera, según lo expuesto, sería arriesgada porque escuchar a los filósofos mismos, al menos sólo en su sucesión histórica, se vuelve fácilmente un asunto embrollado en el que se cae en el peligro de perder la claridad objetiva o dejar de lado los puntos capitales. Menos grande es este peligro cuando se toma para ello la filosofía griega y sobre todo sus comienzos. Hay en estos comienzos, en efecto, un carácter en alto grado instructivo a causa de su grandiosa sencillez y de la resuelta unilateralidad con que los geniales fundadores de la ciencia, todavía poco desconcertados por la enorme cantidad de materia de conocimiento, abarcaron y modelaron con ingenua lucidez los problemas. Pero por grande que sea este valor didáctico, estas grandiosas formaciones primitivas no siempre se muestran suficientes frente a los mucho más complejos problemas del mundo actual. Sus líneas sencillas y severas no pueden expresar la estructura más sutil, elaborada en la multiplicidad de lo particular, del pensamiento moderno.

La forma sistemática fué grata primeramente a los filósofos como una introducción a su *propia* filosofía. Así, p. e., consideró Fichte sus dos "Introducciones a la doctrina de la ciencia"; porque, para él "Doctrina de la ciencia" significa lo que en general se llama Filosofía, y esas dos introducciones tienen por objeto guiar al punto de vista de Fichte, la una a los lectores que todavía no tienen una filosofía, la otra a los que ya la tienen. Igualmente es Herbart el único de los filósofos de cierta importancia que haya escrito literalmente bajo este título una Introducción a la Filosofía, en la que se tiene como mira guiar al lector en la filosofía, en la ontología del autor. Esta forma puede corresponder, sin embargo, más al deseo del autor que al del lector; pues éste quiere principalmente ser iniciado no en una filosofía particular, sino en la filosofía

en general. Ahora, sin duda, el que emprende ese trabajo nunca podrá evitar que su propia concepción influya en el plan del conjunto como en la presentación y apreciación de los pormenores. Desde este punto de vista no podrá hacerse ningún reproche tampoco al presente ensayo. No se puede discurrir sobre estas cosas que agitan hasta lo profundo al espíritu reflexivo sin que se manifieste la propia posición. Lo cual, sin embargo, no puede ser la meta ni el asunto principal.

La introducción a la Filosofía así como no debe ser una simple relación histórica tampoco debe dar la apología de un determinado sistema. Su objeto es más bien ser una guía para el mismo filosofar, llevarnos al vivo trabajo de la meditación, a la inmediata comprensión de sus motivos, de sus tribulaciones intelectuales y de las tentativas de salvación con que se afana por evitarlas. Sólo en este sentido, para desenvolver sistemáticamente la necesidad que hay en el origen de los problemas, ha de orientarse en las formas históricas de la Filosofía acerca de las enunciaciones de los problemas, en las que muchas veces también está indicado el rumbo de su solución, cuando no entera la misma solución buscada. De este modo la Introducción a la Filosofía se pone con igual interés frente al material sistemático y al histórico, en el punto de vista de una *crítica immanente*; y debe realizar de esta manera en las formas del pensamiento contemporáneo lo que anteriormente Hegel emprendió con su *Fenomenología del Espíritu*: mostrar la necesidad con que el pensamiento humano, desde su ingenua concepción del mundo y de la vida, es conducido por las contradicciones contenidas en ella, al punto de vista de la Filosofía.

La forma, sin embargo, en que Hegel resolvía esta tarea, ya no nos agradaría hoy. No podríamos soportar ni su combinación de los movimientos lógicos, psicológico, histórico e histórico filosófico, ni las misteriosas indicaciones en que esta variación de los movimientos lógico, psicológico, histórico e histórico existe la Polihistoria que tal exposición presupone en el lector como en el autor. Pero en especial no podemos compartir la confianza con que Hegel, al menos en principio, en su optimis-

mo histórico, creía en la identidad de la necesidad histórica y de la necesidad lógica del progreso. Debemos más bien, como se ha indicado arriba, reconocer sin reserva, que la sucesión en que la historia ha desenvuelto los problemas de la filosofía es casual respecto de la coherencia sistemática, y que por esta razón dicha coherencia sistemática de los problemas no puede ser obtenida de la historia, sino que con relación a ella queda como el último y más alto problema de la Filosofía misma. Pero el imperecedero mérito de Hegel es el haber reconocido en la historia de los conceptos el verdadero *Organon* de la Filosofía. A él le debemos el reconocimiento de que la formación de los problemas y conceptos tal como la ha producido el desarrollo de la razón humana es para nosotros la sola forma satisfactoria para preparar la elaboración sistemática de los problemas de la Filosofía. Sólo esta base histórica puede preservarnos de descubrir de nuevo lo conocido desde mucho tiempo, o de querer lo imposible. También sólo ella es capaz de orientarnos con seguridad y acabadamente sobre el conjunto de problemas de la filosofía. Pues el hombre no puede llegar de su conciencia inmediata a la reflexión sobre el contenido necesario de la conciencia racional en general, último asunto de la Filosofía, sino sólo por la mediación de su propio ser a través de la historia.

9. — Literatura.

La literatura a que se puede recurrir para una introducción a la Filosofía entendida así, es por un lado extraordinariamente extensa, puesto que hay que tomar en consideración la entera literatura filosófica; por otro lado es extraordinariamente limitada si se trata de obras especiales sobre el asunto. No merece ser sacada del olvido ninguna de las antiguas exposiciones enciclopédicas de introducción a la Filosofía que llevan este nombre. De las otras que corren en el actual mercado de libros bajo este título, la menos feliz es la de Guillermo Wundt: el afamado psicólogo ha creído evidentemente que debía agregar a su exposición sus poco profundas concepciones de la Historia de la Filosofía, y en definitiva sólo ha encerrado allí algunos resúmenes esquemáticos de las llamadas direcciones fi-

losóficas, que han resultado sorprendentemente estériles. El más simpático, el más agradable para el lector de estos libros, es el de Federico Paulsen: se limita principalmente a los problemas teóricos y se completa con su Ética; presenta en ambas obras con una exposición objetiva y de fácil comprensión la opinión general de los hombres cultos actuales. La obra más científica en todo sentido y más instructiva es la de Osvaldo Külpe; pero ella, también en su división según las diferentes disciplinas filosóficas, da introductivos y doctos resúmenes más que el desenvolvimiento orgánico derivado de un principio fundamental formativo. Sólo haremos una mención de tentativas de poca importancia como la esencialmente gnoseológica de Cornelius o la enteramente psicológica de Jerusalem. En general se comprenderá bien esta escasez de recursos directamente útiles para nuestro objetivo. Cuanto más elemental es el asunto tanto menos pueden atrevésele en las exposiciones orales o escritas los principiantes pues la tarea exige no sólo un conocimiento detenido de las formas históricas de la Filosofía, sino también la propia elaboración de toda esta materia y la gestación original de los problemas y sus soluciones por medio de un filosofar personal y vivo. En este sentido han de recomendarse más que todos los nombrados, otros libros que objetivamente sin el título llenan la misión de una introducción a la Filosofía: Entre éstos señalo ante todo "*Zur Analysis der Wirklichkeit*" (Contribuciones al análisis de la realidad), de Otto Liebmann, con su continuación "*Gedanken und Tatsachen*" (Pensamientos y hechos), y después "*Esquisse d'une classification systématique des doctrines philosophiques*" (Esbozo de una clasificación de las doctrinas filosóficas), de Ch. Renouvier.

10. — Saber y apreciar.

Como ciencia de la visión del mundo tiene la Filosofía dos exigencias que satisfacer. Se espera de ella una vasta construcción de todo el conocimiento fundamentada con seguridad y en lo posible concluida; y basada en tal idea una convicción que nos sirva de sostén interior en la vida. En esos dos puntos consiste la importancia teórica y práctica de la Filosofía: debe ser

a la vez ciencia del mundo y sabiduría de la vida; y cualquier forma de la Filosofía que sólo quiera llenar uno u otro de estos fines nos parecería de antemano unilateral e insuficiente. El enlace de los dos momentos es tan característico para la Filosofía que de la variación de las relaciones de ambos puede obtenerse lo más adecuadamente la división de sus presentaciones históricas, en períodos objetivamente diferenciados. Así vemos que lo que se llama Filosofía crece en Grecia partiendo de intereses puramente teóricos, y poco a poco se subordina a la fuerza de las exigencias prácticas; podemos seguir el triunfo de estas últimas en los largos siglos durante los cuales la Filosofía quiere ser esencialmente la doctrina de la redención de las almas. Con el Renacimiento vuelve a predominar un esfuerzo prevalentemente teórico, cuyos resultados el Iluminismo los pone otra vez al servicio de sus fines de cultura práctica hasta que en Kant se hace consciente e inteligible con penetrante claridad la íntima coherencia de los dos aspectos de la Filosofía.

Pero esta relación, como fácilmente puede ahora comprenderse, tiene sus causas reales en la naturaleza del hombre que no es un sér que sólo tiene representaciones sino que quiere y obra, que es no sólo una máquina de impulsiones y movimiento, sino también un organismo movido por juicios. En el mismo juicio en que consiste todo acto cognoscitivo, son activas a la vez las representaciones y la voluntad. Todas nuestras cogniciones se convierten de por sí en concepciones de valor y motivos de voluntad: y por otra parte nuestra voluntad exige como motivos de determinación si no conocimientos, por lo menos opiniones. Saber y querer no son dos fuerzas reunidas en nosotros ocasionalmente sino los aspectos inseparablemente unidos de un mismo y único sér y de un misma y única vida en sí indivisibles; y pueden distinguirse el uno del otro sólo en el análisis psicológico. Por eso todo conocimiento tiene la tendencia a convertirse en una fuerza en la vida de la voluntad, a cambiar la concepción del valor de las cosas, a transformar, crear necesidades, a satisfacerlas o a destruirlas. Por eso hay

por otra parte en la voluntad la tendencia a determinar el conocimiento según su fin y dirección. En verdad en los hombres tomados aisladamente se presentan perceptiblemente separados los extremos, en los que predomina el uno o el otro de los dos momentos. Para la gran mayoría que vive una vida esencialmente práctica, es extraño el pensador solitario a quien basta la felicidad de la *θεωρία*; y tal distinción es justa porque aquí también rige el principio de la división del trabajo según el cual el conocimiento verdaderamente fecundo toca en premio a la investigación por completo desinteresada. Pero en lo substancial de la vida humana y de su movimiento histórico se compenetran en ambos, en todo momento, uno con otro, lo teórico y lo práctico. Los resultados del saber son admitidos siempre en la vida que juzga valores, y de las exigencias de valores derivan los asuntos de la investigación.

Y no sólo los asuntos. También los motivos de la solución de los problemas, también las decisiones de las cuestiones proceden en gran parte del punto de vista de la apreciación. Puede deplorarse y criticarse, puede fundamentarse y celebrarse todo esto: aquí lo establecemos provisoriamente como un hecho que en cualquier parte de lo que sigue ha de encontrar su explicación y consideración crítica. Si pues las opiniones del individuo, la dirección de su atención, el círculo de sus intereses intelectuales, la elección y encadenamiento de los objetos, la concepción y juicio de los mismos son determinados doquiera por las exigencias de la situación, de la profesión, del estado, en una palabra, del querer de la personalidad entera ¿podría ocurrir otra cosa en la evolución histórica de toda la especie humana? ¿Deberían, p. e., eliminarse en general esos motivos de voluntad en el balance de los procesos individuales de la representación, o más bien no debieran los motivos afines reforzarse mutuamente y aumentar su poder sobre el juicio? Nosotros tampoco en la colectividad eliminamos de nuestro pensamiento el querer; más bien en esos valores, considerada psicológicamente, descansa toda la fuerza del pensamiento: allí está sin duda la causa del error pero también la fuerza de la verdad.

Justamente en los grandes pensadores podemos discernir esta relación entre pensar y querer, entre intelecto y carácter: ello es, en efecto, específicamente característico de la Filosofía: en ella, como habrá de mostrarlo alguna de las investigaciones siguientes, se encuentran en una relación completamente particular el pensar que prescinde de la apreciación y el que la toma en cuenta. La Filosofía es ciencia, elaboración de conceptos, como todas las otras ciencias, es transformación del dato intuitivo en conceptos; pero a la vez domina en ella la exigencia de volver a llegar de lo abstracto y conceptual a la vida, a lo intuitivo y a la acción. Ella necesita modelarse para ser una viva intuición del todo, la que significa precisamente por eso una enérgica convicción. La Filosofía nunca significa puro saber, ella quiere y debe ser vida artística y moral. A los sistemas filosóficos se los ha llamado a veces poesías intelectuales; y lo son realmente, pero no en el sentido censurable con el que se caracterizaría lo irreal de sus construcciones, sino en el altísimo sentido de que la verdadera poesía en todas parte no es sino vida formada y formativa. Este momento ético-estético en la filosofía es a la vez el momento personal; fundamenta la significación y la eficacia de las grandes individualidades en la historia de aquella.

11.— División de la Filosofía.

Hemos debido hacer resaltar la íntima unión de lo teórico y lo práctico precisamente porque su separación nos servirá de base para orientarnos en las doctrinas y problemas. Como la división de la Filosofía en teórica y práctica efectuada por Aristóteles se ha mostrado como la más estable hasta nuestros días, nosotros también distinguiremos los asuntos de que hemos de ocuparnos en problemas del saber y en problemas de la vida, en cuestiones del ser y cuestiones del valor, en problemas *teóricos* y problemas *prácticos* o *axiológicos*, como se prefiere decir ahora.

Pero sólo se distinguen de este modo los problemas, los argumentos, las cuestiones. Al contrario, en los ensayos de solución se verá que en el pensamiento tal como lo presenta la his-

toria, y cuyas manifestaciones deben examinarse aquí críticamente, no se ha mantenido esa separación. Lo cual puede verse por ambos lados.

Los problemas prácticos o axiológicos, que para nosotros constituyen el conjunto de problemas éticos, estéticos y religiosos, y en general todas las cuestiones acerca de los valores, sólo pueden tener respuesta científica si se los refiere a los conocimientos teóricos. Por cierto la decisión nunca podrá o deberá ser determinada sólo por un conocimiento puramente racional de los hechos: queda siempre allí en último lugar un *stat pro ratione voluntas*. Pero, sin embargo, tampoco las decisiones pueden realizarse en ningún caso sin la inteligencia científica del dato. No puede realizarse ningún conocimiento del deber sin el del sér. De este modo los juicios teóricos se convierten en motivos, en los problemas prácticos de la Filosofía, aunque no son ellos los solos decisivos. Pero por el otro lado siempre entra, en definitiva, también el interés práctico en el análisis puramente teórico para la resolución de las cuestiones. Nos bastará recordar como referencia histórica los numerosos extravíos que por las exigencias del corazón suele experimentar el proceso objetivo del pensamiento (según la conocida expresión de Lotze en las primeras páginas del *Microcosmos*). Pero además ocurre frecuentemente en la Filosofía un caso particular, aquél en que el postulado práctico es decisivo en la irresolución teórica y en que las posibilidades de opinión teóricamente equivalentes hacen depender de la voluntad la solución del problema, y en que de nuevo por consiguiente vale el *stat pro ratione voluntas*. Esta relación tiene un ejemplo sobresaliente en Kant: ella constituye la coherencia más íntima y hasta el punto decisivo y característico de toda su doctrina (y por eso encuentra en él una discusión detenida); según la cual doctrina la certeza debe ser justificada por un interés de la razón.

A tal amalgama de motivos teóricos y prácticos en las soluciones debemos estar preparados al tratar los problemas de ambos grupos; ella vuelve especialmente interesante la indagación. Pero precisamente por esto dicha relación permanente in-

dica también una última coherencia entre ambos grupos. Ella exige imperiosamente un enlace definitivo de las cuestiones del sér con las relativas a los valores. Todo esto, en términos claros, quiere decir que los más altos problemas filosóficos versan sobre la relación del sér con los valores y de los valores con el sér. De ahí, como se verá en la segunda parte, los problemas religiosos resultan como la conclusión del grupo axiológico.

Una ordenanza y su primera aplicación

Acaba de aplicarse, por primera vez, la ordenanza de 16 de Octubre de 1922, que reglamenta la provisión de cátedras en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Esa ordenanza — conviene recordarlo — reconoce a los diversos títulos profesionales que se expiden en el país, sin excepción alguna, el valor docente que merecen, de acuerdo con un orden lógico y estricto; y somete las designaciones, por simple idoneidad, a un procedimiento de severo contralor. Establece el concurso de títulos y antecedentes, con exclusión de toda prueba escrita u oral, procurando, con ello, reducir su mecanismo a una simple valoración objetiva, interjiversable, obvia decirlo, pues elimina las ecuaciones personales como las influencias extrañas o sentimentales, tan perturbadoras en tales casos. Da preferencia, asimismo, a los profesionales poseedores de una preparación integral y metodológica en la materia que aspiran a enseñar; y somete al postulante elegido entre los que figuran en la terna de selección, a una práctica docente de un año escolar, como complemento del concurso. Por último, ha contemplado la difícil situación que puede crearse, a los profesores, en caso de enfermedad grave; y ha fijado un procedimiento justo para llenar las vacantes producidas por licencias temporarias, eliminando, de hecho, las triquiñuelas o preferencias en favor de un determinado grupo de favorecidos.

La ordenanza de 16 de Octubre, ha excluído, por otra parte, al profesorado suplente, que, en institutos de enseñanza secundaria no puede desempeñar función alguna docente de carácter estable, y que llega a ser, en cambio, un factor cuasi disolvente al subvertir principios respetables de ética y moral profesionales, ya que debe reducirse a asechar la ausencia ocasio-

nal o la enfermedad inexorable, que ha de permitirle hacerse cargo de la enseñanza del titular, siquiera sea *pro tempore*.

Todas estas cuestiones fueron consideradas, en sus diversos aspectos, cuando presenté, el anteproyecto de la ordenanza que me ocupa, en las reuniones conjuntas celebradas por las comisiones de Enseñanza del Consejo Superior y Directiva del Colegio Nacional de Buenos Aires, las que lo adoptaron por unanimidad y sin alteración alguna; y, con posterioridad, discutidas, ampliamente, al tratarse en el seno del Consejo Superior, en las sesiones del 26 de Agosto, 18 y 25 de Septiembre y 2 y 16 de Octubre del año próximo pasado, el despacho que produjeron. La ordenanza de 16 de Octubre, no ha sido, pues, fruto de una improvisación; ni tampoco fué aprobada sin antes someterla a una severa crítica.

Una ordenanza — como la de 16 de Octubre — que ha invertido el sistema observado durante largos años para la designación de profesores, necesariamente debía suscitar, en su contra, la más franca reacción de quienes se han sentido directamente afectados por sus rígidas disposiciones; o, de aquellos, que solucionan las más variadas situaciones, sólo de acuerdo con sus intereses y conveniencias personales. Y, esa reacción se ha traducido, como era de esperarse, a través de insinuaciones insidiosas o críticas unilaterales desprovistas, por ello, de todo fundamento.

Se ha dicho, por ejemplo, que la ordenanza aludida ha sido planeada con el solo objeto de beneficiar a los egresados de la Facultad de Filosofía y Letras: nada más incierto e injusto! “Se ha buscado — dijo el miembro informante de las comisiones, en la sesión del Consejo Superior de 26 de Agosto — qué facultades dictan en sus cursos las materias que se enseñan en el Colegio Nacional, y se ha creído que a los graduados en las respectivas facultades en que esas materias se dictaren, debían dárseles las cátedras afines del Colegio”. Y, como el conocimiento, más o menos profundo, de una disciplina determinada no habilita, sin duda, para ejercer la docencia, la ordenanza ha complementado ese concepto fundamental que la infor-

ma, dando preferencia a los que acrediten, no sólo estudios integrales, sino, también, metodológicos. Por otra parte, la situación a que acabo de referirme beneficia, por igual, tanto a la Facultad de Filosofía y Letras, como a “sus similares” (art. 3º, inciso 1º), y al propio Instituto del profesorado secundario (artículo 3º, inciso 7º), pues, la verdad es que se ha deseado confiar, con toda amplitud, las cátedras de Letras, Historia y Filosofía a los egresados que posean, indistintamente, títulos profesionales “expedidos por las Universidades nacionales e institutos oficiales destinados a la preparación del profesorado secundario” (art. 2º). Por ello, los egresados de la Facultad aludida, de sus similares y del Instituto nombrado, “dentro de cada una de sus especialidades”, pueden optar a las cátedras de Geografía, Historia, Filosofía, Castellano, Literatura, Historia del arte, Latín y Moral práctica (art. 3º, inciso 1º), sobre los de cualquier otra procedencia, por ser los únicos que reciben, en cada una de dichas materias, no sólo una preparación integral, casi siempre intensiva, sino realizan, paralelamente, la práctica pedagógica complementaria y tienen ocasión de frecuentar los Institutos de investigación anexos. De igual manera — y ello evidencia, por sí solo, que no existe exclusividad alguna — los egresados de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de “sus similares” (art. 3º, inciso 4º), y, también, los del Instituto del profesorado (art. 3º, inciso 7º), pueden optar, “dentro de cada una de sus especialidades”, a Matemáticas en todas sus partes, Geología, Mineralogía, Zoología, Botánica, Física, Química, Historia de arte y Dibujo (art. 3º, inciso 4º). En realidad de verdad, la limitación que surge de las referidas disposiciones, tiende, únicamente, a impedir las designaciones de egresados poseedores de preparación tan sólo aplicada, vale decir, insuficiente. Por largo tiempo, lo recordaré, la enseñanza del complejo de conocimientos conocidos, genéricamente, con el nombre de Ciencias Naturales, fué confiada, casi únicamente a los médicos. Era tiempo de abandonar esa práctica viciosa, pues, hoy por hoy, resulta insuficiente el simple conocimiento de la Parasitología, la Botánica médica y Terapéutica y la Ana-

tomía humana, para enseñar Botánica y Zoología general y sistemática o para dictar un curso de Anatomía general y comparada; existiendo, como es notorio, una Escuela de Ciencias Naturales en la Facultad respectiva, o el Instituto del profesorado, cuyos egresados, en ambos casos, reciben sus títulos después de una frecuentación de las aulas que dura cuatro años, y durante la cual adquieren conocimientos especiales intensivos. Otro tanto puede decirse de la Historia y Geografía, cuyos docentes se habían reclutado, antes de ahora, en todos los círculos, sin limitación alguna: sabido es, que, cátedras de esas disciplinas podían desempeñarlas, sin mayores escrúpulos, abogados, médicos, veterinarios, etc. La reacción contra tal sistema, que sólo ha contribuido, salvo raras excepciones, a mantener la enseñanza a un nivel de vetusto empirismo, por el desconocimiento — tratándose de diletantes — de los procedimientos de metódica y crítica imprescindibles, es perfectamente natural y lógica. La situación actual no puede admitir tales soluciones. En efecto, la Facultad de Filosofía y Letras, sus similares y el Instituto del profesorado secundario, otorgan títulos en ambas especialidades; las primeras poseen, además, Institutos, bien dotados, donde se realizan estudios intensivos y en los cuales los alumnos verifican investigaciones de seminario; y, aquella, por correlación, evidenciando la seriedad de sus estudios, prepara los alumnos de Geografía física de la Escuela de Ciencias Naturales de la Facultad respectiva. La ordenanza de 16 de Octubre, pues, no ha pretendido menoscabar, en lo más mínimo, los justos derechos de Facultad alguna, Escuela o Instituto, que, sin excepción, continuarán proporcionando, de acuerdo con sus planes de estudios y la finalidad de sus respectivas enseñanzas, los elementos docentes que, en cada caso, pueden ofrecer. Los abogados se hallarán, huelga decirlo, en condiciones de indudable preferencia para dictar nociones de Derecho, Economía política, Instrucción cívica y Moral práctica; los egresados de las diferentes escuelas de la Facultad de Ciencias Médicas, para Anatomía y Fisiología humanas, Higiene y Química; los de Ciencias Económicas para Aritmética, Algebra y Economía política, etc.

Y, en muchos casos, podrán aspirar a una determinada enseñanza, egresados de diversa procedencia: a Psicología, los de las Facultades de Filosofía y Letras, Medicina e Instituto del profesorado secundario; a Economía política, los de Derecho y Ciencias Sociales y Ciencias Económicas; a Zoología y Botánica, los de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Agronomía y Veterinaria e Instituto del profesorado; a Historia del arte, los de Filosofía y Letras, Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y Academia nacional de Bellas Artes, etc. Sólo que, clausurado el concurso, podrán valorarse los diversos matices y definirse con entera justeza, el grado de preparación integral y enseñanza metodológica de cada cual, de acuerdo con sus respectivos títulos y antecedentes personales.

Se ha afirmado — para citar sólo otro ejemplo — que la ordenanza de 16 de Octubre tiende a excluir, sistemáticamente, a algunos de los actuales profesores del Colegio Nacional de Buenos Aires. Jamás ha estado en la mente de quienes han intervenido en su preparación y redacción definitiva, propósito tan inverosímil. Me bastará hacer notar que, en el anteproyecto presentado por mí a las comisiones de Enseñanza del Consejo Superior y Directiva del Colegio Nacional de Buenos Aires, figuraba un artículo — el 15º — cuyo texto decía así: “Los profesores que desempeñen cátedras al promulgarse la presente ordenanza, tendrán derecho en lo sucesivo, para optar directamente al número de cátedras establecido en el artículo anterior, siempre que se encuentren en las condiciones establecidas en los apartados del artículo 3º y sus concordantes”. El Consejo Superior, sin embargo, entendió que no convenía crear situaciones de excepción y rechazó el texto de dicho artículo; a lo cual yo no opuse inconveniente — como miembro informante de las comisiones en aquel momento — por estar convencido que el concurso no importaba desmedro de ninguna especie para los profesores y siempre que sus títulos encuadraran dentro de las disposiciones del artículo 3º de la ordenanza y sus diversos incisos; hubieran tenido “una actuación distinguida en la enseñanza de la asignatura respectiva” o “producido trabajos nota-

bles sobre la especialidad". Todas estas disposiciones, aunque francamente taxativas, no implican exclusión; y, si determinarían algún equívoco, sólo podría referirse a la extensión que debe darse al concepto encerrado en la frase "actuación distinguida en la enseñanza". Es obvio que la ordenanza no ha querido referirse, en ese caso, a la preparación, calidades docentes y asiduidad, es decir, a las características genéricas de todo profesor o al simple cumplimiento del deber. Si no fuera así, y disimúlase tan ingenua constatación, todo el cuerpo de profesores se distinguiría por igual y su matiz resultaría, sin duda, fuertemente abrumador. En cambio, al puntualizar aquella condición imprescindible para invocar idoneidad, lo ha hecho refiriéndose, como es lógico, a quienes se singularizan en su labor docente y no transforman, dicha tarea, en simple función burocrática. Esa sería la única limitación — si debe considerarse como tal — que ofrece al respecto la ordenanza, la que no afecta, en lo más mínimo, derechos respetables cuando se hallan suficientemente calificados.

Con posterioridad a la promulgación de la ordenanza que me ocupa, y ya producidas las situaciones determinantes de los primeros concursos, contraí mis esfuerzos al propósito de lograr su aplicación estricta, y a la tarea, un tanto más escabrosa, de mantener su espíritu sin menoscabo alguno.

Así, por ejemplo, las vacantes originadas por la jubilación de un viejo y distinguido profesor de Psicología, produjeron una situación, tan excepcional, que la ordenanza no la contemplaba. En efecto, esa enseñanza no tenía otro titular y los dos profesores de Lógica, la asignatura afín, tenían ocupadas todas sus horas por completo. Era imposible, pues, cumplir con lo dispuesto en el texto del artículo 14º de la ordenanza. La Dirección del Colegio, con la mayor sinceridad, creyó salvar la dificultad llamando a dos médicos; uno, profesor en el mismo Colegio; otro, extraño a la casa; y ambos, sin duda, acreedores a la mayor consideración por su labor y condiciones personales. Sostuve, entonces — y ese criterio primó en definitiva — que era "imprescindible observar, en primer término, la norma fi-

jada, terminantemente, en el art. 17, y su concordante el 14, de la ordenanza del 16 de Octubre; y, agotado este procedimiento, colocarse dentro del espíritu que informa los incisos 1 y 5 del art. 3, y lo dispuesto en el art. 11 de la misma ordenanza". "Entiendo decir con esto último — añadía — que, juzgo ineludible, antes de llamar a personas ajenas a la casa o docentes de otras disciplinas, saber si algunos de los graduados en Filosofía y Letras actualmente profesores en el Colegio — los doctores François, Castiella, Cabral, Guerrero Ruiz, Villamil, etc. — pueden hacerse cargo, transitoriamente, de la enseñanza de la Psicología; para, en el caso de que esa gestión diera resultado negativo, llegar a los médicos que, de acuerdo con las disposiciones aludidas, les siguen en orden de preferencia".

He procurado, igualmente, solucionar los equívocos originados por ciertos términos empleados en la ordenanza — bien clara, por otra parte — o determinados por el concepto encerrado en algunas frases; que, de tolerarse, habrían conducido a lamentables tergiversaciones. Uno de ellos, en apariencia baladí, se refiere al valor que debe asignarse al término "Dirección" que figura en el art. 7º de la ordenanza de que vengo ocupándome. Sostuve en el seno de la Comisión Directiva — la que adoptó una resolución fundada en las mismas razones dadas por mí — que el término "Dirección" que aparece en el artículo aludido, se refiere, como es natural, al Director; la única persona que, de acuerdo con el artículo 1º del Reglamento para los Colegios Nacionales del 30 de Abril de 1909, tiene el gobierno exclusivo y directo de la casa. Obvia decir — añadí en aquella oportunidad — que se ha empleado el término "Dirección" genéricamente y dentro del amplio concepto lexicográfico que tiene en nuestra lengua, pues, se puede aplicar, indistintamente al "conjunto de personas encargadas de dirigir una compañía o sociedad", al "cargo de Director", a "cualquiera de las oficinas superiores que dirigen los diferentes ramos en que se divide la pública administración", etc. No habiendo disposición legal alguna que establezca que el gobierno del Colegio se reparta entre varias personas, vale decir, que es colegiado, el término "Di-

rección” se refiere, pues, al “cargo de Director”, cuyas atribuciones se hallan definidas en el Reglamento aludido, que rige aun para el Colegio, pues, no ha sido derogado en momento alguno; y que puede aplicarse en todas aquellas partes que no se encuentren en pugna con la nueva situación que se creó a ese Instituto de enseñanza con su incorporación a la Universidad. Los vicedirectores — continúe diciendo — según lo establece el artículo 9º, inciso 1º del Reglamento aludido, deben desempeñar las funciones del Director “como obligación inherente a su cargo”, sólo “cuando éste se halle impedido para hacerlo”; y, el inciso 2º del mismo artículo, establece que deben auxiliarle “en el cumplimiento de sus deberes”. Huelga decir, pues, que en los casos a que se refiere el art. 7º de la ordenanza de 16 de Octubre de 1922, el Director del Colegio puede solicitar de los señores vicedirectores todos los informes de que hubiere menester, limitando a ello su intervención, pues, de no hacerlo así, se subvertiría la estructura de la organización actual del establecimiento, que, directamente está dirigido por una sola persona, y cuya gestión se halla, únicamente, bajo el contralor de la Comisión de Superintendencia creada por la ordenanza de 28 de Octubre de 1912. Por otra parte — terminé diciendo — del punto de vista de la organización administrativa, la dirección es una y es desempeñada por una sola persona, quien da instrucciones a los que de ella dependen; de modo, pues, que los funcionarios de categorías dependientes, no pueden estar en el mismo grado del Director único, cuando éste ejerce efectivamente el cargo. De no haber primado este criterio, en la formación de las ternas intervendrían varias personas; la valoración objetiva se tornaría difícil; pesarían las razones sentimentales en forma más acentuada; y se habría tergiversado, por ende, el espíritu del artículo respectivo.

Los primeros concursos se abrieron por Abril y Mayo del corriente año, para llenar las vacantes de dos cátedras de Psicología, dos de Geografía, una de Literatura, dos de Inglés y una de Francés; y se realizaron observando las disposiciones contenidas en la reglamentación de la ordenanza de 16 de Octu-

bre, formulada por la Comisión Directiva del Colegio de acuerdo con un proyecto que yo presentara. El éxito obtenido en esos concursos, ha sido halagador; habiéndose presentado 100 aspirantes, distribuidos en la forma siguiente: 17 para Psicología; 28 para Geografía; 14 para Literatura; 23 para Inglés; y 18 para Francés. Formuladas las ternas, la Comisión hizo las siguientes designaciones, de acuerdo con los términos del art. 8º de la ordenanza que me ocupa:

Psicología.

Doctor Juan R. Beltrán, médico, profesor suplente de Psicología experimental en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, etc., y autor de numerosos estudios sobre la especialidad.

Ernesto Campolongo, profesor de segunda enseñanza en Filosofía y exalumno del doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Geografía.

Romualdo Ardissonne, profesor de segunda enseñanza en Historia y exalumno del doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, profesor suplente de Geografía en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata, profesor normal, etc.; y autor de diversos trabajos sobre la especialidad.

Literatura.

Doctor Alfonso Corti, doctor en Filosofía y Letras, profesor titular de Literatura de la Europa meridional en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, profesor normal, etc.; autor de diversos estudios sobre la especialidad.

Inglés.

Venancio Minondo, profesor de enseñanza secundaria, especialidad Inglés, del Instituto nacional del profesorado.

Doctor Lorenzo P. Garrahan, profesor de inglés en la Escuela de Comercio Carlos Pellegrini.

Francés.

Sergio Molina Salas, profesor de Francés en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

Por razones circunstanciales, una cátedra de Geografía ha quedado aun sin llenar; pero, me bastará decir, que, esa demora, sólo responde al deseo de cumplir estrictamente con las disposiciones de la ordenanza.

Por mi parte, me encuentro satisfecho del resultado obtenido, en la práctica, por la ordenanza a cuya sanción apliqué tanto empeño y sincero interés. Si se exceptúan los reparos, de carácter doctrinario, que opuse a la designación de dos profesores de idiomas, basado en la interpretación que doy a la frase "actuación distinguida en la enseñanza" y a que aludí en párrafos anteriores; y las observaciones que me sugirieron dos ternas, formuladas "de acuerdo con el orden de inscripción", por entender la Dirección del Colegio que los aspirantes se hallaban "en igualdad de condiciones" (art. 7º, segunda parte), sin recordar, acaso, que, para que haya igualdad, es menester exista, ante todo, homogeneidad, que no la había en aquellos casos; los concursos se han realizado con entera corrección. Ello implica, sin duda alguna, un buen augurio; y quizá contribuya a dar definitiva permanencia a un articulado que ha satisfecho legítimas aspiraciones, esquivadas, con rara persistencia, antes de ahora.

Félix F. Outes

El genio poético de la mujer latina

Tal como hoy se manifiesta, el genio poético de la mujer latina resultará infructuoso.

Así lo demuestra, por lo menos, la orientación tenaz y visiblemente sensualista que ella imprime a sus concepciones líricas, las cuales, por la misma materialidad de sus alas, se revelan impotentes para alcanzar el dominio de las alturas magistrales.

En efecto: sea por falta de antecedente atávico, sea por carencia de substancia apta, lo cierto es que la potencia creadora de la mujer poeta desconoce ese aliento sobrehumano que suele elevar la concepción del hombre a regiones desusadas e inaccesibles para el común de los seres; lo cierto es que las creaciones femeninas no poseen esa misteriosa reviviscencia que suele hacer imperecedera la palabra, único y precioso don capaz de justificar la bella pretensión que supone semejanza inefable entre el ser inmortal y el ser efímero.

Sin embargo, no es esa diferencia substancial la que debe someterse a juicio, por ahora; ella, con ser importante, puede reputarse prematura, desde que la evolución del intelecto femenino es muy reciente tanto en la parte occidental de Europa, como en toda la América latina. La diferencia que corresponde examinarse es, pues, la que constituye el estro poético de la mujer como calidad, no como esencia; como forma, no como fondo.

Vista así, y en tesis general, es preciso convenir, que la producción poética femenina se nos presenta como expresión determinante de un sensualismo enfermizo, generado, en primer término, por el influjo directo del instinto sexual, al cual aparecen supeditados todos los movimientos psíquicos del su-

jeto creador: sentimientos, ideas y voliciones; producido, en segundo término, por una estructura mental rudimentaria, no depurada aun por el buril de una ilustración estética antigua y persistente. Es que ese sensualismo excesivo — verdadero delirio erótico — que viene a ser como el rasgo sobresaliente de la intelectualidad del bello sexo, demuestra de un modo claro que, como todas las manifestaciones incipientes, su capacidad de concepción mental es aún primitiva y que, por tanto, su visión ideológica no domina más espacio que el que abarca la mirada. Vé, pero sólo lo que tiene cerca; no presente, no *adivina* todavía. Hinchido el cerebro de imágenes inmediatas, considera que el contenido del Universo se reduce al contenido de su cerebro y, como es natural, canta lo primero que tiene al alcance de su inspiración naciente.

Por su condición de tal, la mujer vive, desde hace muchos siglos, con la preocupación absoluta de su belleza física, y todos sus pensamientos, todos sus afanes y todos sus cuidados, se han contraído a defender esa belleza de los agravios de la edad, inexorable y único enemigo que logra aterrarla. De ahí entonces, que el hermoso cuerpo, la blanca carne, la delicada forma, hayan producido en su cerebro la germinación constante de ideas correspondientes a tales imágenes; de ahí entonces, que las funciones intelectuales de la mujer hayan respondido, primordialmente, a las funciones fisiológicas de su arquitectura externa, pues, como consecuencia inevitable, la preocupación del cuerpo, le impuso la preocupación de su destino. La visión del órgano infunde inmediatamente la idea de sus funciones.

Hay que admitir, por consiguiente, que el ejercicio mental de la mujer, por lo mismo que es de iniciación reciente, se desarrolla dentro de límites muy estrechos; y que — si bien hay poderosas razones para explicarlo — resulta muy deficiente todavía.

Pero, desgraciadamente, esto no es todo. Las causas expuestas podrán constituir la exégesis del fenómeno psíquico; mas no justifican el hecho moral o, por lo menos, artístico, que es el que importa.

A pesar de haber sido, como se ha dicho, su preocupación atávica, la deliciosa materia de que está formada, ella, a su vez, es, desde épocas remotas, objeto de una educación cuidadosa, sujeto constante de delicado trato y causa y origen de inúmeros deliquios, bríos y garbos espirituales. Servida, pues, por esta enseñanza, bien pudo aligerar las alas de su pensamiento, afinar sus sensaciones y enaltecer sus ideales. Puesta a refinarse físicamente desde su generación originaria, bien pudo, como de cuerpo, ser femenina de espíritu y poner, sobre los estremecimientos de la carne, las emociones del alma.

Superfluo sería explicar el motivo que hace preferir una cosa a otra, pues ello significaría tanto como ponerse a demostrar que un palacio es mejor que una choza, que es más aventajado asunto para el verso una flor que un brote, una estrella que un diamante... Pero en esto no puede haber duda alguna: porque lo eterno vale más que lo transitorio, los hombres hicieron inmortales a los dioses.

Con todo, ella ha adoptado siempre el criterio opuesto, ha preferido lo efímero a lo imperecedero.

II

El arte lo embellece todo; pero todo no sirve para ser embellecido por el arte. Debe haber, entonces, en el artista, una facultad de selección infalible, desarrollada y perfecta, dentro de la relatividad de las cosas humanas. Y, cuanto más poderosa sea esta facultad, más firme será la base de la concepción poética.

Pero este don, que es privilegio de pocos, tampoco es frecuente en la poetisa moderna. Ésta, al escoger sus temas, trata, a menudo, asuntos de mal gusto o asuntos inferiores a otros que, por la naturaleza misma que los constituye, darían más nobles acentos a su lira y más vuelo a su imaginación creadora. Porque, está bien, por ejemplo, que la mujer que canta llame y desee al hombre, así como el hombre llama y desea a la mujer que sueña; más no puede negarse que la invocación es in-

ferior en mérito cuando apenas logra disimular que su único fin es la satisfacción de un afán inconfesable — casi siempre confesado... — o de una donación caprichosa que quiere hacerse.

Si para la poetisa el hombre no es más que un mero instrumento de placer, preciso es convenir en que no le retribuye los sentimientos con que él la invoca en sus inspiraciones. El poeta — idealizado o no — ve siempre, en el objeto amado, en primer lugar, un ser espiritual en el cual la belleza física no es más que un precioso complemento, — tanto, que el no tenerla, suele ser excusado a la mujer cuando, naturalmente, ella interesa. Es que, para el hombre, lo primero que satisface la mujer son las necesidades del espíritu; las otras, las que son su consecuencia y que tienen también su positivo mérito — nuestra existencia lo prueba — adquieren su especial belleza, cuando nacen de las anteriores. Empero, ante ellas, el pudor de la mujer y la dignidad del hombre, suelen correr un velo que sólo descorre, a veces la inconsciencia, a veces la depravación y, casi siempre, la estupidez humana.

La condesa Mathieu de Noailles, en su composición “Silencio en verano”, toca este punto con verdadera delicadeza; es justo confesarlo. En cambio, otra dama, Lucie Delarue-Mardrus, no tiene reparo en describirnos en su “Negativa” un fenómeno fisiológico periódico cuya aparición está muy lejos de agradar a la vista, por más que sea natural e inevitable... La pretensión de trascendencia filosófica que deja traslucir esta “negativa”, no alcanza, por otra parte, a justificar la descripción indicada. Si a la concepción poética era indispensable la referencia, hubiera bastado la simple alusión al fenómeno. Pero esto es cuestión de gusto y ya hemos dicho que tal gracia es privilegio extraordinario, según lo demuestra la circunstancia de que grandes escritores, carecen de ella a menudo.

La cita de modelos reprobables — muy abundante en América — es preferible omitirla; y la anterior sólo debe admitirse a título informativo.

Es, pues, evidente que la selección de los temas importa notablemente al progreso intelectual de la mujer poeta y que, para lograrlo, ésta debe contemplar un poco más su contenido y no olvidar que, de la persona humana, sólo el espíritu es el que vuela...

El profundo y elegante Guyau — a quien Rodó elogia llamándolo “rey de las comparaciones hermosas” — dice que para que el arte llegue a ser eterno debe huirse de la inmoralidad. Y es inmoral todo lo que va contra el orden natural de la vida. “Un arte que despierta — añade — sentimientos demasiado groseros y positivos, puede decirse que nos rebaja en la evolución de los seres y nos hace vivir y simpatizar con tipos destinados a desaparecer y que son como supervivencias de las edades primitivas”.

Por eso, este legislador del buen gusto, al formular una de sus leyes estéticas, afirma que lo bello estimula nuestra vida bajo tres formas simultáneas: sensibilidad, inteligencia y voluntad, de tal modo que un placer que fuera meramente sensual y careciese de la resonancia que debe producir en el ser entero, esto es, de la combinación armoniosa con las demás facultades psíquicas del individuo, carecería forzosamente de belleza.

Y esto es, precisamente, lo que ocurre con la inspiración femenina, en la cual no vibra más que una sola cuerda.

III

Es curioso observar que mientras el hombre concibe a la mujer, cuando la admira — y sólo así la admira, — dotada de los preciosos atributos de la inocencia, la honestidad y la medida, ella se empeña, cuando tiene ocasión de revelarse, en exhibir calidades de todo punto opuestas a las que la hacen espiritualmente apetecible. El poeta, sobre todo el poeta de genio, sólo ve en ella sentimientos delicados, timideces exquisitas, ideas candorosas y piensa que si sus palabras tienen la oportunidad de reflejar las afecciones de su alma, esas palabras serán tesoros melodiosos de purísimas revelaciones. Jamás podrían ad-

mitir que de tan deliciosos labios broten, en vez de la música de la ternura, el rugido del deseo; en vez de la melodía del amor, el alarido de la lujuria.

El Dante, por ejemplo, concibió así a su Beatriz, y la honestidad fué la primera virtud que descubrió en ella.

“Tanto gentile e tanto onesta pare
la donna mia”...

Sin embargo, a juzgar por la orientación poética de la mujer latina, es de suponer que si Beatriz hubiese hablado en verso, ni le hubiera parecido tan honesta, ni le hubiera dado el gigantesto aliento que le llevó a la inmortalidad de un solo impulso. Por su parte Bécquer, ese soñador inveterado y el lírico español más grande del siglo XIX, pintó como nadie la mujer ideal en aquellos preciosos decasílabos que hubieran bastado por sí solos a consagrar su nombre: “Yo soy un sueño, un imposible”...

Como es lógico, para la mujer, el hombre no puede ofrecer las mismas cualidades que ella; pero, en cambio, tiene otras cuya contemplación podría ser producto de una poesía verdaderamente original y nueva.

Así, por ejemplo, si la mujer, en lugar de preocuparse tan exageradamente de la robustez del contorno masculino o de la energía de sus músculos, se preocupase con más detención y profundidad del pundonor caballeresco, de la arrogancia varonil, del atrevimiento guerrero, de la inspiración genial o de la conducta hidalga, rasgos todos comunes al hombre, llegaría, sin duda, a hacernos conocer interesantes revelaciones sobre la manera que tiene aquél de influir en ella y de determinarla a obrar en el peligroso campo de las contiendas espirituales.

En una palabra, nos haría saber de un modo definitivo qué es el hombre, en su sentir, como complemento físico y moral del bello sexo.

IV

Al referirnos a la poetisa latina en general — la excepción, que la hay, y muy estimable, no establece regla — hemos hecho de intento, una distinción para considerar por separado y como ejemplo digno y edificante, a la poetisa de Oriente.

La condición intelectual eminentemente femenina de esta mujer, es la que, felizmente, nos viene a demostrar que si la nuestra no ha evolucionado todavía, es susceptible de alcanzar un perfeccionamiento moral extraordinario.

La mujer de Oriente, y en especial la japonesa, se ha dedicado al cultivo de la poesía con una vocación tan poderosa, que ha logrado escalar las más elevadas cumbres del Parnaso.

La razón es obvia: más femenina que hembra, volcó en sus cantares las emociones experimentadas ante el prodigio de la Naturaleza y, por tanto, en vez de obedecer a un estímulo parcial como su hermana de Occidente, cedió al influjo de todas las causas que determinaron su modo de querer, impresionarse y obrar, buscando en el espíritu la resultante final del juego de esas causas, resultante que fué y será siempre el sentimiento humano en todos sus aspectos interesantes, en todas sus manifestaciones escogidas.

Claro es que la poesía femenina floreció mejor donde la mujer se consagró de más antiguo a ella y que esta circunstancia le da una enorme ventaja, como manifestación artística, sobre la que fué, en otros países, producto relativamente nuevo. A mayor ejercicio, corresponde, naturalmente, mayor desarrollo, y es lógico pues, — y en esto se cumple la afirmación de Ameghino — que la poetisa moderna, haya recogido en forma de instinto el valioso caudal de experiencia que le fué transmitido paulatinamente, con el hábito de pensar, por la generación iniciadora.

Mejor que en cualquier otra parte, en el Japón — donde el número de poetisas excede al de poetas, según lo hace notar la excelente orientalista Carmela Eulate Sanjurjo — conviene estudiar la causa del fenómeno, el cual se debe al hecho de que

en ese país, si los hombres no creen como Pascal que entre el oficio de poeta y el de bordador no existe diferencia, miraron siempre a la poesía como actividad demasiado delicada para ellos y juzgaron que su práctica serviría mejor para adorno femenino, como el canto o como la música. De esta manera se explica cómo pudo llegar la poesía, en manos de la mujer, a ser expresión de la idealidad más acabada.

Empero, esto no quiere decir que los hombres no se consagrasen a las musas. Al contrario; puede afirmarse que, cuando lo hicieron, las vibraciones de su lira no fueron nunca superadas. Así lo prueban los nombres de Akafito e Hito-Maró entre los antiguos, y los de Shiwoi Uko y Fuku-Shima entre los modernos.

Hecha esta salvedad, puede añadirse que la lírica femenina, dotada de una finura de concepción y una delicadeza de ejecución que hace etéreo el pensamiento y casi impalpable la forma, ofrece modelos realmente admirables y revela, en sus creadoras, la posesión de facultades extraordinarias. En cada composición, en cada estrofa, en cada verso, surge siempre, nítida y serena, la vibración inconfundible del alma humana, honda, unas veces, como los mares sin fondo; elevada, otras, como las cimas eternas.

Y todo es familiar a su inspiración radiosa, la cual, ora se presente en forma objetiva ora lo haga en forma subjetiva, siempre encuentra, dócil al conjuro, la imagen exacta o la expresión fidelísima. Pero, esta finura de percepción y esta facultad de reproducir, se debe, en mucho, a que la poetisa japonesa posee una inmensa cultura y tiene a su alcance los medios de perfeccionarse, pues, por lo general, pertenece a los más destacados círculos sociales. Así es común que sea dama de corte, princesa y aún soberana.

En el siglo X brilló, por ejemplo, como astro de primera magnitud, la célebre Murasaki Sikibu, que fué dama de honor de la emperatriz nipona; y, en nuestros días, se destacó sobre todas la exquisita y, a menudo, profunda Haruco, emperatriz

viuda, cuyo númen poético ha enriquecido notablemente la lírica de Oriente.

Como se ve, pues, la depuración espiritual de la mujer asiática, es un hecho innegable y esta depuración agregada a la antigüedad del ejercicio — causa primordial, según dijimos — explica la finura de su sensibilidad y la elevación de sus ideas.

Su erotismo, tiene ya la clarividencia necesaria para no confundirse con ese clamor dionisiaco que participa de toda la imperfección propia de la materia corruptible que lo engendra, y por eso infunde en su ánimo, no ese afán efímero del hambre que se sacia con el torpe aunque necesario alimento, sino esa aspiración suprema que sólo puede satisfacer la eternidad, como ocurre en estos preciosos versos que transcribe la escritora citada y que pertenecen a la poetisa Irzumi Sikibu, la cual los intitula “Un último deseo”:

Quando vaya a partir, y de la muerte
sienta la mano fuerte
asirme en la agonía,
¡yo quiero verte!
¡Y llevar, con la última mirada,
tu forma bien grabada
en la pupila mía!

Y bien: sobre todas las cosas, la poesía constituye el reflejo supremo del espíritu humano y es por su intermedio que logramos extraer toda la belleza que llevamos dentro.

La calidad de nuestras inspiraciones tiene y revela siempre la calidad de nuestros sentimientos; y, supuesta la sinceridad inevitable para la creación de la obra meritoria, puede tenerse por cierto que la persona que escribe, se confiesa. Sostener lo contrario es como sostener que donde se afirma una cosa debe entenderse otra, lo cual es absurdo.

De ahí pues, que las confesiones que importa la producción poética de la mujer contemporánea, en general, constituyan la revelación de meditaciones muy rudimentarias que, como dice el autor francés citado, aparecen como supervivencias de las edades primitivas, ajenas, añadiremos nosotros, al gra-

do de perfeccionamiento de la mujer presente, a la cual tiempo hace ya que el hombre redimió de su condición de esclava y enseñó a sentir, a querer y a obrar como a reina, como a soberana.

En conclusión, para que el genio poético de la mujer latina se salve de un aborto inevitable y dé los magníficos y perfumados frutos que produce el genio poético de la mujer asiática — inferior a ella en muchos sentidos — es preciso que perfeccione su sensibilidad y adquiera, en substitución del hábito de admirarse como cuerpo, el de estimarse como persona.

Y sólo entonces sabrá cantar, en versos inmanentes, ese sublime sentimiento con cuya mención cierra el inmortal Alighieri, como con llave áurea, las puertas del Paraíso: *L' amor, che muove il sole e l' altre stelle...*

Ernesto Marsili.

¿Como debemos acentuar algunos neologismos científicos?

En geografía, como en otras ciencias afines o auxiliares, se ha sentido la necesidad de modificar y de ampliar la nomenclatura técnica que responda a los nuevos conceptos o a nociones cuyo significado se ha precisado y el término, de vago y genérico, ha pasado a ser exacto y específico. Aquí podría repetir con suma facilidad lo que es ya vulgar y rememorado con exceso: la pobreza del castellano en expresiones científicas, pobreza que, a pesar de la flexibilidad del idioma, señala el retraso de la producción hispánica con respecto a la producción en varias otras lenguas que aventaja a la primera en cantidad y en orientación original. Dejo los lamentos, las acusaciones y las defensas, y paso a señalar un caso especial de nomenclatura cuya pronunciación y correlativa ortografía me sigue teniendo indeciso.

En el número 52 de esta revista (octubre-diciembre de 1919) he publicado la traducción del trabajo de *Roberto Almagiá: La geografía umana*, publicado por *La Geografia* de Novara en 1916. En esa reseña histórica y exposición crítica de las nuevas tendencias de la más discutida de las divisiones de la geografía, se empleaban varios términos que en el original italiano no daban lugar a duda alguna: *biosfera, idrosfera, atmosfera*. Como en italiano, la tercera palabra, ya de larga historia en los idiomas modernos, es de acentuación grave, las dos primeras se han formado de un modo análogo y pronunciadas como llanas no disuenan, antes bien, esa parece ser la pronunciación más agradable.

Al traducir no quise usar un circunloquio, máxime si se tiene en cuenta que algunos términos correspondientes a esa serie

de conceptos tienen ya una aceptación castellana casi definida y aumenta siempre más su uso. Esos conceptos se refieren a las grandes divisiones físico-biológicas que se establecen en el globo terráqueo, divisiones que afectan el aspecto de esferas huecas más o menos perfectas, menos la más interna que es marica. Voy a enumerarlas y a explicar someramente el significado de cada una comenzando por la envoltura más externa:

a) La envoltura gaseosa más o menos enrarecida pero continua y de altura sensiblemente uniforme para cualquier punto de la superficie: es la *atmósfera* y tanto el término como su concepto son ya tan vulgares que no requieren explicación de ninguna especie;

b) La envoltura húmeda constituida por: el vapor de agua (este elemento es a su vez una parte de la atmósfera), el agua de los océanos, mares interiores, lagos, ríos y las aguas subterráneas; aquí no tenemos una distribución uniforme en superficie ni en espesor, pero teniendo en cuenta el predominio de la superficie oceánica sobre la continental y que la supresión casi completa de la humedad se halla sólo en los desiertos secos, no se necesita un exceso de buena voluntad para admitir la existencia de una envoltura acuosa del globo que ha sido bautizada helénicamente con las partículas correspondientes al agua y a la esfera;

c) La vida recubre también el globo con marcada irregularidad en la intensificación del fenómeno, mas con cierta continuidad: en las aguas la vida es abundante y tiene manifestaciones más o menos intensas en la parte continental, en la zona de contacto del suelo y de la atmósfera, influyen las grandes alturas y los abismos, los vegetales y los animales reciben la acción benéfica de muchos factores favorables, mas resisten también con éxito a otros factores adversos y la vida cesa (quizás no de un modo absoluto) tan sólo en los desiertos bien cálidos y en las desoladas regiones polares; esta expansión universal de la vida ha sido expuesta claramente por *Federico Ratzel* en su obra accesible en italiano *La terra e la vita*, vol. II, donde

se manifiesta convencido partidario de la denominación geográfica que lleve los dos elementos: vida y esfera;

d) Continuidad completa tiene la otra capa (a menos que se consideren las chimeneas volcánicas) constituida por rocas sedimentarias y de origen ígneo: es la corteza de rocas observable en la zona continental, que se continúa debajo de los océanos y que presenta un espesor más o menos uniforme, hasta llegar a la masa interna en estado de ignición; esta corteza se llama con palabra compuesta en que interviene la piedra y la esfera;

e) El interior del globo, de volumen mayor que el de las capas anteriores, se supone que por su elevadísima temperatura sigue en estado de ignición, no es envoltura sino que está rodeado por las envolturas susodichas y su aspecto térmico es el elemento que influye en su denominación: esfera de fuego.

Guiándome por el término atmósfera que demuestra claramente que la palabra griega *σφαῖρα*, *sphaîra* en el compuesto se castellaniza *sfera* y no *esfera*, he conservado para el castellano los compuestos del original italiano (salvo el agregado de h inicial): *biosfera*, *hidrosfera*. Pero aquí asomaba el problema del acento, pues si conservaba la acentuación llana, la más agradable, no había uniformidad en palabras similares e inclinandome al ejemplo de la palabra ya aceptada de un modo definitivo por el castellano, por analogía las convertí en esdrújulas: *biósfera*, *hidrósfera*, aunque el sonido sea desagradable. Así pues esta serie de denominaciones se establece así:

- a) Capa gaseosa: *atmósfera*;
- b) Capa acuosa: *hidrósfera*;
- c) Capa biológica: *biósfera*;
- d) Capa rocosa: *litósfera*;
- e) Globo ígneo: *pirósfera*.

Algunas publicaciones en castellano dan elementos de juicio no siempre uniformes para este asunto:

Enciclopedia Espasa: *atmósfera*, *hidroesfera*, *pirósfera*, *litoesfera*; pero al explicar la palabra *pirósfera* emplea la variante *litósfera* (vol. 44°); otros términos no figuran por no

haberse completado la publicación o por no registrarlos sus redactores.

Beltrán (Juan G.), *Beltrán* (Oscar R.), *Lo inerte y lo vital*, 2ª edición, Buenos Aires, 1922: *atmósfera*, *hidrosfera*, *biosfera*, *litosfera*.

Diccionario enciclopédico hispano-americano: *atmósfera*, *pirósfera*, *hidrosfera*; registra también la palabra *biósfera* pero las dos acepciones que presenta no interesan a la geografía: "Átomo hipotético en que se funda el origen de todos los cuerpos organizados". "Granulación molecular observada en los jugos vegetales y que se halla dotada del movimiento o agitación de Brown" (*Nuevo apéndice*).

Real Academia Española, Diccionario de la lengua castellana, décimocuarta edición, Madrid, 1914: *atmósfera*, *pirósfera*; por lo visto la Academia presenta la refundición de los dos elementos que considero correcta y de la acentuación esdrújula, aunque no registre las demás palabras similares; la Gramática de la Academia no resuelve el problema, pues afirma que, en las palabras compuestas de origen griego, el acento puede colocarse a veces sobre el primer elemento, a veces sobre el segundo.

Después de haber expuesto el criterio que he seguido para dar una solución que no considero definitiva respecto a la acentuación: la esdrújula me parece desagradable pero conforme a lo que el idioma ya ha resuelto en un caso anterior, es proceder por similitud; la grave me parece mejor como sonido, pero tiene el inconveniente de diferenciarse de lo existente, a menos que se espere volver llana también la palabra *atmósfera*, lo cual se me figura difícil; termino esta nota sometiendo este asunto a la atención benévola de quien se entienda de filología.

Romualdo Ardisson.

Buenos Aires, 24 de Julio de 1923.

EL FILÓSOFO

He aquí que la realidad que nos circunda, tangible, indudable al parecer, va a volverse subitáneamente insegura, problemática, y hasta ha de amenazar anonadarse, evitando ágilmente la garra de nuestro pensamiento exasperado. ¿Qué soy?, clamará ella agresivamente, como uno de esos desmesurados, astutos y multiformes demonios del Ramayana, que perseguido por Rama o por Laskmana, se hubiera venido hasta nosotros, iracundo y engañador, para pugnar formidablemente con un héroe del pensamiento. ¿Será acaso que ahora, como en los poemas, los monstruos no aparecen sino cuando se acerca algún héroe, cual si fueran creados para la prueba y para la gloria de éste?

Pero ¿quién es ese héroe del pensamiento, ante cuya presencia la realidad que nos circunda va a volverse un ineludible, un angustioso problema? ¿Quién es ése que tiene el terrible poder de turbar el reposo profundo de las cosas, de poner en peligro la prístina afirmación del mundo sensible? Sé deciros de él que para acercarse a su meta, ha debido, como el paladín invicto de la selva encantada en el poema del Tasso, atravesar lo aparente sin inmutarse. Su meta es la inquietante, la recóndita profundidad: más allá de la realidad vulgar, ininteligible y maravillosamente matizada; más allá aún de la realidad científica, sin matices, monótona, cuantitativa, calculable; más allá todavía de los principios, de las categorías, donde, a veces, naufragando en el caos, el pensador padece, mártir de la luz, el horrible suplicio de sentir sobre sus hombros un mundo y bajo sus pies un abismo. Más allá todavía: — su meta es la realidad filosófica — conciencia, espíritu, continuo psíquico, continuo material, flujo eterno, representación, perspectiva — la sutil rea-

lidad filosófica donde se desvanecen las contradicciones que llevan hasta ella, aguijoneándolo, al pensamiento, y donde tal vez intuye éste, en divino reposo, la profunda armonía del universo.

Pero diréis acaso: ¿Qué ganaremos al ser privados de la tranquila posesión de nuestra realidad o de nuestra ilusión, llámesele como se quiera? ¿Para qué angustiarnos con tales problemas? ¿Para qué la sombra, el dolor de la sombra? Afirma Sócrates en un diálogo de Platón, expresando el pensamiento de Heráclito y de Protágoras, que el bien del espíritu es la movilidad; es decir, la meditación. El fin de la meditación es la claridad, pero ha de empezar ella por crear la sombra, es decir, el problema. La sombra que llevamos es una posible claridad, es el deforme bloque en que cincelaremos la estatua. Bendigamos la luz, pues, pero no rehusemos el lote de tinieblas que somos capaces de aclarar en esta vida. La extraña suerte del pensador es esa: dar luz y llevar en su entraña la angustia de la sombra. Y ya que la meditación es el bien de nuestro espíritu, sea nuestra misión la claridad. Aceptémosla valientemente y trabajemos por la filosofía que es la máxima iluminación del universo.

¿Quién es ese héroe del pensamiento, he preguntado antes de ahora, que tiene el terrible poder de turbar el profundo reposo de las cosas y de poner en peligro la prístina afirmación del mundo sensible? Mi respuesta será la de Teodoro en *El Sofista*: "... si no creo ver en él un Dios, lo tengo al menos por divino, porque los filósofos son para mí hombres divinos"....

.

Alberto Rougés.

NOTAS Y COMENTARIOS

Juan Agustín García

El 23 de junio próximo pasado, falleció en Buenos Aires el doctor Juan Agustín García, profesor de Historia de América en la Facultad de Filosofía y Letras.

La prensa — con tal motivo — recogió y exteriorizó el sentimiento de tristeza y desolación por la muerte del prestigioso e ilustre escritor; en el sepelio de sus restos oradores calificados trazaron, con emoción apenas reprimida, la silueta del autor de la "Ciudad Indiana", discurriendo sobre el contenido de su obra sutil y profunda, que por los temas tratados y la expresión alcanzada, revela una comprensión más justa de nuestros fenómenos históricos. VERBUM publica un estudio meditado, exacto, sobre la significación de la obra de García entre nosotros. Creemos que es la manera más provechosa de recordar al desaparecido, aspirando a una mejor apreciación de sus ideas.

Lo que nunca se dirá bastante, es el vacío que deja entre sus discípulos. Para ellos fué un maestro incomparable, ejerciendo un irresistible encanto con su pensamiento diáfano, una sugestión profunda con sus palabras armoniosas, siendo una lección permanente por la delicadeza, sobriedad y mesura, que mostrara en la cátedra, en el libro, en la vida pública y privada. Nunca podrá olvidarse la emoción, la sensibilidad fina, con que enseñara su ciencia, tan seductora por la forma con que supo presentarla.

Publicamos las palabras del Decano, señor Rojas, en el acto del sepelio:

Señores:

Aquí está ya, dormido para siempre en su féretro, el cuerpo del noble amigo, del escritor insigne, del maestro ejemplar.

Ante la cosa funesta, una voz interior me dice: Hablar... ¿y para que?... Los muertos oyen mejor el silencio, y bajan

dichosamente a nosotros si los llama un callado pensamiento de amor convertido en plegaria.

— Cuando García andaba por el mundo, su espíritu sonreía de todo lo que pudiera ser vanidad. Sus oídos tolerantes ya no pueden oírme, aunque yo sé que si su espíritu flota sobre el túmulo funerario, podrá sonreír, acaso, de nuestros absurdos monólogos, pero no de la sincera actitud de nuestras almas, porque García era sensible a la amistad y cultivaba la ilusión de la gloria.

Yo no he hablado nunca en este lugar de tristeza, porque él reaviva en mi corazón la congoja de cuando vine a dejar en su tumba a mis muertos amados; mas he debido sobreponerme a tal apocamiento del ánimo y a toda aprensión literaria, para venir a llenar un alto deber, calificado por la representación oficial que traigo y por la propia excelencia del muerto ilustre a quien tributamos este homenaje.

El señor rector de la Universidad de Buenos Aires me ha encomendado la misión de hablar aquí, por los eminentes servicios que durante veinticinco años prestó Juan Agustín García a la más alta institución educacional de la República. Profesor de derecho, abrió nuevos horizontes a esta disciplina, contribuyendo a nacionalizarla y a explicar las formas jurídicas por fenómenos más profundos de la realidad social. Profesor de historia, renovó el contenido de esta enseñanza, contribuyendo a ampliar el primitivo relato épico por el análisis de la vida civil. Consejero de la Universidad, fué en todo tiempo una fuerza de moderación y de concordia, pues en medio de un ambiente caldeado por las pasiones, conservó su aristocrática serenidad.

Como decano de la Facultad de Filosofía y Letras, vengo también, por propia determinación, a explicar el sentimiento de la Facultad que dirijo. Allí le tuve entre mis colaboradores más valiosos; allí terminé de conocer la refinada complejidad de su espíritu: allí pude apreciar que el caballero y el camarada valían tanto como el maestro y el escritor. Fué un maestro en el más noble sentido de esta palabra, porque tuvo discípulos

formados bajo su influencia personal, que estaba hecha de doctrina propia y de sugerencias amables: caso raro en nuestras escuelas, aunque frecuente en países de más antigua cultura.

No debo analizar aquí la obra intelectual de Juan Agustín García; pero ella es de tal sutileza y trascendencia, que ha de pasar a ser tema de estudio en las cátedras donde él enseñó. Su labor docente y sus libros literarios señalan un momento de nuestra cultura. Algunas de sus ideas esenciales han pasado al acervo de la conciencia nacional y muchas de sus páginas mejores pasarán a las antologías como ejemplos de ritmo, de claridad y de proporción. Cualesquiera que sean las limitaciones con que pretendamos definir su carácter, su fantasía o su estilo, resultará de esa definición una figura singular y representativa en la generación a que perteneciera. Su nombre y su obra merecen lugar visible en la historia del pensamiento argentino. Porteño de buena cepa, deja a Buenos Aires la evocación de "la ciudad indiana", con su sacristán en los jardines del convento, con su cuarteona en los mercados de la plaza mayor. Patriota de antiguo cuño, deja a la Argentina la formulación de algunas ideas-fuerza que han guiado su evolución, desde los días heroicos del patriado, hasta los actuales en que ridiculizó el snobismo de las clases directivas y la incultura de las clases populares. Artista de buen humor, deja a las letras hispanoamericanas dos personajes simbólicos en Chiche y la Chepa Leona. Maestro amable, deja a la Universidad el ejemplo de cómo aun en los más graves debates, nos asistía con su experiencia docente, con su autoridad moral, con sus dotes de hombre de mundo, dándonos a beber el agua fresca de su tolerancia, endulzada a veces por la miel de su ingenio o picantemente sazónada por el grano de sal de su ironía. Por todo ello este discurso no es tanto un homenaje de protocolo, cuanto el emocionado adiós de los universitarios y escritores que al mirarlo partir para siempre, sentimos ya la nostalgia de su ausencia. Caso raro, su bondad era el metal noble que servía de engarce a su talento, y así brillaba, como el diamante en el oro, el ingenio del artista en la bondad del amigo.

Señores: quería yo a este amigo generoso, estimaba al caballero sin tacha, al camarada amable, al maestro eficaz, al publicista infatigable, al artista fino, al patriota inteligente. En muchos años de intimidad, ví que era uno de los más raros espíritus que ha producido nuestra raza. Así compenderéis que haya osado turbar con el rumor de mis palabras el silencio de su tumba, pues necesitamos, desde ahora mismo, rescatar de la muerte el nombre de Juan Agustín García, para entregarlo como una sugestión de cultura a la conciencia civil de su patria.

Quede en vosotros esta final afirmación, y vaya el discurso a perderse en la inmensidad sombría de lo que está más allá, como vano rumor de hojas secas sopladas por el viento de la noche.

Filosofía: Notas y Noticias

Alberto Rougés. — El bellissimo fragmento titulado *El Filósofo* que reproduce VERBUM, se extracta de las palabras con que el doctor Alberto Rougés presentó a Ortega Gasset en la Universidad de Tucumán, en 1916. Aunque no es gran alabanza, no está demás decir que es, probablemente, la más hermosa página filosófica que se haya escrito entre nosotros.

El doctor Rougés es uno de los pocos hombres que en el país se consagran a tales estudios, y lo hace con el empeño tenaz y el recato austero de las vocaciones sinceras. No recuerdo de él, aparte de este fragmento, sino un artículo aparecido hace algún tiempo en *La Nación*; no creo que haya publicado mucho más. Sus predilecciones le llevan a la crítica del conocimiento científico, y quizá prepara algo sobre el asunto. *El Filósofo* atestigua bien de esta dirección suya, pues en él se considera como problema filosófico por excelencia, como el primero y fundamental, el del conocimiento; y la noble emoción intelectual que impregna sus palabras, el sentido trágico del problema, tan eficazmente expresado, revelan en el autor todo lo contrario de un *dilettante*: descubren en él al hombre que identifica la especulación con su vida espiritual más íntima y espontánea, y que será capaz de darnos algún día una elaboración propia y original de la materia filosófica.

Karl Vorländer. — En el prólogo que escribió para la edición española del manual de *Historia General de la Filosofía* de Schwegler, en 1912, ya indicaba Don Adolfo Bonilla y San Martín la conveniencia de traer a nuestro idioma los manuales de Vorländer y Windelband. Nadie recogió su recomendación, y si los estudiosos ignorantes del alemán tienen ahora a su al-

cance una buena traducción italiana del último, no hay, que yo sepa, versión en idioma romance del primero.

Esta carencia no será muy larga, si es cierta la noticia que trae el propio Vorländer en su libro. En efecto, en la página 450 del segundo volumen (6ª edic.) señala a Ortega Gasset como traductor español de su obra.

El manual de Vorländer apareció en 1902, y llevaba hasta 1921 seis ediciones. Al publicar la primera, creyó necesario el autor explicar las razones que le movieron a dar al lector alemán un libro más de historia de la filosofía. Creía — viene a decir, en resumen — que su libro llenaría una necesidad, ocupando un lugar propio entre las grandes obras de Ueberweg, J. E. Erdmann y K. Fischer, por una parte, y los breves compendios de Schwegler, Kirchner, etc., por otra. El libro de Schwegler, muy útil en su tiempo, ya no satisfacía; los resúmenes de E. Zeller y Falckenberg exponen sólo una parte del desarrollo del pensamiento filosófico, y la excelente *Historia de la Filosofía* de Windelband, más que un manual en la acepción corriente, es una historia de los problemas y de los conceptos filosóficos. Los autores de escasa responsabilidad científica no cuentan, y un libro de mediana extensión como el suyo, que diera un examen total del asunto, no existía hasta entonces.

Esto era en Alemania. Entre nosotros, el manual de Vorländer no podrá llenar ninguna necesidad particular, que no sentimos, porque en achaques de cultura, las necesidades particulares son un lujo y un refinamiento de quien ya tiene satisfechas otras. Nosotros vivimos en una especie de necesidad general, amplísima e indiferenciada, que es anterior a las necesidades parciales como el caos es anterior a los mundos. Pero siempre nos servirá, aunque sólo fuera haciéndonos sentir de manera más evidente lo enrarecido de la atmósfera cultural que respiramos. Por ejemplo, su revista del pensamiento contemporáneo, hasta Spengler, aunque sumaria, quizá suscitará curiosidades nuevas y fecundas, deseos de conocer el pensamiento posterior a Schopenhauer, casi incógnito entre nosotros.

Filosofía portuguesa: la Bibliografía de Figueiredo (1).

Fidelino de Figueiredo es autor de la mejor historia existente de la literatura portuguesa; quede para otra ocasión decir dos palabras sobre este libro considerable, al que vuelve a dar actualidad la nueva edición que ahora va saliendo.

No sé dónde dice Renan que el ideal del escritor es ocuparse en una obra de aliento, larga y lenta, y al mismo tiempo producir pequeños trabajos, como entretenimiento y descanso; algo, en efecto, faltaría en quien fuera capaz de absorberse en un asunto único, por vasto y complejo que sea, sin experimentar el flujo y reflujo de los acontecimientos, sin reaccionar ante ellos. Estos acontecimientos, para quien es ante todo un investigador y un meditativo, están dentro, naturalmente, del círculo de las preocupaciones espirituales, pero no por eso dejan de ser *actualidad* respecto a cualquier propósito de amplio desarrollo, cuya realización requiere largo espacio de tiempo.

Los trabajos breves de este ilustre erudito portugués constituyen ya cuatro volúmenes; los temas revelan un espíritu curioso de problemas y de almas aún fuera del dominio donde habitualmente aplica su actividad. Ha dedicado unas páginas a Rodó y a Croce. Y ha recogido el año pasado una bibliografía de la filosofía portuguesa, avalorada, fuera de los méritos propios, que yo no puedo apreciar — por la circunstancia de ser su autor con seguridad el hombre más al tanto hoy del acervo bibliográfico portugués. Basta para dar interés a esta bibliografía el figurar en ella, al lado de cien nombres que nada dicen a quien no es un especialista, los de Gouvea, León Hebreo, Fonseca, Anthero de Quental, Coimbra, y el del grande escéptico Francisco Sánchez.

Francisco Romero.

(1) Fidelino de Figueiredo: *Para a historia da philosophia em Portugal (Subsidio bibliographico)*. — Porto, 1922.

Américo Castro entre nosotros

Don Américo Castro, destacado trabajador y maestro español, se halla entre nosotros, llamado por las Universidades de Buenos Aires y La Plata.

De la tarea compleja que se ha impuesto, es precipua la de fundar el Instituto de Filología y formar un almácigo de personas que sepan observar y estudiar los fenómenos del lenguaje con espíritu científico.

Esta labor es ardua. Todo debe hacerse y la expresión "*fundar el Instituto*" dista mucho de ser hiperbólica. El profesor Castro suple con entusiasmo fructífero la penuria imponderable en que la Facultad abandonó al neonato y la visible falta de preparación de las personas que acuden a trabajar bajo su dirección. Pero, con ser graves las mencionadas desfavorables circunstancias, comienza a notarse el provecho de su paciencia cordial. Media docena de alumnos prosigue trabajos metódicos de investigación sobre diversos aspectos del castellano hablado y escrito por los argentinos, o toman a su cargo la transcripción y estudio de un código español del siglo XIII. En poco tiempo más, tendremos todos los buenos (= menos malos) vocabularios hispano-americanos recortados y pegados en papeletas que se ordenarán por orden alfabético; ello constituirá, sin duda, elemento de juicio indispensable para todo esfuerzo tendiente a superar nuestros actuales conocimientos lexicográficos, fonéticos y gramaticales en respecto del hablar de los países hispano-americanos. Es inminente la publicación del primer fascículo del Boletín del Instituto y la edición del Nuevo Testamento contenido en el código a que hice referencia.

Menos feliz y muy sugerente es el resultado del curso que el profesor Castro dedicó a los alumnos de la Facultad que es-

pecialmente se hubiesen inscripto, sobre fonética descriptiva del castellano. Como exigiera ejercicios continuados, los alumnos desertaron en masa. Hoy concurren nuevamente, en cantidad, a oír sus comentarios de obras clásicas.

El Ministerio de Instrucción Pública aprovechó la estada de tan calificado estudioso y le encomendó una serie de conferencias sobre enseñanza del castellano y su literatura. Actualmente la está desarrollando con notable éxito. Da muestra de probidad intelectual vapuleando el estado actual de la enseñanza de estas asignaturas. Los caminos que propone desconciertan un poco al auditorio porque, relativamente, no le "sueñan" a novedosos. Al pretender otras "novedades" buena parte de los oyentes demuestra padecer un doble error de apreciación: uno, porque lo dicho es nuevo en relación a la realidad, a lo que acontece en nuestro país; otro, porque nada debía aconsejarnos que no estuviese abonado por la doctrina y experiencia de los más adelantados países.

El profesor Castro, cumple entre nosotros, como se ve una labor de profícua docencia, cuyos alcances se abren en dilatada perspectiva.

Gregorio Halperin.

Septiembre de 1923.

Crónica musical

En el primer semestre de este año escasos motivos de satisfacción nos ha proporcionado el arte musical argentino, el único que puede afirmar la existencia de una verdadera cultura; desde que el arte europeo, interpretado por europeos, sólo es una mercancía adquirible con dinero, que abunda en épocas de bienestar económico y escasea en tiempos de crisis!

Novedades argentinas pueden señalarse: "Y entre sombras se moría, el crespo sauce llorón", primer número de una serie para piano de Floro M. Ugarte, delicada estilización de canciones populares, que significa un valioso aporte para nuestra música argentinista; 3 Valses (en mi mayor, en sol menor, en si mayor), de Ricardo Rodríguez, que denotan gran influencia francesa moderna, no asimilada a nuestro ambiente, pero realizados con nobleza y saber; "Raquela", boceto lírico de Víctor Mercante, musicalizado por Felipe Boero, simpática tentativa de drama lírico nacional, construída sobre motivos de canciones y danzas populares (estilos, hueya, gato), pero sin la estilización necesaria para elevar esos motivos, que el artista debe revestir con todas las galas armónicas y orquestales, como lo hicieron Chopin, Musorgsky, Rimsky-Korsakoff, Grieg, Albeniz y de Falla, creadores de las escuelas musicales polaca, rusa noruega y española, y como lo hacen aquí Williams, de Rogatis, López Buchardo, Forte, Le Bellot y demás compositores americanistas. Boero, se ha concretado, casi, a tratar los motivos a usanza del payador, defecto que se notó, sobre todo, en el gato, y la fiesta, que hubiera podido dar pie a la realización de una hermosa y colorida página sinfónico-vocal, evocadora de la vida pampeana. "Ilse" de Gilardo Gilardi, drama lírico so-

bre un poema ñoño, es un trabajo juvenil, en el cual el autor acredita buenas intenciones, que no realiza siempre...

Ya que hablamos de obras líricas argentinas, necesario es proclamar bien alto, aunque sea en el desierto, que necesitamos un teatro nuestro, donde compositores, directores de orquesta, escenógrafos, cantantes y bailarines, se inicien en su carrera y vayan formando el teatro musical argentino, que no surgirá jamás del Colón. Para esta obra, nos sobran elementos, todo está en que los poderes públicos tengan conciencia de sus deberes para con el arte argentino — ¡acaso ello es pedir peras al olmo! — y se hagan asesorar por verdaderos artistas, no por comisiones administradoras, compuestas por distinguidos caballeros, analfabetos musicales.

Pasemos ahora al arte extranjero.

Los Coros Nacionales Ukranianos y la orquesta rusa de Balalaikas, nos han revelado el alma musical popular eslava. Ambas agrupaciones, son fruto de una larga evolución y de una cultura refinada y nacional, como debe ser toda verdadera cultura. La tradición coral rusa, tiene siglos de existencia: nace en la escuela y en el hogar, donde se inculca al niño una cultura que ignoramos aquí, pues la enseñanza de la música en nuestras escuelas primarias, graduadas y normales, es desastrosa, por supina ignorancia de casi todo el personal docente, reclutado entre recomendados políticos, y por falta de un plan de estudio moderno y adaptado al ambiente; en Rusia, como en Alemania, países Escandinavos, Suiza (con el admirable método de Jacques Dalcroze), etc., la enseñanza es, sino perfecta, buena; de suerte que el niño posee los conocimientos necesarios para actuar con placer y eficacia, en las sociedades corales y orquestas populares, que florecen en los países verdaderamente musicales, y ejercen una saludable influencia sobre las masas. No es extraño que aquí no hayan sociedades corales, por más que nuestra música popular pampeana, y, sobre todo nordeña, exija el coro, como lo prueba el hecho de que coreados son muchos bailes: Pericón, Los Amores, La Firmeza, La Hueya, El Triunfo, etc., y canciones como las Vidalas...

Los Coros Nacionales Ukranianos han llegado a extraordinario virtuosismo: la extremada delicadeza de los matices, la perfección de los crescendos, la belleza y diversidad de las sonoridades, la pureza del estilo: todo asombra y entusiasma; acredita lo que puede hacer un pueblo que cultiva su arte autóctono y que se preocupa de su cultura. La orquesta de Balalaikas, posee iguales cualidades, que causan menos efecto, porque la balalaika, especie de bandurria, no puede compararse con la voz humana.

Ojalá de estos dos admirables conjuntos saquemos alguna enseñanza; dejemos de ser simples auditores, papel pasivo sin trascendencia, para transformarnos en actuantes. Fomentemos las sociedades corales y las orquestas típicas, y habremos probado que no en vano hemos recibido la visita de las mencionadas agrupaciones rusas.

Por una feliz coincidencia, un artista ruso, el eximio pianista Alejandro Borovsky, nos ha dado a conocer muchas obras de dos grandes compositores, que la conservadora Europa ha tachado de futuristas, pero que aquí no han asustado a nadie; ellos son Scriabine y Prokofieff, sobre los cuales pesa el anatema de los escolásticos y de los académicos, y que son, en realidad, grandes artistas y no menos grandes músicos, que maltratan con talento, buen humor y no escaso buen sentido, la sacrosanta tradición musical germana, que a fuer de rusos no tienen porqué seguir.

El modernismo de Prokofieff y de Scriabine, no va más allá del de Schoenberg, de los "seis", de Mompou, Lord Berners, Malipiero y demás innovadores, sobre quienes es aventurado abrir juicio: unos los consideran como dementes y energúmenos, otros como genios... Creemos que de ambos bandos se exagera; a juicio nuestro son precursores de una música más libre, más rica, más variada que la actual, que aún no cuenta con el genio sintético que le dé su forma definitiva. En Scriabine y Prokofieff, hay momentos de intensa emoción, de gran fuerza dinámica, hay simpáticos y fecundos atrevimientos, ello es lo interesante; lo demás: irreverencias para el sentido audi-

tivo, crueles humoradas para indignar a los pelucones, exageraciones en las disonancias, son defectos habituales a los revolucionarios, que van más allá momentáneamente, pero que llegarán al equilibrio y a la obra, que según una expresión de Paul Dukas, no haya sido escrita contra alguien...

En el Colón se han ofrecido cuatro estrenos extranjeros: "Electra" de Ricardo Strauss, hoy nuestro huésped, la más prominente figura de la música contemporánea. Su tragedia lírica, es de una potencia extraordinaria; jamás llegó la música a semejante fuerza; páginas como la que precede la llegada de Clitemnestra y la de Oreste, como la danza de la venganza de Electra, alcanzan a un poder subyugador increíble y único; es lamentable que la emoción humana de la obra sea inferior al poder dinámico, que la inspiración melódica derive algo del estilo vienés — harto baladí —; pero, con todo, "Electra" es una obra formidable y colosal, que sólo puede ser realizada por un genio. Ricardo Strauss, con sus cualidades y defectos, es el más genuino representante musical de nuestra época; en la fuerza y grandiosidad de su obra, en la belleza y fealdad que en ella se codean, están reflejadas las luchas, las agitaciones, lo sublime y lo ruín, de nuestros tiempos, y ello basta para colocar al gran músico alemán en un sitio que nadie puede disputarle.

"Debora e Jaele" de Hildebrando Pizzetti, es el polo opuesto de "Electra": en ella todo está medido y contenido; el compositor italiano parece avergonzarse de sus arranques, huye del lirismo, lo sacrifica todo a un ideal estético, al decir de sus amigos... ¿No habrá ideado ese sistema para adaptarlo a su temperamento?... No creemos que el artista se corte las alas, cuando las tiene; en el dúo — si ello puede llamarse un dúo — entre Jaele y Sisera, el lirismo que se insinúa con tanta timidez, no es de muy bella calidad, surgiendo así una nueva pregunta: ¿Pizzetti, severo autocrítico, no se dará cuenta del escaso valor de su inspiración melódica y por ello la sacrifica? A ser así, es todo un drama que se desarrolla en el alma del músico! Sea como fuese, es innegable que el primer acto de "Debora e Jae-

le” es una de las más bellas páginas del teatro lírico italiano: en él vibra y se agita todo un pueblo, cuyas inquietudes, creencias, impulsos, están traducidos con gran acierto; por más que los dos actos siguientes sean inferiores al primero, “Debora e Jaele” es una obra noble, digna del mayor respeto.

Lamentamos no poder decir otro tanto de “I Compagnacci” del joven músico italiano Primo Riccitelli, cuyo ideal musical y estético es el del detestable y plebeyo Pietro Mascagni. En esta comedia lírica, su autor acredita facilidad de escritura, musicalidad fluída, pero vulgar, y, lo que es peor en un artista que se inicia, conocimiento de todos los efectos de mal gusto, habituales en los veristas, sus autores predilectos. Con semejante bagaje, no se va a ninguna parte; se es lacayo del grueso público, cuyos malos gustos se halagan, lo cual no es la misión del artista.

“La vida breve” de Manuel de Falla, obra de juventud, pero de juventud bien orientada y deseosa de contribuir al progreso del arte y a la cultura del público, es una noble y bella producción lírica, en la que el más grande de los compositores españoles de hoy, que es también uno de los más grandes del mundo, trae un serio aporte a la música hispánica, en vías de alcanzar un esplendor, en nada inferior al de los siglos XVI y XVII. Por más que en “La vida breve” no estén desarrolladas las eximias cualidades que existen en “Amor brujo”, “El sombrero de tres picos”, “Noches en los jardines de España”, “El retablo de Maese Pedro”, “Canciones populares”, verdaderas obras maestras de españolismo musical, el drama lírico de Falla, es interesante y llega, en ciertos momentos, como en el segundo cuadro y en las danzas, a un sabor, una poesía y un colorido, desconocidos hasta entonces en España.

Alberniz, de Falla, Turina, el Padre San Sebastián, Guri-di, Salazar, el Padre Villalba, Granados, Felipe Pedrell, Villar, Manen, Monpou, Esplá, Chávarri, otros más, inspirándose en los motivos populares vascos, andaluces, gitanos, catalanes, castellanos, gallegos, etc., están creando una música española que ya ocupa un sitio de primera fila en Europa y a la que auguramos preponderante influencia en el mundo.

Creemos inútil hablar de las demás obras dadas en el Colón, por ser ya conocidas; sin embargo, deben señalarse “Tristán e Iseo”, “La Walkiria”, “Lohengrín” y “Salomé” cuyos méritos fueron puestos en evidencia por los admirables cantantes alemanes: Carlota Dahmen, María Olsewska, Elsa Bland, Walter Kinchkoff, Emilio Schipper, que a sus dotes vocales, unen una cultura general, una comprensión musical y psicológica, raras entre los cantantes de ópera.

Gastón O. Talamón.